

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

DEL
QUITO
ANTIGUO

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO
COLECCIÓN
N.º 3859 1989
PRECIO QUITO - S. A.

0001849 - E. IMPRENTA «ECUADOR»
1 9 3 5

EL ALMA QUITENA

DIGRESIONES, A MODO DE AFECTUOSA DEDICATORIA

Las ciudades, no sólo presentan su fisonomía inconfundible, sino que tienen también alma. La querida Quito es típica, imborrable. Su semblante no se oscurece entre el del vulgo. Su alma es buena.

En el alma de Quito anida la ecuanimidad.

Ecuanimidad, no te llamaremos gracia de los dioses, porque ellos también, según la mitología, estaban, de vez en cuando, perdiendo los estribos, por más que no cabalgaran o volasen, caballeros sobre Pegaso; ecuanimidad, virtud de los hombres de verdad, de los filósofos que se sobreponen a las miserias y saben dominar sus pasiones, encadenándolas con los grillos de la voluntad.

La ira, sobre todo, transforma en fieras a los racionales cuando la ecuanimidad no les asiste. Iracundia es brote del infierno: en sus llamas se abrasan quienes no logran el señorío de su carácter.

¡Obl batalla difícil la de vencerse a uno mismo y salir a flote, sin mancharse, después de porfiada lidia contra bajezas, odios, precipitaciones y envidias!

Dicen que los artistas, por lo común, aunque inspirados por la suprema hermosura de las cosas, no son siempre modelo de ecuanimidad.

Acto vulgar es que los más profundos rencores, las tercas emulaciones, las rivalidades implacables, la suspicacia, estén arraigando en aquellas almas privilegiadas que por otra parte abren con tanta liberalidad las ventanas de la belleza: no son a las veces varones perfectos: si por el anverso brillan, cual si el oro de sus méritos nos deslumbrase, por el reverso dejan adivinar que son de barro deleznable.

¡Qué riñas, qué amargas censuras entre literatos y poetas, devoradores de la yalga ajena!

Cuentan que el gran artista Rossini salía con frecuencia de los límites de la ecuanimidad.

Como a ilustre compositor, le llovían las consultas: querían conocer su autorizada opinión, la profecía vocacional.

A cierto tenor que con tal objeto fue a visitarle, molesto Rossini, le dijo: «Usted debe consagrarse, en lugar del canto, al baile».

Asombrado el artista en germen, le replicó:

«— Señor: Muy difícil me sería consagrarme al baile, porque mi crasitud, mi pesadez, son como las del oso».

— «Sin embargo, siempre hay gran demanda de

osos bailarines», contestó, sulfurada y sangrientamente, Rossini.

Repetía que le causaba disgusto la música del divino Wágner. Cuando la motejaba, procedía en abierta oposición a la ecuanimidad, que es la justicia distributiva. Por esto, de la admirable ópera Tannhauser, dijo una ocasión: «Es obra demasiado complicada para poderla apreciar la primera vez; pero puedo agregar que no me quedan deseos de oírla por segunda».

Cuando un amigo le presentó nítido ejemplar de LOHENGRIN, comenzó a revisarla por el revés. Creyendo distracción en el maestro, le observó comedidamente. Rossini, no en calma, le repuso:— «Bueno: traté de leer la música de LOHENGRIN vuelta del lado opuesto, y ni así he sacado nada en limpio».

Abundan, como las atribuidas al autor de *Guillermo Tell*, las anécdotas de artistas que dejaron de ser divinos a causa de que no les transformó la ecuanimidad, espejo de las grandes almas.

Sinesio Delgado ha referido las rencillas y pequeñeces de los devotos de las tablas, al evocar los años que pasara observando la vida entre bastidores.

Dentro del corazón llevamos un solapado enemigo que no se conforma con la dicha ajena y no está, listo y magnánimo, dispuesto a perdonar impertinencias e injurias

¿No es el dón de gentes una de las prácticas manifestaciones de la ecuanimidad que no sale de sus casillas? La igualdad inalterable del espíritu revela los quilates de oro de los corazones templados en la escuela del dolor.

Si equivale a media victoria ganada la ecuanimidad en los políticos, significa en los educadores el triunfo de la pedagogía.

Pero Quito, en medio de sus hondas virtudes, no ha cultivado del todo el sentimiento de la responsabilidad.

Pocos son los que arraigan en su pecho, como planta fuerte, la responsabilidad de sus acciones.

Nada seduce tanto como la honradez sincera de quienes no esquivan el bulto y arrostran con franqueza las empresas, declarándose responsables de ellas.

Llamó la atención en tierras de América las declaraciones que hiciera el eminente ciudadano doctor Paz Barahona, ex presidente de la República de Honduras que en su patria es calificado de prócer, cuando estuvo invitando a la cordura, a la honradez, al patriotismo y amor a sus conciudadanos, al pueblo que en otro tiempo gobernara.

Lo que promulga es el imperio de la disciplina y la justicia. Las lides pacíficas en el campo del derecho, son hermosas: pero, después del noble combate, no han

de quedar, como llamas amenazantes, los odios incendiarios.

Añade la siguiente lección, que parecería formulada para nosotros. «Y vengo también, insiste, a rogar al pueblo que proceda con honradez y patriotismo, que los ciudadanos respeten al adversario político y no le estorben de ninguna manera en el libre ejercicio de su derecho, tomando en cuenta que todos actúan en el mismo plano y que la diferencia de opiniones políticas no implica diferencias personales. La población de nuestro país es muy escasa y debe conservarse unida para poder engrandecer la nacionalidad por el trabajo y mantenerla incólume por el cumplimiento de sus obligaciones y por la fuerza moral de una conducta honorable y digna».

Merecen grabarse en la memoria estas palabras de bella doctrina democrática. Pueblos que observan con pureza el santo principio de respeto a las ideas ajenas, dan muestra de alta cultura. Su educación cívica les aconseja ser decentes con sus enemigos políticos y reconocer en todos los mismos derechos republicanos, las garantías recíprocas.

Aplicando iguales condiciones al Ecuador, lamentaríamos que siendo el país limitado en el número de habitantes, en medio de un vasto, fecundo y variado territorio, hiciéramos lo posible por aniquilarnos, por restar miserablemente brazos, por extinguir vidas precio-

sas que afianzarán y defenderán la nacionalidad. Por esto, las guerras fratrioidas y estériles son locura de muerte, crimen de suicidas:

Aprendámos a conducirnos serena y civilizadamente en las más encarnizadas contiendas políticas, sin invadir otros campos ni perjudicar a nadie, porque todos los ecuatorianos, en el palenque de sus convicciones, tienen derecho a proceder libre y ordenadamente, acariando cada cual sus ideales, sin daño de quien no piensa igual. Esta es la educación cívica que ha de restablecer la calma, que ha de permitir a gobernantes y gobernados el goce de las garantías constitucionales y, en consecuencia, la tranquilidad privada y pública.

El candidato doctor Paz, rechazando los ataques personales, confiesa con franqueza sus acciones, para que la historia las juzgue. La valentía de la exposición cautiva, porque no rehuye responsabilidades, ni busca disculpas. Yo hice esto y aquello y autoricé con mi firma, proclama a la faz de su nación. Es noble ver en los políticos el sentimiento de su responsabilidad que revela grandeza de alma. Cuando sin miedo dicen: «yo tuve la culpa de tales o cuales hechos y no se los atribuyan a nadie», tienen fundamento para q' se les crea y se les respete, porque sin el ridículo afán de justificarse, no embarran ni complican. Los muchachos tímidos y mentirosos suelen gritar, entre

lloriqueos, cuando algo digno de castigo se les atribuye, con fundamento: «yo no he sido»

El político hondureño confiesa que ordenó la captura de su propio hijo y que se le pusiera a la disposición de la autoridad para su juzgamiento, porque «cierto día en estado de embriaguez atacó a una escolta de policía en el pueblo de Villanueva, donde estaba radicado, habiendo herido a uno de los agentes». Como se resistiese, repitió el mandato de que se lo apresara de cualquier manera. Pocos meses después el muchacho murió, en riña tumultuaria, con la policía.

«Como funcionario público, en el cumplimiento de mi deber, yo no me creo, expone este nuevo Guzmán el Bueno, con derecho a hacer distinciones entre mis hijos y el resto de los hombres. Así como ordené la captura de cuantos delinquantan o eran una amenaza para la tranquilidad social, ordené la captura de mi hijo que había atentado contra la autoridad».

Sugiere saludables comentarios tan imparcial espíritu democrático, que supo resueltamente ahogar en su corazón, a la usanza de los patricios romanos, los sentimientos paternales, remplazándolos con los de la probidad igualitaria.

Cuando en pequeña población centroamericana se levantaron en armas unos malhechores y rompiendo la

caja de seguridad de la aduana, se robaron cuatro mil pesos, cometieron otras tropelías y mataron algunos soldados, decretó que los asesinos y ladrones fuesen fusilados. No intentó escudarse con nadie, penetrado de la firmeza de la responsabilidad. Es honrado acostumbrarse a decir a la luz meridiana: yo hice tal cosa; pero ahora resulta heroica la declaración rotunda.

«Escribí, agrega, esta orden de mi puño y letra, cuyo original dejé en el archivo de la Casa Presidencial, convencido de que la historia habría de absolverme. Por la Constitución estaba obligado a mantener el orden y garantizar la vida y los intereses de la sociedad»

¿Verdad que cautivan tanta valentía y franqueza? En voz alta repite: yo fui. Esta confesión es generoso ejemplo de honestidad y civismo, que pinta, con vivos colores, la silueta de todo un carácter, ajeno a embrollos y a lavarse las manos como los Pilatos políticos.

Su epílogo - que es un poema de fortaleza moral - revela igual resolución, cuando agrega: "Si fue violada la ley escrita, fue, en cambio, cumplida la ley moral, que está sobre toda ley escrita. Y si como funcionario se me presentara un caso semejante, emplearía el mismo medio de salvación social que motiva los reproches de mis acusadores"

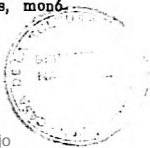
Cuando un hombre de bien habla con tal convic-

ción ante su pueblo, sin atenuar responsabilidades por sus acciones, las muchedumbres tienen derecho a considerarle como un varón extraordinario, de voluntad de acero.

También el pesimismo es defecto quiteño.

Todo lo ve de siniestros colores, sin inmutarse. A veces, adelántase a la derrota. Prejuza desconsoladamente en contra suya.

La vida nacional para muchos ciudadanos está rodeada de sombras y de tristezas. El negro pesimismo es fantasma siniestro que misteriosamente cree intervenir en todo. Pasamos los días atormentándonos con el más amargo descontento: todo lo criticamos, todo nos parece mal, todo imaginamos que sucede en el peor de los mundos. La difundida calamidad es morbo de muerte, que mata la acción y apaga la fe puesta en nosotros mismos y en los hombres que laboran sinceramente. Se diría que la enfermedad de la desconfianza atormenta desde niños a los pueblos de estrechez de miras. El prejuicio vuelve sombrío hasta lo más luminoso. De aquí que el carácter nacional es triste. La melancolía se refleja en nuestras costumbres, en nuestros dichos, en nuestra música. No hay diversión completa si en algún momento no salen a relucir los aires quejumbrosos, los yaravíes que destilan pena, los tonitos tristonos, los FOX incaicos, acongojadores, monó-



nos y con cara de hambre.

Keyserling dijo de Buenos Aires, sin duda al escuchar los tangos desgarradores, que era una ciudad triste, lo que levantó protesta. ¿Cómo nos calificaría, de venir el filósofo alemán a Quito?

En boca de la generalidad anda la muerte, demostrando abatimiento de espíritu. Aquí agonizan por nada, sobre todo las adorables mujeres que se desmayan al paso de un ratoncillo.— «Me muero, esto me ha sucedido»; «me muero, qué horror»; «me muero» pinta el apocamiento en calles y plazas. El vulgar «me muero» delata el pesimismo nacional y la falta de seguridad en el buen éxito, que se derrota al menor obstáculo.

Optimismo es educación de la voluntad. Cuando la espina del desaliento nos hiere en lo profundo, el carácter suele transformar en rosas los dolores.

En 1.893 el conocido educador francés Julio Payot firmó el prólogo de su célebre libro «La educación de la voluntad», que ha inspirado a muchos pedagogos el bosquejo de orientaciones en bien de la juventud, sentando saludables principios que hoy nos parecen viejos a fuerza de repetidos. En Payot está la fuente de muchas ideas optimistas. Expresa que hay que combatir a formidables enemigos que tienen postrado a nuestro carácter. Llama la atención acerca de la necesidad de esforzarnos, de no ser moralmente flojos; de no languidecer.

«Apatía, inconstancia, desaplicación, dice, son otros tantos nombres adecuados para designar ese fondo de universal pereza que es a la naturaleza humana lo que la gravedad a la materia».

Si en la pesimista época actual se tendiera a seleccionar nuestra lectura, dejándonos de futilidades, relatos pornográficos, enredos policiales y disparates que despiertan supersticiones y temores, se notaría que injustamente yacen olvidados viejos libros que consignaron sugerencias que se vuelven actuales.

Pensadores vigorosos han señalado remedios contra la molheie, pereza, pesimismo, apatía y desidia juveniles. Mientras más atrasados son los pueblos, más se resisten a curarse de estos males que arruinan al carácter. Huyen del esfuerzo perseverante. El trabajo, el contratiempo marcan en ellos cruel tortura.

Payot recuerda la escasa preparación y el ningún esfuerzo de sus compañeros de colegio. Los universitarios, por lo común, aspiran a ideales poco elevados, que sólo les dan inmediatas satisfacciones, repite. Por esto, reproduce las férreas palabras de Maneuvrier en «La educación de la Burguesía». Los estudiantes que toman la ciencia a la ligera y no se nutren de buenos alimentos morales, sólo aspiran a los cargos públicos, mal o bien remunerados, «sin porvenir, sin horizontes, donde el hombre envejece en un sillón de vaqueta, contribuyendo

diariamente, con la inutilidad de un trabajo casi estéril, a la decadencia y embotamiento gradual de sus facultades, pero donde, en cambio, goza la inefable dicha de estar dispensado de pensar, de querer y de obrar». La personalidad se anula, porque la holgazanería mental, la abulia y la irresolución, matan toda generosa iniciativa, toda locura de optimismo.

Mas, en la otra cara de la medalla quiteña, resplandece su arte auténtico.

Los quiteños respiran el aura fresca y fecunda del arte.

Arte es la lucha constante contra el medio ambiente y la esterilidad holgazana. Arte es ubérrimo triunfo de la férrea voluntad sobre los duros enemigos de la vida: infecundidad, envidia, incomprensión, impotencia. Remueve el arte obstáculos gigantescos, en el afán de extender sus producciones, a fin de que el reinado de la belleza sea universal y opimo.

Romain Rolland, con pluma admirable, nos ha relatado vidas fecundas de artistas vocacionales, sublimes como Miguel Angel, recordando a la humanidad cuánto padecieron para coronar sus ideales, aunque fracasasen a cada paso.

A manera de cotidiana oración, el arte, sobre yunques de hierro, está forjando inmortalidad. Representa constancia tenaz, en ara del perfeccionamiento y

la abundancia creadora.

Pasar los años de la existencia en cómodo y dulce *no hacer nada*, contentos con cuatro cosillas baladíes que ningún esfuerzo suponen, con un puñado de versos que brotan como por casualidad, con pobres y dolorosos partos del ingenio, que no suponen lenta y difícil preparación, no es ser artista.

Los frescos lauros, en el vía crucis de los sufrimientos, privaciones y porffas conquistados; esos laureles, frutos del dolor, en lucha palmo a palmo contra todos y en el aislamiento que no estimula ni entiende, reverdecen más con el trabajo prolífico y de tesonería:

Mediocres famas las de los que en una década, un cuarto de siglo, media centuria, se contentan con cuatro composiciones, como si la feliz labor hubiera terminado en plena juventud. Chispazos de un momento, no volvieron a iluminar más los escenarios del arte. Viven estos amables ociosos rumiando los manjares de antaño, satisfechos con vegetar sobre la almohada de los sueños.

Y no faltan ilusos que aplauden la dolorosa, la mezquina tarea de los artistas infecundos.

Merecen meditarse, con seriedad suma, las palabras hondas de Romain Rolland acerca del empeño artístico y la contienda interminable: «El arte que no tiene por contrapeso una profesión, ni por sostén una

vigorosa vida práctica, el arte que no siente en su carne el aguijón de la tarea diaria y que no tiene necesidad de ganarse el pan, pierde lo mejor de su fuerza y de su realidad: no es más que la flor de lujo, ya no es— como sucede en los más grandes artistas (los únicos grandes)— el fruto sagrado del esfuerzo humano».

Los genios fueron siempre enormes seres laboriosos q' pasmaron por sus inmensos tesoros. Su símbolo, el buey testarudo, que, ruda e infatigablemente, ara la tierra para la cosecha magnífica.

Perseverancia, en las diarias oraciones del arte, eres gran palabra, mágico resorte.

Con la historia en la mano, de Homero a Víctor Hugo, de Alonso de Madrigal a León Tolstoi, los genios fueron muy fecundos. Jamás pasen inadvertidos los hechos y pormenores que revelaron la conducta de aquellos porfiados caracteres q' estuvieron realizando obras de arte inmórtales. Su rectitud de acción, su honradez, su nobleza de procedimiento, su trabajo asiduo, hendiendo está la humanidad. Ideas que se encaminaron al bien de la patria, al reinado de la justicia, a la independencia colectiva, al dominio cultural de la belleza, son eternas y copiosas.

Aislados de la camarilla, ajenos a la intriga, libres de los bandos explotadores que doran sus conveniencias, pensaron, pulieron sus numerosas obras estéticas. Des-

de la obscuridad y la miseria lucharon contra la escasez de frutos. Si en el semblante de aquellas atormentadas almas se leía la tristeza, no era la del remordimiento ni la tacañería intelectual. La fiebre de producción les estuvo consumiendo, nunca la envidia.

Crear, crear interminablemente, he aquí el himno triunfal de la vida. El arte fecundo, el que medita, estudia y trabaja, no se contenta con cruzarse de brazos, como embriagado por los aplausos del momento.

Originales son las creaciones quiteñas.

En el mundo de la caricatura ha realizado prodigios.

Los epigramas quiteños son obras geniales. En pintura, en música, en escultura, ha conquistado justa celebridad Quito. De alma generosa y de fisonomía inconfundible, será imperecedera por su arte.

Otrora le dedicamos algunos recuerdos.

Hoy van estas páginas — con amor trazadas para Quito — a esbozar algunas figuras, sublimes éstas, grotescas aquéllas; algunos cuadritos de costumbres; algo de lo que fue el pueblo antiguo de la capital del Ecuador; de lo que contemplamos hace lustros, de las sombras que pasaron.

Aspiro a presentar algunas fotografías que, aunque borrosas, son auténticas.

Pudieran deshojarse, como lágrimas amarillentas

que lleva el viento. Por esto las doy reunidas.

Mis sinceras evocaciones— muestra de fidelidad y de cariño— son *del Quito Antiguo*, que muchos corazones quieren todavía, que muchas mentes añoran aún; que no pocos las comprobaron, testigos de los años transcurridos, al calor del suave hogar que se abre generoso, como rosa de belleza, a brindar, a propios y extraños, las excelencias de la ciudad hospitalaria, llena de poesía, repleta de características costumbres; ciudad que en la América a ninguna otra se asemeja, porque es única.

Quito, a 6 de Diciembre de 1934



DEL QUITO ANTIGUO

Sin duda por la carestía de las cosas que prolonga los ayunos, van desapareciendo de Quito ciertas costumbres pintorescas, de las que salía bien librado y agradecido el estómago, la viscera más cruel y exigente de todas.

Ya no se olfatea, desde altas horas de la noche del sábado, aquellas grandes pailas humeantes y cubiertas cuidadosamente con un paño, que sobre lecho de paja guardaban los apetitosos tamales de condumio de carne de cerdo, ni abundan los puntos de venta de las provocativas empanadas de morocho, blancas, abizcochadas y mantecosas, ni los depósitos colosales del mondongo están cosquillando a la gazuza.

Una de las tamalerías más concurridas en la madrugada del domingo, poco después del lento campaneo de las avemarías que lúgubrementemente se desprendía de la torre de Santo Domingo, en número de quince mortales badajazos, era la de frente de la quebrada de Mano-salvas, que quizá se deba su nombre a un célebre y honrado sobrestante. La regentaba un viejecito arrugado, de mentón saliente y trazas de canónigo, de rostro parecido a las esculturas del benefactor Vicente de Paúl o del inmortal Dante, con perdón del símil. Los «chullale-

vas» alegres y trasnochados, le habían bautizado de Padre Alipio. Era la suya una tenducha miserable, sucia, estrecha, pero sustanciosa. Las mugrientas bancas separábanse por cancelos de una tela de color indefinido como el bonete de aquel dómine Cabra, pintado por Quevedo. Una gran paila de bronce estañado rebosaba de tamales, junto a ollones de mondongo.

Entraba la turba «achuchacada» y hallaba barato refrigerio para sus hambres y resfrío en el calorcillo del abollinado recinto y en el abrigo de las viandas. Algunos se quedaban hasta el amanecer durmiendo la mona cabizbajos sobre la mesa sebosa. El Padre Alipio lo toleraba todo con peculiar sonrisa, en la q' su enorme boca parecía besuquerse con las orejas, en mueca disforme y pantagruélica.

Una montaña de huesillos, de hojas de maíz laminadas o de achira, según los casos, ensuciaban el enladrillado piso, como testimonio de la loca venta en el puesto mismo, sin contar el activo despacho a domicilio. Lo de la hojarasca merece una explicación: los tamales iban siempre envueltos en las anchas y relucientes láminas de aquel como cañacoro y los chigüiles, preparación de masa de maíz y queso, en las hojas larguísimas de esta planta que abultaban el producto más de lo necesario. Los chigüiles eran de fechas y fiestas determinadas, por ejemplo el Domingo de Ramos, los tamales de todos los

santos domingos.

De aquellos tiempos, sencillos y de popular y típica alimentación, parece que sólo se ha salvado del olvido una tienda de olor provocativo, que está frente a la Policía Nacional, en la calle Cuenca. La veterana que la atiende es un trasunto de épocas lejanas. Naturalmente ha modificado en algo su oficina alimenticia, saliéndose de la tradicional costumbre de heladerías y cafés populares. Ahora el visitado fonducho es más aseadito y presta más holgura y hasta se engalana con una estera de *tatora*, a modo de alfombra aborígen.

Allí, a la *puertita*, se ven todavía las apetitosas empanadas de morocho, que ya son manjar raro para ofrecérselo callejeramente, sin duda por la prolijidad que requiere la confección de la masa y lo interesante del menudillo que encierra, entre huevo picado, alverjitas tiernas, tocino y pasas.

Y en verdad que este guiso tenía fama desde tiempos remotos. Por él se ohupaba la yema de los dedos el místico y goloso Oidor de la Audiencia de Quito, don Cristóbal de Ceballos, allá por 1.707.

Venían a su distinguida mansión, doraditas, grandes y mantecosas las empanadas de morocho, de abultado vientre, sobre redondo papel que se manchaba con la fritura.

Cierta vez, al extenderse el graciento pringue, de-

ja caprichosa y transparente figura, que la religiosa y chiflada autoridad platense cree ser la reproducción de la imagen de una virgen. Con fervor y unción, cae de rodillas, entre exclamaciones devotas. Atribuye a portento el mantecoso borrón que, con respeto y entre rezos, es transportado al oratorio de la casa. ¿Con qué advocación bautizarlo? Muy sencillo: la Virgen de la Empanada. Por fortuna, el buen sentido del Obispo Diego Ladrón de Guevara no permitió que fuese explotada esa devoción y tuvo la entereza de quemar el sucio y grotesco papel, no sin la viva protesta de los fanáticos:

Entonces el pueblo, sin codiciar los bienes ajenos, comía mejor, no charlaba de comunismo y vivía alegre; entonces también los jóvenes juerguistas, inofensivos y geniales, preferían esos alimentos sanos y suculentos, baratos y en la hora oportuna de apetencia, a los venenos elegantes, y no hablaba de vanguardismo y otras arrogancias, porque sentían bien nutrido su estómago y la cabeza estaba robusta, libre de los desvaríos del hambre y las alucinaciones de la necesidad.



LA VISION DE LA CALLE

Las empinadas y tortuosas calles de la querida Quito han sido mudos testigos de innumerables tumultos y escenas sangrientas desde la época colonial. No ha cesado la visión trágica en los días republicanos. Parece tiritar de pavor cuando contempla al anciano Conde Ruiz de Castilla, que casi arrastrado marcha desde la recoleta de la Merced, con dirección a la plaza principal, en manos de la chusma que le insulta despiadadamente y le estropea. Indios y mestizos del aguerrido barrio de San Roque, martirizan a la extinguida autoridad que de consecuencia del susto y las heridas muere a los tres días. Cuando ya veía abierto a sus pies el sepulcro, declaró, en su testamento de Tumaco, el agitador Nicolás de la Peña, que no sedujo a la plebe quiteña ni menos ordenó que matase al Conde Ruiz de Castilla, a pesar de que «el pueblo enfurecido iba a destruirlo al frente del cabildo»

El 2 de Agosto de 1810 la tropa de Lima, que había bárbaramente asesinado a los presos patriotas, a nuestros próceres, se desborda por las calles de Quito, degollando ciegamente a cuantos encontraba. No se salvaron ni los niños tiernos. Al golpe alevoso, cayeron

viejos de respeto, mujeres de calidad y cuantas personas cruzaron inadvertidamente por la ciudad. Vino después el saqueo. No ha sido el único en la historia de este heroico y sufrido escenario.

Todavía tiembla de indignación al pensar en la fracasada tentativa de la aristocracia de Quito, el 18 de Octubre de 1833, que causa varias víctimas, entre ellas la del Coronel Hall, redactor entusiasta de «El Quiteño Libre», cuyo cadáver se balancea desnudo en una de las calles de la población angustiada.

La leyenda se pasea callejeramente, despertando sus recuerdos.

En 1.650 un episodio trágico bautiza a una pendiente de la actual calle Flores, cuarta cuadra, con el nombre de «El Cucurucho de San Agustín», a causa del asesinato perpetrado por el hidalgo Pedro de Esparza a la gentil Magdalena Moncada, joven de quince abriles, hija de doña María Peñaflor y Velasco. Su esposo empleó como administrador a don Jerónimo de Esparza y García, padre de Pedro. Como éste era pobre, no se consintió en la boda. El empleado hubo de salir de la casa solariega. Pedro, el «real mozo de veintitrés años a quien le iba la gorguera a las maravillas y cuyos nacientes y atuzados bigotes tenían no sé qué de conquistador»,—según con mucho donaire ha referido en su libro «Al margen de la Historia» don Cristóbal de Gan-

gotena y Jijón, quien escribiera «leyendas de pícaros frailes y caballeros» — se alejó de estas comarcas.

Despechado por la falta de recursos y para poder olvidar un amor que vivía en su alma, el joven Pedro fuese a probar fortuna a la región oriental ecuatoriana, en la expedición de don Martín de la Riva y Agüero. Mientras tanto, había llegado a Quito un pariente de Moncada, el hijodalgo y segundón Mateo de León y Moncada. A Magdalena le impusieron como a novio, con la autoridad paterna, tiránica en esos tiempos y mucho después. Paetóse el matrimonio para marzo. La bella chiquilla no olvidaba a su Pedro; pero pronto corrió la noticia de que había fallecido en las selvas. Sorpresa grande cuando, en vísperas de su casamiento, recibe una carta cariñosa. Le contesta con dignidad, expresando que ya era tarde, que todo había concluido, porque su honor y su palabra comprometida le harían esposa de don Mateo.

Magdalena era muy caritativa. Personalmente repartía limosna a cuantos pordioseros iban a su casa. Acostumbraban también solicitar auxilio algunos que escondían su vergüenza con una capucha, vestidos de cucuchos. Tarde era y el reparto piadoso había terminado, cuando se presenta un cucurucho de las trazas y corpulencia de su antiguo enamorado Pedro. Al ir a socorrerle con mano liberal, recibe tremenda puñalada.

«Los criados se precipitan al auxilio de su ama, agrega el citado ameno narrador; otros van en busca del asesino, pero no van lejos: casi al frente de la puerta de la casa, apoyado al muro del convento de San Agustín ven a don Pedro de Esparza, con el hábito de cucurucho, la capilla tirada a la espalda y el puñal en la mano. La guardia acude a los gritos de «¡favor al Rey!» y don Pedro es conducido a la cárcel de corte»

Muro viejo y desapacible, obscuro y húmedo el de San Agustín. Por un patio alto destilaba agua hasta la calle, tanto de las lluvias como de los caños mal tapados. Siglos después, en los albores del vigésimo, fueron romozados esos paredones con una pétreo muralla construída desde los cimientos y que protege la serie de edificios conventuales que en altísimo plano quedan, y uno de los cuales, célebre en la historia nacional, es la «sala capitular», monumento de arte y emancipador.

La visión de la calle tiene múltiples aspectos, los más de ellos dramáticos.

° ° °

El fatídico 12 de Enero de 1.912 las calles de Quito, desde la Rocafuerte, que desciende del panóptico a lo largo de San Roque, hasta topar con la plaza del inquisidor Domingo de Guzmán, hoy Sucre; desde la García Moreno hasta dar con el parque de la Independen-

cia y otras centrales que van a desembocar en San Blas, camino del Ejido, presenciaron las torturas de los cadáveres del General Eloy Alfaro y sus leales tenientes, los Generales Flavio y Medardo Alfaro, Ulpiano Páez y Manuel Serrano y el Coronel Luciano Coral, periodista, además, director de las dos ediciones del diario «El Tiempo», publicadas en Quito y Guayaquil. Llegaron como prisioneros de guerra desde este puerto, porque fueron burladas las prescripciones de la capitulación, documento solemne.

En teoría macabra fueron arrastrados con sogas, entre aullidos de fieras, esos mártires del liberalismo, asesinados cobardemente en las celdillas de la pétrea y sombría fortaleza que como un abanico distribuye sus pabellones al pie del Pichincha. Conducidos en esa forma, cabeza y huesos iban rebotando, destrozados por el choque, hasta el momento de la incineración en el hoy parque «24 de Mayo». Su sangre empapó las desiguales piedras de gran parte de la ciudad, entonces no pavimentada a la moderna con uniforme capa bituminosa. El odio iba echando combustible en la sacra y gigantesca pira, holocausto que a la inmortalidad de una idea ofrecieran los bravos campeones que por su triunfo combatieron en cien batallas.

Una de las encrucijadas más bien que callejuelas

vecinas al Panóptico y al recodo de "Argomazin" conducían a la quinta "El Placer" de don Vicente Alvarez: En sus inmediaciones, todavía en 1.895, sosteníase en pie la capillita dedicada al "Señor del Pensamiento".

Manción de recreo de la aristocracia quiteña, "El Placer" fue lugar de cita en muchas fiestas. Amplio el caserío, circuido de largos y anchurosos corredores, jardines y plantaciones de pepinos y otras frutas criollas, se adornaba con azotea hermosa, desde la que, cual de un minarete, se gozaba de la contemplación de fantástico panorama. Allá las eminencias que rodeaban a la adormecida ciudad; aquí el caprichoso conjunto de casas, en un mar rojo sucio de vetustas tejas y salpicada de torres. Todo, dentro de quieto marco de verdor.

En la señorial morada, el primer presidente de la República, General Juan José Flores, había hecho pintar — obra de los mejores artistas de su tiempo — los retratos de las principales figuras de la Independencia. Allí se admiraban las expresivas fisonomías de Bolívar, Sucre, Urdaneta, La Mar, Córdova, Páez, Farfán y otros generales de la epopeya emancipadora.

¿Qué habrá sido de esas famosas telas que adornaban los muros de la vasta galería hasta algunos años después de la restauración?

En «El Placer» se destacaba, tallada en piedra y en labrada hornacina, la estatua del Emperador Atahualpa, con penacho de plumas en la real corona, la simbólica esmeralda que le cafa a un lado de las sienes y en la diestra una robusta lanza. Transformado radicalmente el edificio, pertenece a la sazón al Instituto Normal «Juan Montalvo», que ha levantado otros pabellones junto a la casa histórica.

• •

Obedece a mandato piadoso, según la leyenda, la «Capilla del Robo», a las márgenes de la extinguida quebrada de Jerusalén, ya canalizada en nuevos días, y convertida en paseo público, con el nombre de Avenida 24 de Mayo.

Por difícil vericuetto se llegaba al santuario,—que ostentaba su verdosa y diminuta media naranja de ladrillos vidriados,—construido para desagravio. En ese despoblado callejón habían sido escondidos, bajo tierra y matorral, los vasos sagrados, objeto del hurto.

Unos arrieros que habían madrugado con sus mulas abrumadas de carga, no pudieron desfilar por la senda tortuosa. Los animales, rendidos sin duda de fati-

ga, cayeron en el silencioso y estrecho lugar. Ni a palos querían moverse. A los humildes conductores pareció que las bestias se habían arrodillado y clavaban sus bellos en tierra, en actitud de adoración, inclinadas las cervices, y no por cansancio. Perplejos ante el prodigio y atormentados con la noticia del sacrilegio, se dieron a examinar el sitio y cabarlo a trechos. Hallaron el copón, los cálices de oro, la patena áurea y las hostias esparcidas. Se divulgó el encuentro, y en procesión acudieron los fieles. Desde entonces, la capilla conmemorativa se llamó Jerusalén y vulgarmente del "Robo". En el fondo del profundo paraje, había destartalado molino, al que penosamente se bajaba en zigzag. Al frente, se divisaban algunas cabañas de cubierta pajiza. Lo demás, era un espantoso muladar, entre chilcas, hierbajos y piedras.

Así también, un miércoles 20 de enero de 1649, la buena ciudad se anonada al saber la desaparición de un tesoro del monasterio de Santa Clara, siendo Obispo el Dr. Ugarte y Saravia.

"En medio de la consternación general, dice el Sr. Cristóbal de Gangotena y Jijón, se tomaron averiguaciones, y al fin, en la que desde entonces tomó el nombre de quebrada de Jerusalén, se encontró el Sagrario, junto con muchas formas de las que el copón contenía". Agrega que después de búsqueda a-

fanosa los ladrones fueron apresados en la vecina parroquia de Conocoto, traídos a Quito y ahorcados.

Robo análogo efectuaron, en el último cuarto del siglo décimo nono, en la capilla de los hermanos cristianos, hoy Instituto Nacional Mejía. Los ladrones se descolgaron por la torre hacia la calle Cuenca y fueron a esconder su botín en un huerto de la terminación de la calle Alianza, al pie de El Placer. Allí se encontraron desparramadas y holladas algunas hostias. Se las trasladaron, entre letanías y cirios, en procesión solemne y bajo palio, hasta el lugar de donde fueron sustraídas. Ya por aquel tiempo no se persiguió a los hechores con la primitiva saña. Vivieron en Quito muchos años después como «plateros».

• • •

Quito ha gozado de merecida fama, desde los tiempos coloniales, por sus magníficos pintores. Hasta los llamados «llunchis», que embadurnan muros y fachadas de las casas, presentan alguna originalidad. En lo moderno, decoradores de gusto selecto, que han seguido estudios académicos, ornamentan muchas mansiones quiteñas.

En la estrecha «Calle de la Ronda», casi junto al Túnel de la Paz, los transeuntes se detienen con curio-

alidad frente a un par de azoteas casi derrufdas, llenas de dibujos mitológicos y alusiones a la historia nacional de los tiempos de Urvina que diera libertad a los esclavos, trazados con chillones colores en las paredes por algún «lunchi» desconocido, en la colonial casa de un viejecito Rueda, profesor de aritmética, contabilidad y «balancero».

En plano elevado, el genial Miguel de Santiago, que mantuviera a sus alcances desconocidos modelos españoles e inspiraciones místicas, estuvo fatigando a la leyenda con sus célebres cuadros para enriquecimiento de los templos, en especial de San Agustín, y con las anécdotas que de él se cuentan, una de las cuales recogió el gran tradicionista peruano Dn. Ricardo Palma en su «Cristo de la Agonía».

Le aventajó su discípulo Gorívar en novedad, y sus lienzos de los profetas en la Iglesia de la Compañía son pasmo de belleza y perfección.

Samaniego, Bernardo Rodríguez, José Cortés Alcoser dieron brillo a la escuela quiteña. Vicente Sánchez, Javier Cortés, Francisco Villarroel, Antonio Barrionuevo, Antonio Silva, Mariano Hinojosa, Antonio y Nicolás Cortés, Manuel Ruales y José Martínez se llenaron de gloria en la expedición botánica del sabio naturalista español José Celestino Mutis. Otro sabio, José de Caldas, elogia a los artistas del pincel quiteño. «Los

mejores pintores han nacido en este suelo afortunado, dice. La familia Cortés está inmortalizada en la flora de Bogotá»

En paraje agreste y solitario, junto al barrio que el pueblo llama «Argomazín, corrupción de los nombres italianos de Lago Marzino, propietario de una hacienda junto al Panóptico, habitaba el insigne artista Dn. Joaquín Pinto, caballero de la barba florida, amigo de sorprender las costumbres quiteñas para inmortalizarlas en el lienzo, miniaturista que sorprende. En el reducido espacio de un centavo de cobre, de los que antes circulaban en la ciudad, dió vida a un motivo nacional digno de admiración. Del pintor excelso se decía que en el campo diminuto de la uña del pulgar reprodujo a Santa Ursula y sus once mil vírgenes, sólo que ella estaba a la puerta del templo y las celestiales doncellas en su interior.

Don Joaquín Pinto es autor del cuadro simbólico «El dies irae». Interpreta el fúnebre canto religioso que pertenece a Tomás de Celano, quien invita a meditar en el fin de los tiempos y en el alegórico día de las venganzas.

Su imaginación brillante hizo brotar de la mágica paleta, para trasladar a un cuadro de veinte y cuatro pulgadas cuadradas, su trágica ensoñación, que revive la melancolía de la liturgia de difuntos.



Un escritor nacional digno de recordación por la obra artística que realizó, Eudófilo Alvarez, crítico y novelista, ha descrito así el famoso cuadro: «Como el último de los días del mundo, el Tiempo ha parado en su carrera, allí le vemos en primer término, hacia la izquierda del espectador, con sus miembros hercúleos y plegada una ala, tendido y muerto. Al ángulo derecho, entre el reflejo siniestro del abismo infernal que no se ve, levántase una densa y negra montaña de humo, y se ensancha y arremolina en el medio, formando hacia la izquierda, impelida por el viento, una como bóveda, al través de la cual se extiende al infinito el cementerio universal cubierto de una atmósfera funesta y cenicienta. A la entrada del cementerio, sobre una alta roca, están de pie, la Sibila, grave como una divinidad de mármol, y David que le muestra de dónde viene el terrible són de la trompeta que llama a juicio, de la cual tan sólo el inmenso pabellón se deja ver por entre la humareda. Como sostenido por el humo de en medio, está un ángel con el gran libro de las cuentas, mirando con asombro para arriba, hacia el supremo tribunal en que el Hijo del Hombre, rodeado de la corte celestial y de los patriarcas y profetas de la Biblia, ostenta toda la majestad de su gloria y todo el rigor de su justicia. El terrible Juez de las venganzas en su implacable cólera, se adelanta a castigar a los tres más grandes réprobos en-

gendrados por el Crimen. Lanza sus rayos y Caín y Judas están ya casi envueltos en llamas en la boca del infierno, en tanto que Gestas descende todavía por ese vasto espacio, violento como una exhalación.

En la memoria de los quiteños viven Manosalvas, los Salas que constituyen larga familia, Antonio Salguero, que joven luce en Roma y llama la atención en Chile; Luis Salguero, Nicolás Delgado, Pedro León, José Moscoso y tantos otros pintores que han conservado lucidamente la tradición que les honra. En peregrinaje por centros europeos y norteamericanos, conquistaron palmas Camilo Egas, Vallejo, Levoayer. También W. Cevallos se educó en Roma, merced a la munificencia del General Alfaro. De vuelta a la patria, tristemente le perdió la divinidad del tirso y los pámpanos.

De la Escuela de Bellas Artes salen falanges de aprovechados artistas que van derramando su talento, como E. Gómez Jurado, Moncayo, Yépez, Guarderas-Espín, Guerrero, Ortiz, Aimacaña, Octavio Pazmiño, Estrella, Andrade, Ruiz, Guillermina Coronel, Matilde Paredes, María Josefina Poncé, etc.

Largos años residen en Quito, que la consideran como su cuna muy amada, el genial Juan León Mera, triunfador en cien exposiciones de arte y el no menos ins-

pirado y célebre Víctor Mideros, ambatense el uno, imbabureño el otro. Pintores de la talla de César Villacrés plantaron su hogar en esta pictórica ciudad.

Decoró el teatro «Bolívar», joya arquitectónica de Quito y elegante paraninfo que se yetgue triunfalmente como distinguido centro de cultura social y sano esparcimiento cinematográfico, el artista Ciro Pazmiño Ch., que en 1.929 obtuvo en la Escuela de Bellas Artes su merecido título de pintor - decorador. En aquel tiempo reemplaza en la cátedra, como selecto alumno, al maestro francés Pablo Bar. Conquista algunos premios en exposiciones nacionales. Alcanza, en 1928, el nombramiento de Ayudante del Museo Arquelógico que en la Universidad Central dirigiera el sabio profesor alemán Dr. Max. Uhle, que largos años anduvo por el Ecuador, país americano de su predilección. Pazmiño Ch. ha decorado edificios públicos y particulares de Guayaquil, Riobamba y Ambato.

Antes, el mercado de telas que trataban de asuntos religiosos era activo. Hasta pintores de segundo y tercer orden daban vida al martirologio, reproducían vidas del año cristiano y de la leyenda dorada del genovés Jacobo de Vorágine, o sacaban de su magín escenas de los bienaventurados nacionales como Mariana de Jesús, el padre Urraca, o de los que más popularmente se

han extendido, como San Jacinto de Yaguachi y la Virgen del Quinche.

Por las calles vendían esos cuadros de santos, a precios increíbles por su baratura. Así mismo solían pintar biombos, los famosos «parapetos», con episodios bíblicos y parábolas como la del Hijo Pródigo.

Hoy esas miniaturas y muestras del arte popular han sido reemplazadas con pinturas sobre terciopelo negro que tratan de noches lunares y de paisajes vistos a su tenue fulgor. También pintan sobre badana, dejando la configuración de la piel, motivos indígenas, como bustos bronceados, indiecitas con sus chicos a la espalda o cargadas de verduras y otros objetos para el mercado, indios aguadores, barrenderos, comerciantes de escaleras y otros materiales de construcción, etc.

• • •

En 1934 se terminó el cerramiento de una buena sección comprendida entre el parque de la Alameda, inclusive lo que era su portada, y la plazoleta del mismo nombre, a fin de activar los trabajos de erección del monumento a Bolívar.

Ha quedado al margen de la palizada, como un

juguetito querido y de poca monta - dicho sea con el mayor respeto - el busto que un grupo de periodistas consagrara en otro tiempo, ya lejano, al gran precursor Espejo.

Habrá sido el indio sublime, fundador de la prensa nacional, muchas veces testigo, a la sombra de los cedros seculares, de no pocos idilios, en la penumbra propicia de aquel paseo público. Tal cual pareja de novios, murmurando de amor, no obstante la actual crisis que no permite regalos ni generosidades a los enamorados, habrá pasado junto al busto de Espejo, en las noches de luna, tan cantadas por los poetas o al resplandor de los bombillos de la luz eléctrica. Esos felices mortales, aunque no podrían equilibrar las exigencias del alma con las oprobiosas y prosaicas que preparan el puchero y lo demás indispensable en el hogar, pasear n felices por los jardines de la Alameda, admirando sus bellezas y monumentos. En alguna banca cercana a Espejo habrán saboreado siquiera caramelos, a falta de cosas más dulces, o de discretos besucos de pasión.

Ahora el busto ha quedado aislado.  A d ndo se le trasladará? Porque habría que fijarse en el papel que estuviera llamado a representar, modesto y pequeño, junto al colosal monumento a Bolívar.

Sería un pigmeo junto a un gigante, dicho sea en el terreno únicamente material y de ornato público.

Hay lugares apropiados para las estatuas. Así como se ha observado que no está en su centro la del benemérito Fray Jodoco, tan combatida y hasta objeto de chirigotas en aquel ángulo de la plaza de San Francisco, de igual manera no quedará bien el bustito de Espejo vecino del colosal monumento al Libertador.

¿Dónde se le ubicará el diminuto busto del ilustre quiteño de alma gigante?

De picar de filósofos, zurciríamos un capítulo un tanto floriqueante acerca de la gloria de los héroes, patriotas y mártires, tan efímera de suyo. Calles que llevan un nombre, son en breve bautizadas de otro modo, según las oportunidades, puntos de mira o conveniencias. Conmemoraciones un día resonantes, se apagan pronto, se olvidan quizá para siempre.

Esto trae a las mentes lo que sucedió en la Argentina a un gran literato creador de ese admirable libro «*Don Segundo Sombra*». En una aldehuela denominada «*San Antonio del Arco*», en las afueras del pueblo, a unas diez cuadras de la plaza céntrica, donde el puente viejo tiende su arco sobre el río, uniendo las quintas al campo traquilo, tiene un sencillo monolito el gran Ricardo Güirales. ¿Qué ha pasado con esa demostración de gloria? «*Que los vecinos de San Antonio de Arco han convertido en un vaciadero de basuras la vecin-*

dad del puente viejo y por lo tanto el lugar donde se halla emplazado el monumento recordatorio del magnífico literato»

Viene a la memoria la manera como fue conducida la estatua del Mariscal de Ayacucho en los tiempos en que no había ferrocarril. Largos días quedaba botada en el camino y servía para ciertos desahogos de los transeuntes.

No se ha de olvidar también, la suerte que, en época no tan remota, tuvo el busto de Mejía en la «Mamacuchara» con perdón de su cantor de igual nombre: por varios años fue el escarnio de los pilluelos y «plazuelas» que se entretenían en arrojarle piedras, hasta que concluyeron por derribarle. Quedó la columna es-cueta, como un símbolo de la gloria.

¿Qué pasará con el busto de Espejo?

• • •

Por cuidado que ponga la progresista municipalidad quiteña en atender a la moderna nomenclatura de las calles, subsistirán, no obstante la nómina contemporánea, varios títulos viejos y pintorescos remoquetes en la memoria de los habitantes de esta querida ciudad

que, de padres a hijos, suele transmitir el culto al ayer cariñoso, el afecto al pasado.

Pocos sabrán con qué número se singulariza la suntuosa mansión esquinera de la calle «Pichincha», pero sí se les dice «La casa del Toro», la generalidad caerá en la cuenta de que está vecina al extinguido «Arco de Santa Elena». Artístico alto relieve que sobre un motivo de las empresas de Hércules decoraba el descanso de la grada principal, dió margen para la alusión taurina. El famoso héroe griego aparecía luchando con el monstruo de Creta.

Hasta hace, poco los paseantes por el norte de la ciudad no ignoraron las viandas que popularmente se preparaban en la «Casa Amarilla», cerca del Ejido, sin que les importase un pito el número de la cuadra ni el nombre de la calle respectiva.

Tienden a desaparecer las denominaciones de «carreras» que huelen a coloniaje, cuando algunas calles que se enorgullecían de ser «reales» eran caminos públicos sin pavimentación que añoraban quizá el paso de las cajas reales y del «cajón de España». Seguramente eran las zonas preferidas por donde se efectuaban ciertos desfiles y procesiones coloniales.

Todavía es típica la manera de orientarse de cier-

ta gente que no se ha tomado la molestia de fijarse en el plano de Quito y aprender de memoria el bautizo de las rúas principales. Toma las señas más visibles, o mide las calles usando la diestra o la zurda.

Averigua alguien por el domicilio de persona de viso. Individuos comedidos y serviciales se apresuran a darle indicaciones: "Siga Ud. recto por aquí, le dicen con honda convicción; camine tres cuabras, tuerza a la derecha, donde hay un mirador verde; después, voltee a la izquierda, allí encontrará un edificio grande pintado de amarillo, con cuatro ventanas blancas de pasamanos de hierro; pase por delante, y cuente dos casas, la tercera es la que busca".

Si les inquieron por la calle y el número del domicilio encojen de hombros, hacen una mueca y continúan su camino, moviendo la cabeza.

¿Verdad que se necesita fresca memoria para retener tal riqueza de pormenores?

Como sombras queridas han quedado — muy simpáticos desde luego — los recuerdos de las anticuadas y populares designaciones, que tanto evocan y que deborfan conservarse a todo trance, antes que cometer el sacrilegio de ponerlas moderno mote.

Gozan recordando las surtidas tenduebas de *Guan-gaca lle*, en las que vendían fruta y provocativos chanchos condimentados y tostaditos al horno, extendidos

cuan largo eran, en bateas rústicas, sobre lecho de lechugas. Se relamen al pensar en las succulentas tortillas de la *Cuero de Hule*, en *La Loma*; o de *Mama Clara*, en San Diego, en dirección del Arco de la Magdalena.

Ya no pasean los enamorados por *Hornillos*, ni entran muy sentimentales a la *Calle del Suspiro*, ni se ocultan en los vericuetos de *La Cruz de Piedra* y el *Sapo de agua*.

Desde la época colonial, tenía fama lo *Calle de la Ronda*, que junto a profunda quebrada, era la guarida de ladrones, en la que vivían los serenos y los rondas rurales.

«La tal Ronda era el enemigo jurado de los serenateros guitarreros, galanes de noche y demás gente alegre que nunca faltó en Quito. La Ronda se componía de algunos soldados del Presidio Urbano capitaneados por un Teniente, al que se adjuntaban el Alcalde Ordinario de la ciudad y el Escribano de Cabildo», explica el Sr. Cristóbal de Gangotena y Jijón.

Algunas pétreas piletas y fuentes públicas han desaparecido, como la que había en un ángulo de la plazoleta de Santa Bárbara, por cuya empinada y tortuosa calle bajaba fea acequia deseubierta; como la monumental «pila» de San Francisco, donde se efectuaba

la feria al aire libre; como las bronceadas de Santo Domingo; la de la plaza grande, cuyos montuosos jardines tenían cerco o valla de palos y carrizos. El atrio y contornos de la Catedral ostentaban arcos de yerba en los días de fiesta.

¿Agua potable? Ni soñarla. Había un empleado que se denominaba «juez de aguas», encargado de vigilar que no se secaran las fuentes y «cajones de agua» Concurridos la pileta empotrada en el muro del Carmen antiguo, junto al viejo hospital, o el cajón de la esquina de San Roque, o de San Sebastián, o el chorro de Santa Catalina.

Hacían el servicio de aguadores los indios, con sus vistosos ponchos y pantalones blancos de lienzo o «calzoncillos». Transportaban a la espalda grandes vasijas de barro crudo diestramente amarradas, las que descansaban sobre una rosea de trapo o de mimbre que llamaban *tazín*. La carga era sostenida por los hombros y el pecho. Llevaban en la mano un ancho recipiente, calabaza o *pilche*. Otros sustentaban el depósito de agua en la cabeza, con la faja ancha de cuero o *atamba* ceñida a la frente.

Pobre aspecto el del *Mesón*, con altos poyos a los lados en vez de aceras, gradas carcomidas y menudo empedrado. Primitivos parapetos en los muros desi-

guales que han desaparecido en gran parte, especialmente en el tramo donde se ostenta una lápida que acredita el nacimiento del insigne orador Mejía, en una casa cercana al Túnel de la Paz.

Por *Churretas* desfilaban como podían los trasnochadores, con la guitarra bajo el brazo, dispuestos a sus serenatas, en vísperas de los santos más populares.

Fama de barrios alegres y nidos de beldades *non sanctas*, El Alto Perú, El Cebollar, La Tola, Chaguarcucho, La Chilena.

Como desde la Edad Media, en Europa, se organizaban en las prístinas ciudades, amuralladas o no, por oficios y profesiones, aquí también se congregaban por gremios. Por eso tal vez, todavía nombramos a la Calle de la Platería, a la de Bayetas, a la del Correo.

Genuinos lugares quiteños son *El Arco de la Reina*, *El Arco de Santa Elena* y *Sábana Santa*, *Esquina de Almas*, *La Cruz Verde*, *la Recoleta*, *Mamacuchara*, a la que concurría el disoluto clérigo José Albuja, hábil rasgador de guitarra; *Chimbacalle*, *La Calle Angosta*, etc.

¡Encantadores y viejos apodos de barrios y calles, cada cual escondéis leyendas o despertáis alguna escena pintoresca!

Quien a causa de sus deberes de reportero o de cronista se aventura por las más desamparadas y leja-

nas calles de la buena y querida ciudad de Quito, penetra en sus laberínticos y apartados barrios, sin atinar el por qué de la designación bárbara de ciudadelas, y anota cuanto es digno de reparo o franco aplauso, se ha formulado varias veces esta pregunta, que le desconcierta: ¿A qué horas estudian ciertos jóvenes que pertenecen a establecimientos de educación quiteños o que se supone matriculados en ellos? El interrogante tiene su fundamento, ya que, por donde vaya el cronista, encuentra a bulliciosos y alegres jovencuelos, ya pelando la pava, ya jugando a la pelota o a las bolas, ya en seguimiento de alguna pintiparada chullita, ya charlando entre grupos de amigos, «echando hoja,» etc.

Por todos los rincones pululan, sin que por esto deje de vérselos también por el centro, tranquilamente descansando en torno de la plaza de la Independencia, que es el mentidero público, en corro en las esquinas de moda, o sentados en las ventanas bajas de algunos almacenes u oficinas.

Esto en pleno día, a pleno sol, o entre las sombras del crepúsculo vespertino. Cuando llueve, se guarecen en portales y zaguanes.

También por la noche no dejan de notarse partidas de estudiantes que van agotando con su elocuencia todos los temas o forman ruidosos corros callejeros.

Y surge nuevamente la pregunta: ¿a qué hora es-

tudian estos alegres muchachos?

Para los que son huéspedes de Quito, que tan cariñosamente les abre los brazos, el problema, se presenta grave, tratándose de los padres de familia que en la lejana provincia, en la ciudad distante, en la hacienda remota, se desviven por la educación de sus hijos y les envían recursos, que significan sacrificios y desvelos, que no siempre son correspondidos.

Los pobres viejos economizan y trabajan, viviendo muchas veces a pan y cebolla, a fin de reunir dinero y remitírselo a los que pomposamente se adornan con el título de estudiantes. Se enternecen de emoción los padres de familia, pensando que sus hijitos están quemándose las cejas sobre los libros, para regresar instruidos y educados. Para estos pobrecitos, que tanto se desgastan cerebralmente, son las economías de los ejemplares papacitos.

Aunque no tienen campo de estudiar, el hecho de matricularse y asistir algunas ocasiones a clase, les da derecho a graduarse y recibir títulos. ¿El provecho? Eso es lo de menos. Ya regresarán a deslumbrar con sus conocimientos, a profundizar los problemas sociales, a mezclarse en las miserias humanas, a terciar en la política, a palanquear empleos y adquirir la celebridad digna de los centros reducidos.

Con el tiempo, que rápido vuela, ya será difícil reconstruir la querida historia de tantas calles quiteñas por las que pasaron bulliciosamente las procesiones, desfilaron graves oidores, cruzaron con aire señorial antiguos presidentes, caminaron a paso menudo damas linajudas, asombro de belleza, regimiento ataviadas; lucieron su garbo las atrayentes *bolsiconas* de zapatilla blanca, mantón do Manila y almidonadas enaguas de complicados encajes.

Hoy la vida es febril. Nadie quiere detenerse a añorar el significado de tantas callejas mal pavimentadas, estrechas y oscuras, pero ricas en memorias del pasado.

Ya se moderniza su catálogo. Cada mansión tendrá su número de orden, que ha de grabarse en las nuevas generaciones.

Dejaremos de escuchar las divertidas señas, cuando inquirimos por el domicilio de Fulano, que ahora es suntuoso palacio o elegante chalet, en vez de la casa frente a pintada cruz, o donde existía algún santo, alumbrado por los fieles.

POPULARES ATENCIONES QUITEÑAS

Quito, la querida ciudad, que abre su corazón sinceramente para ofrecer la resanada y exquisita casa, tiene la fama de hospitalaria. Su hogar, no escarapelado para los de afuera, exterioriza sus sanos sentimientos, cada vez que goza de la oportunidad de atender gentilmente a cualquier forastero.

Hasta las personas más medidas en sus gastos, suelen deshacerse en cumplidos, ostentando, como gala de su bondad y delicadeza, las obsequiosas atenciones.

Con los extranjeros, el trato afable es muy distinto de aquel incierto «asomarúse, no se perderá», cuando topa con algún prójimo a quien «no traga» y al que contesta con sorna cuando le pregunta: «¿Qué tal de la *vidurria*?»: «así, pa-ando como cuando Ud. era pobre».

Las hipérboles de la modestia vuelven pintoresco al lenguaje popular. A la esmerada demostración en la comida llaman «hacer penitencia». El suculento banquete es ofrecido con llaneza y exceso en el ceremonial de las deferencias, cuidando de que el huésped se sir-

va de todo y en abundancia, le guste o no le guste.

Le hemos rogado que venga a honrar nuestra pobre mesa, «tomando una sopita», dice el dueño de la casa, empujando el plato, para que sea transformado en tersa patena.

Cuando la invitación es a «una tacita de té», no faltan jamón, dulces, ponches, helados y otras golosinas. El anunciado pisco-labis se transforma en opífera cena, en la que, por plétora de comida, hasta se prescinde del ceremonioso té, porque ya no hay donde embaular tanto.

Si le ofrecen una copita, la ha de apurar hasta las heces. Vienen ruegos y porfía para que la concluya, aunque reviente. La afabilidad familiar se permite *fusilar* al agasajado. Los proyectiles son las copas de licor. Le somete a la tortura del *huacho*, que es un turno severo y ordenado de bebida en un mismo recipiente, a fin de evitar las *trampas* y que nadie se quede sin empujar el codo. Si el visitante se excusa por enfermedad, le insisten: «una copita no le hará daño, acepte únicamente el cariño».

Abrumado de cumplimientos, trata de despedirse cuanto antes. No le dejan, suplicándole que se esté un monmentito más, hasta apurar otra copita, la del estribo, porque *no es visita de médico*, por lo breve. Hasta le esconden el abrigo y sombrero, a fin de obligarle

que se demore. Si coincide la despedida, con la entrada de alguna otra persona, cariñosamente le observan que no es *agua bendita*, para que se ahuyente con tanta rapidez, como lo hace el demonio.

La dueña de casa, como especialidad culinaria, ha confeccionado un brebaje, una vianda, un refresco, un *potajito*. Los ha de determinar literalmente. En caso contrario, hay riesgo de que se resienta, de que piense que están mal preparados, de que atribuya a desaire el que no deje seco el vaso o limpio el plato, sin gotas ni migas, respectivamente.

— Pero, señora, ando mal del estómago, la gastralgia, la dispepsia me matan, murmura con sudores de angustia, la víctima del agasajo. Haga el favor de perdonarme que devuelva esta *ricura*,

— De ninguna manera, contesta la aludida, o el anfitrión. Ya sabe que poco veneno no mata. Además, el potajito está bien cocido, es hecho en casa y con aseo, tiene especerías y otras cositas inmejorables hasta para los cólicos.

— Señora, vuelve a implorar el visitante, el médico me ha prohibido todo condimento, vivo a régimen.

-- Nada, nada, si Ud. no se sirve, me enoja para toda la vida.

Quando alguien muestra apetito y buena

voluntad, brota incontenible la ingenua alegría de la señora, ante tanta educación, aplaudiendo que haya concluído pronto y sin etiquetas.

— Permítame la confianza, le dice. Veo que le ha gustado. Voy a repetirle.

No hay otro remedio que apurar resignado la doble ración que ha conquistado simpatías y le da fama de *llanito* y condescendiente, de un oro, de una plata.

Concluído el opíparo ofrecimiento, toca el turno a la letanía de perdones.

— Dispense, dispense lo mal que le hemos tratado, pero no son las penas del purgatorio. En su casa hallará el cielo.

Sólo cuando la agresión es efectiva y se propinan golpes o soplamocos al contrincante-, se le grita: — Agradece que no te doy más duro.

TIPOS QUITEÑOS

EL SEÑOR DE GUAGROCOTE

¡Cómo asoman a la pantalla de la memoria figuras que impresionaron nuestra niñez, tipos inconfundibles que encontrábamos por esas calles y que vistos una vez, ya no se olvidaron jamás!

De éstos era el por antonomasia llamado *Guagrocote*, apodo quichua compuesto de dos pintorescas palabras que son elocuentes y descriptivas. Hace muchos años, era vecino de la vieja y querida ciudad de San Francisco de Quito un sujeto estrafalario y curioso, a quien por mal nombre - y como aguda burla aristocrática - le decían el señor de Guagrocote, siendo plebeyo auténtico.

Era un cholo maduro, vivaracho y robusto, con unas pintas de sangre india, aunque su propio apellido sonaba a blanco distinguido y de prócer, genuino ejemplar del pueblo, Tragón y buen bobedor, no era borracho. Todo lo contrario, distinguíase por su acti-

vidad y diligencia. Era un sieteoficios. En lo moderno, se le denominaría poliarista.

Peinaba ya algunas canas, unas pocas, su cerdo-so y poblado bigote, que parecía burda brocha usada por los empapeladores para engrudar. Sus ojos negros, vivos como los del ratón, parecían sonreír socarronamente y le brillaban de malicia. Los pómulos hinchados simulaban estar soplando siempre, pues entendía de pistón y cornetín. Los labios gruesos y sensuales, las pobladas cejas, las orejas grandes y de pabellón inclinado hacia adelante, completaba la inconfundible fisonomía.

Usaba gorras de piel de gato, lustrosas y ribeteadas de hule, muchas veces con la cabeza del felino por visera. El calzado era grueso y rechinante, de becerro y aplicaciones de elástico. Todo él trazas para contentar a su abigarrada clientela.

Buscavidas como pocos, regentaba la banda popular de música de la Magdalena, hoy parroquia perteneciente a Quito, acudía a las fiestas de indios con puntualidad ejemplar, suministrándoles alas de hojalata para los ángeles y otros paramentos religiosos; amaestraba perros, enseñándoles varias habilidades, cazaba gatos y aprovechaba la carne en sus predilecciones culinarias, fabricaba máscaras de cartón y cola de endiablado olor y aspecto; máscaras de alambre y hasta de hojalata,

sobre todo las que representaban fieras, en especial tigres; arreglaba, de lienzo anchos biombos, comunmente llamados parapetos, confeccionaba gorras de piel y plumeros para el polvo, pintaba epitafios y componía sus leyendas fúnebres, etc.

La última vez que vimos a tan admirable personaje, fue en una tienda del barrio de San Roque, más arriba de San Carlos, donde había instalado su hojalatería, llena de cachivaches, muestrario de rarezas, emporio de trastos viejos, depósito de antigüedades, cual aquel almacén del judío que recuerda Dikens; taller sucio y mal oliente, en el que alternaban los instrumentos de sople que componía, junto con las negras cruces funerarias, protegidas por azulino arco de zinc, q' se extendía de brazo a brazo del madero; utensilios de cocina que pedían soldadura, junto a caprichoso muestrario de máscaras, rabos de buey para penachos o para el polvo, pieles de animales curtidas, bastidores derruidos y otras zarandajas.

Popular tenorio el Señor de Guagrocote, enamoraba a las cholitas bolsiconas de zapato blanco y floreado mantón de Manila y a las negras de casa rica que acertaban a pasar por su tienda, en la que trabajaba en mangas de camisa y puesto pringoso mandil de cuero, tarnreando algún yaraví o silbando aires populares. Las que no le *daban cara* casan bajo su sátira mor-

daz y hábil, salpicada de gracejos que fingía conversar con alguien de entre bastidores o responder al transeun- te del frente.

No faltaban muchachos que se figaban de él, con silbos, agudos como cuando se desmana un toro.

Al fondo del tenducho, descolorido biombo de cá- ñamo representaba al «hijo pródigo» de la Biblia, en ac- titud de arrojarle a los pies de su padre. ¿Era copia o inspiración ese cuadro de otro que existe en la entrada del Carmen Antiguo, junto al histórico Arco de la Rei- na? Otros lienzos de llamativos colores dejábanse a- divinar en ese como nido de urrácas.

Poeta popular, de ceñida métrica, comprobaba con un pedazo de *tatora* los versos que se le ocurrían para los epitafios de encomienda, en los que figuraba alguna viuda inconsolable bajo un sauce llorón, o do- liente mujer, de cabellera desgrefñada, gimiendo, pañue- lo en mano, ante una tumba barnizada de azul celeste, y, otras veces, oscuro, según su ardiente imaginación quería.

Común motivo funerario era un joven de levita y paraguas arrodillado ante diminuto ataúd con flores.

Cuidaba el versificador que los renglones le que- dasen iguales, a justa y estricta medida, cortándo- los inexorablemente donde terminaba la *tatora*, aunque no coincidiese el sentido. Sin darse cuenta, aparecía como

precursor de los vates vanguardistas.

Una inconsolable madre hablaba así a su hijo,
por boca del señor de Guagrocote:

*Tú que al cielo volas-
Te como palo-
Ma, matando mis hala-
Gos de madre cari-
Ñosa, etc.*

Esto nos trae a la memoria una regocijada ané-
dota argentina.

«Hace ya muchos años Conrado Naló Roxlo de-
dicábase — como «amateur» — al honorable oficio de cons-
tructor de epitafios, epigramas y toda otra clase seme-
jante de ejercicios versificadores, de especie parecida.
Vivía por Caballito, y tenía en su barrio una cliente-
la bastante numerosa.

«Un buen día se le presenta al poeta, con la a-
flicción del caso, la mujer de un almacenero vecino,
muerto recientemente, con el objeto de solicitarle un e-
pitafio para la tumba del difunto.

«La mujer quería una cosa sencilla, breve y ex-
presiva, que sintetizase a la vida de su ex-cónyuge.

«Poco tiempo después, la tumba se honraba con la siguiente inscripción: °

*Aquí yace Juan Quirós,
el honrado almacenero
del almacén de Salguero
1 5 2 2*

*La muerte, con mano ruda,
se llevó a este hombre de bien;
mas, continúa la viuda,
al frente del almacén»*



EL SEÑOR DE GUAGROCOTE MEDICO

Cuando describimos a este curioso personaje quiteño, artista popular, dejamos en el tintero una de sus más preciosas habilidades: la de especialista en curar algunos males. Era el médico de los pobres. Vendía, a precios módicos, manteca de gato, que él aseguraba era de oso, como un específico para el reumatismo. Para que no dudasen, había conseguido la cabeza de un negro plantigrado que disecado exhibía en parte visible de su tienda o consultorio, acompañando a la de un corniabierto venado que utilizaba como ropero.

Acudían muchos clientes, sobre todo indios, a quienes ceremoniosamente despachaba la suave droga, generalmente en usadas cajitas de fósforos, ponderando la virtud de esa panacea universal o pomada oleosa. Otra curación que realizaba milagrosamente: la del ESPANTO en los guaguas. Para devolverlos sanos y buenos, exigía una botella de vino, advirtiendo que fuese del legítimo de uva. Los crédulos compraban el gene-

roso líquido donde el «Buena Fé», comerciante muy acreditado de la plaza de San Francisco de Quito.

Una vez en posesión del vino, se tomaba un buen trago, y desnudaba a la enferma y nerviosa criatura, la sacata al sol, casi de costumbre a la acera del frente de su tienda. Fingiéndole que le daba friegas en la espalda con el vino y lo soplabá en el desmirriado cuerpo, lo iba apurando hasta vaciar la botella. Murmuraba en seguida extrañas oraciones, frases cabalísticas y jaculatorias a San Gregorio Magno. Después sacudía al guagua en alto, levantándolo en vilo, asiéndolo de los pies, y le daba cariñosas palmaditas en las mejillas. Cuando Baco le ponía de buen humor, terminaba la curación untando la cara del pequeñuelo con las eses del vino, engañándole con unos muñequitos que hacía.

Los curiosos, formando corro, presenciaban la extraña operación clínica.

También curaba los lobanillos de la muñeca con tres golpes dados con el lomo de un grueso libro, al son de esta plegaria:

«De piste en piste,
coroniste;
por orden de Satanás,
por polvos de Pataconiste,

por María Pimplín,
por arte de calabaza, . . .
pasa y repasa;
a la una, a las dos y a la tercera».

Cafan los recios golpes en la parte de la protuberancia, entre el brazo y la mano, y el tumor indolente desaparecía como por ensalmo.

¿Cómo explicar las curaciones del «espanto» en los niños? Sea por la impresión que recibían al contemplar los bigotes, la mofletuda fisonomía del médico y su peluda gorra de cabeza de gato; sea por los bruscos sacudimientos; sea por el masaje al aire libre, sea por la masculladas oraciones, lo cierto que ya no berreaba el guagua y la confianza en el señor de Guagrocote le devolvía la salud.

En la manipulación botánica, también muy entendido. Citaba innumerables yerbas caseras que obraban prodigios. Familiares para él estos raros nombres de plantas: asnayuyo, taraczaco, ashcumiouna, paico, huacamullo, bledo, calaguala, chuquiragua, yerba del pozo, de sapo, etc.

— Dele una *efusioncita* de tales hojas, recetaba, por decir una infusión.

No sabemos si formaba parte de sus manipulaciones de Galeno la manera de *quemar el sol y opacacar la luna*, los viernes santos en los pueblos de la Magdalena y Cotocollao, a los que conducía, junto con su banda de músicos, algunos judíos para el sermón de las tres horas.

Para conquistase más reputación, exhibía, en algunas oscuras noches, a la muerte: un esqueleto artificial, hábilmente imitado, con el que infundía terror al vecindario, rodeando al señor de Guagrocote o al a secas José Pérez, de magnífica aureola.

Tenía la devoción de tañer el *rondador* a las cuatro de la mañana, con tristeza tal, que ponía en un puño a los corazones

Su hijo Linares, con ocasión de una terrible leva, que llamaban *cogidas*, tuvo la ocurrencia de llevar al cuartel, para que figurasen como soldados, traídos a la sogá, a todos los músicos de la banda de su padre. Por muchos días celebróse el humorismo del Capitán de Milicias Linares.

EL CAMPANILLERO

Han desaparecido de esta prosera ciudad de tantos recuerdos, aquellas rumbosas procesiones que llamaron la atención desde los tiempos de la colonia. Para algunas, la preparación era de un año, tal su esplendor y los gastos que se originaban. Se hacía derroche de lujo. Al deslumbramiento material, iba acompañado el prestigio colectivo: lo más granado de la sociedad acudía en diversas formas, ya con bachones encendidos, ya con cirios de grandes candeleros, ya exhibiendo estandartes o insignias de las distintas cofradías, ya cooperando en el orden y traslado de las andas feéricas.

En el religioso desfile iba un cuerpo de campanilleros, anunciando el solemne paso. Raros ejemplares quedan ahora en templos como el Sagrario, Santa Bárbara y otros parroquiales.

El campanillero llama a los que han de acompañar al viático. Tiene a la puerta de la iglesia, el esquilón de bronce pendiente de triangular yugo de madera que ter-

mina en dos mangos o manubrios. El muchacho, a duras penas, puede mover la colosal campanilla que con tieso y retorcido cabestro le cuelga del cuello. Agobiado está con el peso. Se ayuda con ambas manos, que asen de la empuñadura de palo, y agita incesantemente el instrumento para que el badajo repiquetee.

Rechina el gozne con sonidos a veces quejumbrosos, a veces estridentes. El desarrapado chicuelo, en el desempeño de su oficio, que es solicitado con ilusión, mueve brazos y cabeza, en interminable balanceo. Así pasa muchos minutos invitando a los fieles de la comitiva eucarística.

Se le ve en ocasiones con el sombrerito bajo el brazo, empeñado en mover la campanilla y circundado de granujas que le solicitan «un pichón» o relevo, en el afán de ser ellos también chicos de campanillas, aunque no entiendan cómo se las campanean y oigan campanas y no sepan dónde.

En alguna excepción, el campanillero viste de mo-
naguillo. Va con hábito talar que arrastra hasta el suelo y lleva no muy limpia sobrepelliz. Precede la marcha de la sacramental procesión, y no se cansa de agitar la enorme campanilla; joya bronfónea de la que pocos ejemplares quedan.

Habituado el campanillero a estos menesteres, ingresa de sacristán y concluye por adaptarse a la simbiosis del culto externo.

Inconfundible su aspecto, por la agobiada actitud a que le ha forzado su oficio.

Como otras figuras populares, el simpático campanillero será al fin olvidado en la dilecta y vieja ciudad de las añoranzas coloniales.

El tránsito cada vez mayor que congestiona muchas calles, dificultaría ahora el paso de los prolongados desfiles religiosos, que la vigilancia policial se ha encargado de prohibir como manifestaciones del culto externo. También impide los tumultos populares y cívicos, cuando no tienen carácter oficial o llevan el sello de alguna adhesión gubernativa.

Con todo, quedan vigentes, en la práctica, las improvisadas procesiones con motivo del viático.

Salen generalmente de los templos parroquiales o de la «Capilla Mayor»; conduciendo, con el guión y los ciriales, entre una docena, o más de acompañantes con ceras, al sacerdote revestido con áurea capa de coro y albo amito con el que, a dos manos, empuña el cáliz, bajo amplio quitasol. A veces también le escoltan colgantes y artísticos farolillos suspendidos en

alto y cirios sobre amarillento soporte de madera que semeja su prolongación, en el que descansa la candileja de metal o de vidrio.

Precede la comitiva el campanillero, que algunas veces encarga una cajita con los útiles para la extremaunción, escoltado por floristas y turiferarios que, por lo regular, son mujeres del pueblo que, en platos de hierro, y otros recipientes aun de barro, llevan viva la brasa que consume el incienso y la alhucema; otras van desgranando por las calles las flores, que mutiladas han sido de sus cálices y pétalos, para extenderlos en amplios *charoles* o bandejas.

Según la importancia del moribundo que ha solicitado los últimos sacramentos, crece el número de acompañantes, con sendos cirios encendidos y mayor pompa de la acostumbrada.

Este espectáculo colonial es cada vez menos frecuente; pero no ha desaparecido del todo, en la tranquila vida de la ciudad de cotidiana rutina, que de vez en cuando interrumpe su pacífico tragar y el ambulante tráfico, obligando a que se descubran o hincuen la rodilla los transeuntes, sorprendidos por el retintín de la campanilla.

DON CHEPE

Cuentan los felices que han alcanzado a vivir más de media centuria, que allá por los años trágicos del terremoto de Imbabura, y casi un lustro después del terremoto moral que se sucedió a la muerte del honrado y activo gobernante García Moreno, andaba por las calles de esta muy noble y querida ciudad que se recuesta en las faldas del Pichincha, una guapa mestiza, de ligero bozo, que le volvía voluptuosa, de ojos negros e inquietos, llamada Josefina. Por su aire místico, su honradez y carácter insinuante y vividor, se había conquistado la confianza de las casas grandes, como ama de llaves de respeto, amiga del orden y formal a prueba de bomba. Almibarada y simpática, cada día se captaba más cariño y le solicitaban algunas familias, con promesa de mejorarle el sueldo y hasta de tentadoras donaciones.

Largas trenzas le caían por la espalda, su cuerpo era bien formado y esbelto, usaba vestido espeso de



bayeta de llamativos colores, mantón de Manila de enormes flores y largo fleco, zapatillas blancas de elevados tacones.

Era la criada honorable y preferida de las mansiones señoriales, en las que había muchas chicas de servicio, muchachas ya casaderas y de peligro, cholitas frescas, plebeyos botones de rosa, no pocas negras del Chota e indiecitas *guasicamas de anaco*.

Cuando, precedida de la sirviente que llevaba el reclinatorio o a veces una espesa y decorada alfombra de lana tejida en Quito, salía matinalmente la escrupulosa patrona de campanillas con dirección a su templo acostumbrado, no omitía la precaución de gritar desde el ancho zaguán:—«Josefina: tendrás cuidado de las criaturas, vigilarás que no salgan a la puerta de calle».

— Vaya sin cuidado, niñita, contestaba, con melosa y persuasiva voz, disponiéndose a pasar cerrojo a la claveteada y blasonada mansión.

La sosegada ciudad de Quito, de pacíficos y hospitalarios habitantes, que siempre se han distinguido por su buen comportamiento, no ofrecía crónicas escandalosas, que inquietaran los espíritus. No se conocía aún el diarismo que se pregona en las calles, ni se congestionaba el tránsito por la abundancia de vehículos. Todo e-

ra adorable quietud y relativo silencio callejero.

La sumisa gente de servicio, honradota, ingenua y cumplida, aunque un tanto perezosa y desaseada, no proporcionaba a sus amos dolores de cabeza.

Pasaron los años, Josefina o Chepita, como le desfan cariñosamente, acentuando su boxo de mujer hombruna, iba engordando y poniéndose cada día más fuerte.

Una mañana de mayo, mes de flores y recuerdos, en distinguida casa, acaudalada por añadidura, suscitóse mayúsculo alboroto. Los criados se iban a la greña, el vocerío era atronador, menudeaban los cargos e inculpaciones, se arrancaban los pelos de la maraña que se llamaba cabeza y se tiraban gentiles escobazos. La patrona había salido a misa. Al regreso del mes de sus devociones marianas, encontró todo manga por hombro, y el escándalo en plena efervescencia.

¿Cuál, averiguadada la causa? Los pícaros celos, los celos que les airaban hasta reventar, entre improprios y arañazos.

¿Quién era el popular y cínico Tenorio que había osado burlar la vigilancia y profanar el custodiado recinto? Al principio, creyóse absurda calumnia y cosa de risa; pero tomando la cristiana patrona a pechos la información, se descubrió el pastel. Los celos, desatados como una tormenta..... eran por Josefina

La tal Josefina había sido hombre. Fue despedido de la casa con la vergüenza y sanción consiguientes. Desde entonces, comenzó a usar vestido masculino: pantalones de casinete, poncho de paño, sombrero de paja, botines de cuero de becerro con tacones un tanto prominentes.

El pueblo que ya sabía los milagros de la ex Josefina, pues se habían propagado como reguero: le bautizó con el nombre de «El Chepe»

Con este apodo murió en edad avanzada, hace algo más de un cuarto de siglo.

EL LLAPANGO

Llapango se llamaba un simpático tipo quiteño, buen mozo, gordo, blanco, de buena representación, muy conocido hace media centuria en el barrio de San Roque de esta amada y tranquila ciudad de tantas reliquias de arte.

El Llapango, como con cierto cariño murmuraban algunas beatas cuando le veían campante por la calle, vestía de rara manera: pantalón de paño fino, poncho de seda a rayas blancas y azules, sombrero flamante de paja toquilla y..... nada para los pies: ni zapatos ni botainas, ni siquiera alpargatas. Sin duda por esta circunstancia, le apodaron de tal guisa. Iba siempre descalzo; pero cuidando de que estuvieran sus gordos pies limpios como un armiño. Su orgullo consistía en ostentar la albura de esas bien cuidadas extremidades pedestres. A veces, en las fiestas religiosas de más campanillas, quitábase el poncho del diario para lucir otro más llamativo y costoso, y sustituía su sombrero de bien tejida paja, con luciente calañés de paño. Pero, como de costumbre, nada para los pies, lavados con esmero. Cuando salía al balcón, usaba gorra de terciopelo, con borlas de oro y bordada de mullos.

El nombre del Llapango era Mateo Sandoval. Se ignora cómo adquirió fortuna. Sin duda fue en sus mocedades sirviendo de casa grande y recibió alguna herencia. Además de su indumentaria, era célebre por los «nacimientos» que rumbosamente componía en Navidad. Llenaban amplia sala de su mansión, prolongándose hasta la puerta. Se admiraban las graciosas e innumerables figuritas de madera, valiosas y antiguas esculturas quiteñas que reproducían generalmente costumbres nacionales. Verdaderas obras de arte, hoy día son ya muy raras. A esas curiosas tallas, se añadían figuritas de plata auténtica y objetos de chafalonía. Todo el mundo iba a contemplar el monumental nacimiento del Llapango que tantas joyas exhibía. Su lujo cifraba en que fuese mucha gente, y selecta, no cabía de contento.

Las «malas lenguas» aseguraban que en su vetusta casa había enterrado dinero sonante y alhajas, de temor de las revueltas intestinas y de la consiguiente entrada a saco que solía autorizarse por tiempo limitado

— Muchachos, si dáis el triunfo y os tomáis la ciudad, os ofrezco «media horita de saqueo», gritaba el bárbaro Jefe. Como en aquel tiempo no había cajas de seguridad ni bancos de depósito, era muy natural que se escondieran o enterrasen las monedas de oro y plata y las joyas, para librarlas de la rapiña a mano armada.

Tal, en repetidos casos, el origen de ciertas fortunas improvisadas, que hallaron entierros o escondites en las demoliciones del edificio, en la reparación de una pared, en la apertura de una alacena, en el cambio del enladrillado, etc.

Pronto este raro personaje hizose popular en el barrio. Despertaba la envidia del vecindario, porque le notaban siempre bien vestido, salvo la chifladura de aborrecer los zapatos. No sabían de qué vivía. Más les mortificaba que no trabajase en nada. Una mañana de Carnaval, el barrio de San Roque estuvo alborotado. De boca en boca corría la trágica novedad: han asesinado al Llapango. En la sosegada ciudad, ajena a los crímenes sangrientos, se anotaba como caso inaudito. Seguramente el incentivo del reprobable hecho fue el robo, pues despertaba codicia por sus viejos tesoros.

De una puñalada le habían destripado. Decían que el arma era afilado cuchillo, de esos que usan los zapateros. Tuvo la valentía de introducirse como pudo las víceras y ampararlas con sus manos. Pedía con insistencia que le cosieran el estómago, y que pagaría lo que le pidiesen. Conducido al hospital, la curación no fue tardía. Para honra de la cirujía quiteña, la operación de laparatomía resultó a las mil maravillas. Sanó como por milagro, alcanzando a vi-

vir algún tiempo, hasta que violenta pulmonía le mató.

La gente, aglomerada delante de su casa de San Roque, hoy calle Rocafuerte, comentaba, a su sabor, la final partida del Llapango. La fantasía popular le convertía en héroe de aventuras donjuanescas. Unos, aplaudían su dulzura de carácter y su santa costumbre de los nacimientos; otros, le motejaban de que teniendo plata hubiera andado siempre descalzo, atribuyendo a rasgo de avaricia su capricho.

Vive, como extraña tradición, la memoria de ésta aún más extraña figura entre no pocos viejos sanroqueños, que todavía añoran aquellos espléndidos nacimientos, henchidos de representaciones artísticas y bellas piezas de argento, que componía el Llapango.

EL JUAN CHAMPUZ

Era el día de la temprana aleluya en los hogares: sábado santo, en que resucitan las campanas, y Quito, como que se despeceza del sopor de los tristes días anteriores, nublados, lluviosos. Reinaban la paz y la alegría en los corazones. Los ejercitantes salían con caras de pascua, desaparecido ya el compungido ceño y las palideces del rígido ayuno. Los pobres llevan a su casa el pan de la gloria, espolvoreado de azúcar, que le habían repartido en San Diego o en el Tejar, después de las rigurosas y desconcertantes prédicas del canónigo Terrazas, varón severo, si los hubo, que a todos mostraba las puertas del infierno que estaban abiertas sin misericordia, como las dantescas, perdida ya toda esperanza para los que entraban por ellas en el antro sin redención.

El pesimismo le corroía las entrañas. Sus sermones de los ejercicios espirituales en la sombría casa

situada al pie del Pichincha, provocaban desesperación y hasta locura.

Se valía de terroríficos medios materiales. Cuando no se quemaba los dedos en el púlpito con llama de alcohol, arrastraba cadenas en el obscuro claustro o exhibía macabras momias, al paso de las saetas y al són de lamentables cantos místicos, imprecadores de arrepentimiento. Detrás del cuadro del purgatorio desplegado en el altar mayor, encendía desperdicios de las bujías de sebo y derramaba aguarrás. Su teatralería era para impresionar al pueblo.

Los fúnebres recuerdos de los días de mortificación y de las azotainas en las noches de miserero, se olvidaban el sábado. Comenzaba, desde la madrugada, a sonar la bocina sugestiva. Entraban en la ciudad algunas reses para los conventos y colegios confesionales. Regalo de gente rica, las vaconas y novillos eran la primera nota pascual. Se sucedían, en la diáfana mañana, las risas de los esquilonos echados a vuelo. Los cohetes reventaban como otras tantas descargas de fusilería. Los muchachos, desde la víspera, guardaban a sus prisioneros caninos, cautivos con sogas al cuello. El sábado soltaban a los famélicos perros, atados con tarros de hojalata al rabo. Iban los pobres animales como almas

que lleva el diablo, disparados por esas calles de Sata-nás, de empedrado desigual y puntiagudo, produciendo atronador y fiero ruido y la algazara consiguiente en las turbas de granujas.

La civilización que protege a los animales, va desterrando la cruel costumbre de los «perros con lata», imagen simbólica de ciertos «réclames» y vanidades. En un pueblo vimos que reemplazaban al can con un potrillo bravo.

El Juan Champuz, que como alguno de sus típicos compañeros había ganado cinco pesos en el lavatorio de los pies, amén del terno nuevo, iba orondo con su capa limpia, glorioso trofeo de su papel de apóstol. Feo de rostro, que lo volvía peor su tétrica sonrisa, gozaba lo indecible en flagelar a los muchachos, preferentemente a las chiquillas de pueblo. Habíase ingeniado un cebo: atraerlas con un muñequillo que guardaba bajo la capa. Era un padre belermo de trápo, que gesticulaba y hacía señas, movido por los hábiles dedos zurdos del tartajoso Juan Champuz. Se acercaban los chicuelos a contemplar al rorro cómico y jugueteón. Entonces, con la rapidez del relámpago, desenvainaba del pecho un látigo con la diestra y tostaba a los «guambras» a zurriagos.

Sus carcajadas incontenibles porfau al descubierta el feroz regocijo de! degenerado.

Escondía a su gesticulante belermo, e íbase a otro lugar a repetir la escena, en tanto que pasaban veloces aullando sin descanso, los perrillos que eran víctimas dignas de lástima en manos de los pequeñelos. Sufrían tal vez más que aquel murciélago alevoso cantado por Fray González o por el que fuese.

El Juan Champuz, con boca repugnante de abultados belfos, llamaba a los niños para que cayesen en el lazo que les tendía. A veces recibía algunas pedradas en el sombrero de copa, y no faltaban diestros tiradores que hicieran rodar el «buche» buen trecho por la vía pública. Los guardianes del orden favorecían con su imparcialidad los engaños de Juan Champuz y la represalia consiguiente.

Cuentan las viejas que, el raro padre belermo, nombre de guerra del mamarracho fabricado por el típico tonto, era para él algo así como un fetiche. En su mazmorra le velaba en nicho. Tal vez, en su ignorancia, Juan Champuz murmuraba trabajosamente ininteligible plegaria ante su ídolo. Lo que, gracias a la caridad pública, reunía, empleaba en adornarlo y vestirlo bien, tachouándolo de lentejuelas y abalorios.

La pintoresca figura es hoy como un trasunto inverosímil de mejores tiempos de augusta calma y sencillez paradisíaca.

LA VENDEDORA DE BORREGUITOS DE ALGODON

En estos vertiginosos tiempos de automovilismo, en los que los pícaros nervios viven *hiperestesiados*, que dicen los poetas de la nueva cosecha, ya parecen inverosímiles aquellas típicas y reposadas figuras que atravesaban lentamente las calles de Quito, ofreciendo mercancías nacionales que eran fruto de trabajo no menos pachorrudo.

Como este siglo, según advertencia filosófica de Keyserling, es cada día más rápidamente conquistado por el chofer, que devora distancias, los desastres callejeros se suceden, causando más estragos que las pestes y las revoluciones, y tanto, que un chusco recortó de un célebre periódico, a raíz de fatal volcar de un carro en que iban más de cuatro amigos que salieron contusos y magullados, este menú:

- «Caldo de ojo reventado.
- Sopa de riñones estropeados.
- C ostillas fritas.

Clavícula al horno.
Cuero cabelludo en torta.
Bocados de cardenales.
Lenguas..... mordidas
Dulce de neumáticos.
Helados de gasolina.
Orejas asadas».

Por las rúas de la entonces beatífica ciudad de Quito, siempre tan amada para nuestro corazón, andaba, a celeridad de tortuga, una viejecita de paso menuado, talante serio, faz que nunca sonreía, pocas hebras blancas en el cabello y menos arrugas, que había paralizado el tiempo, de manera que era difícil calcular, por la cara de la anciana vendedora, su edad, que a veces se remozaba cuando la venta iba bien. Recorría de la Ceca a la Meca, con un juguete a la diestra, ofreciéndolo al público. Era, por lo regular, un borreguito de algodón, un merino pequeño, crespó y grácil, firme sobre sus cuatro patas que se apoyaban en un cartón rectangular. La finura alargada de su hocico, los ojillos moribundos, recomendaban su mansedumbre corderil. Otras veces la vendedora ambulante, de alargado rostro como visto en el reverso de niquelada cuchara, de traje a cuadros como arreglado con tela de colchón y de dos cortas trenzas a la espalda - entonces no se soñaba

con la melena - tejidas con no muy blanco pabilo que terminaba en artísticas rosetas, conducía en sus manos un en-sortijado perrito de albos bucles y velludas orejas, sentado en sus patas traseras. El ampo de nieve en forma de can, que dirían los avanzados versificadores, llevaba en su abultada boca monísimo canastillo, diminuto frutero. Iba el simpático animalito muy encintado, luciendo sonrosados brazaletes en las extremidades torneadas, además de lazo al cuello, del que pendía un cencerro... Variaciones perrunas eran presentarlo erguido y trasquilado hasta la mitad del cuerpo, desde la cola, que remataba en coquetona brocha a modo de rosetón.

Canes y corderos eran la blanda mercancía que destacaba la habilidad femenina en labores de mano. Prolijidad nimia para confeccionar tales juguetes de materia tan suave que, por lo mismo, costaba dificultad acentuar en ella la forma y los pormenores ornamentales.

Este ramo comercial, venido a menos, a fe que tenía gracia por sus cualidades artísticas.

Ya no existen, igualmente, las guaguas, ninfas, indiecitos y otras figuras de blanca harina de trigo, flor de masa tan bien preparada, que daba la ilusión del alabastro.

¡Qué de maravillas labradas por manos divinas,

en esa fina masa, distinta acaso, de la que se destina al pan selecto!

¡Lástima que hayan desaparecido aquellas figurillas de algodón que se exhibían en las calles, eran adorno en los belenes y en las modestas salas!

La industria nacional ya no gusta de las filigranas acolchonadas y con alma de alambre y a veces de carrizo.

Pero la vendedora de borreguitos de algodón dejó su nota pintoresca que impresionaba a los muchachos, ávidos de curiosear la blanda mercancía, que la anciana cuidaba como a una joya.

EL HOMBRE — ORQUESTA

Se llamaba Rosalino Povea Borja. Allá por 1930 murió en una sala del Hospital Civil de Quito, víctima del temible flagelo de estas latitudes: la bronco - neumonía, que dicen ahora solemnemente los médicos.

Ganábase típica y genialmente la vida, luchando honradamente con el infortunio, porque su ruidoso arte musical muy poco le producía.

Artista popular, muy conocido en Quito, contribuyó, en los barrios apartados, en el doliente y poético suburbio, que alguien llamó arrabal del cielo, a desterrar el tedio. Amenizaba las horas toledanas en fonduchas y tabernas, en menos prosaicos restaurantes y hasta en hoteles de tercera clase, produciendo el repiqueteo y, sonsonete de la característica bulla de sus complicados instrumentos, que sus manos y pies manejaban con destreza orquestal.

Asistió a las bodas pobres que no les sobraba pa-

ra gastar en pianos, victrolas y conjunto de violines y violoncelos. Fueron muy económicos sus servicios, pues se debían a una sola voluntad, que ponía en juego cabeza, boca, brazos y piernas, con nervioso tambaleo.

Multiplicábase Povea en las plebeyas casas de recreo de los pintorescos alrededores de la ciudad.

De aspecto apasible y humilde, muy atento, saludando iba a todos con unción, con pastosa voz que inspiraba simpatía. Pasaba por esas calles que el diablo tienta, acompañado de un mudo deforme y gesticulante que llevaba inflada la bolsa a cuestas: era su orquesta ambulante, ejecutada de modo mágico por él sólo.

Ya en vísperas de su partida final le había abandonado el mudo. Le reemplazaba en conducir el bolsón un granuja, de esos picaruelos de Quito, que habrían dado quinto y raya al lazarillo del ciego de Tormes.

Tipo de la honradez del artesano quiteño, jamás se mezcló en riñas nocturnas y orriminales grescas que el alcohol inspira. Hombre pacífico, bueno a carta cabal, condescendiente en sumo grado, su táctita consistía en no disgustar a nadie, en ejecutar el aire nacional que se le pedía.

Parece que al principio el maestro Rosalino Po-

vea se dedicó a labores de carpintero y de evanistería, hasta que tuvo un momento de inspiración: transformarse en hombre - orquesta.

La habilidad de este hijo del pueblo, de afinado oído y devoto de la músicaailable y nacional, le hizo concebir una especie de murga ambulante.

Un buen día, de esos que la necesidad impulsa a discurrir hasta a los no letrados, por más que sean ciento, se aprestó a la andanza callejera, a la aventura ruidosa y deleitable por los queridos barrios quiteños.

A la manera que don Quijote limpió las armas de sus abuelos q' estaban tomándose de orín amontonadas en un rincón, el múltiple músico arregló vieja guitarra que yacía empolvada por ahí en su cuartucho, cual el arpa de Bécquer, acomodó al brazo de la morisca vihuela un rondón, que es juguete sonoro y delicioso para los muchachos; juntó a él un atrayente y aflautado pito en forma de gallito; se colocó en la cabeza un casquete con campanillas prolijamente adoptado y en las muñecas unos cencerros como brazaletes, perforó un bombo, instrumento hueco tan de moda en algunas academias y cofradías, pasó por su arco disimuladamente una cuerda que iba a oprimir el resorte de los platillos colocados en la parte superior del timbal que cargaba a

la espalda, cuerda que se tiraba con el pie, simulando puntapiés al vacío, y disparóse no solamente por el arrabal que era su nuevo campo de Montiel. Con tales utensilios musicales, obra de su ingenio, dióse a recorrer algunas provincias ecuatorianas. Estuvo en Guayaquil y fue aplaudido y hasta condecorado. Siempre viajaba con el deforme mudo, su compañero, que cargaba en aquel estuche de lienzo los instrumentos de la portátil y familiar charanga.

Pocas personas habrá en Quito que no hayan conocido al maestro Rosalino Povea, que con su orquesta que él monopolizaba, como otras cosas, andábase la noche tocando aires nacionales en las diversiones populares, en los bailes de arroz quebrado, en casas de cena y tabernas que prólongan su buen humor hasta horas avanzadas, vecinas de la aurora, y hasta en algunos velorios. El típico hombre - orquesta, por su singular manera de ejecutar varios instrumentos, daba la ilusión de una murga o bullicioso JAZZ BAN de mulatos.

Povea tuvo unas pocas horas en Quito temible competidor: el súbdito italiano Pascual Vitesse, que, por ciertas calles de la ciudad, lanzó al espacio sus melodías un tanto de moda y no pocas de sabor español. Pero éste había sustituido la guitarra y el rondón con un a-

cordeón, diestramente manejado. «Es tipo popular que nos recuerda la callejera alegría de algunos barrios napolitanos», repetía un paisano suyo.

El viejo recuerdo de Povea durará algún tiempo en Quito, sobre todo cuando el pueblo repase las melodías del «Frémite de amor», los dolientes yaravíes, el «alza que te han visto», los pasillos, la volteriana «mapa señora» y los «sanjuanitos».

La música es divina; es el lenguaje de las almas. Aquellas romanzas sin palabras conmueven los corazones. Ante el «Claro de luna» de Bethoven una inefable ternura invade a los espíritus y recordamos al genio alemán. Pero como de todo se abusa, hoy nos desesperan aquellas máquinas de moler música y destrozarse los oídos, con discos viejos y rayados, que despechan! Bien están victrolas, electrolas, o lo que se llamen, cuando proporcionan hondo placer espiritual, cuando con sus piezas clásicas hablan a la estética, cuando con los aires nacionales nos deleitan, refrescando el aroma de la tierra.

Pero que el popular numen nacional no produzca esa musiquita lloriqueante, q' está deformando a los «pasillos», volviéndolos monótonos hasta la aburrida desesperación, causantes de aplanamiento espiritual y corruptores del

buen gusto. El arte ha de contribuir a desterrar a aquellos engendros tabernarios que deprimen a los corazones, como si las notas humillantes y vulgares hundieran en el piélago de la miseria moral a los que suspiran y se anoran, en vez de reaccionar virilmente, dando muestras de vigor racial y bañando a las almas en las linfas puras de la sana alegría.

La tristeza tiene actitudes de noble serenidad, y no genuflexiones degradantes. El dolor es augusto. El arte que lo interpreta, penetra, con solemne paso funeral, en el templo de la belleza; pero no se arrastra, entre sombras, por los antros del envilecimiento.

Por todo esto, no morirá pronto la añoranza del popular tipo quiteño, de Povea, hombrecillo de regular estatura, pobre de barbas, de pálida más que trigueña fisonomía, ojos negros e inquisidores, aire risueño casi siempre, que iba, por lo común, contento con su suerte y cuando no obtenía propinas en dinero, se contentaba con saborear cualquier vianda casera que solicitaba a costilla de quienes buscaban sus servicios.

UN CELEBRE AGUADOR

A medida que las costumbres se modifican y los años transcurren, trastonando, como castillo de naipes, la dulce y vieja ingenuidad, dejamos de ver, en la querida y tradicional Quito, ciertos tipos familiares y pintorescos que van desapareciendo por la fuerza de las circunstancias y con quienes tropezábamos a diario y que hasta resultaban decorativos para la ciudad. Eran el ornato ambulante de la población, los mimados de los niños que frecuentemente arañan por cariño o por distraerse, y convierten, tal vez inconscientemente, en ludibrio hasta lo que es digno de lástima.

La pálida desnarigada, que dicen los cetrinos versificadores que van a la vanguardia del disparate, se ha llevado a la tumba a otros, de talento indiscriptible, como el *mudo* Zulem, al beato Felipe, el avaro Llapango, el Capellán de las Muñecas, el Chepe, el Guagrocote, el Tulures, etc.

Chiflados los de acá, mendigos los de más allá,

monomaniacos éstos, geniales y raros aquéllos, paseaban sus galas oratorias, sus brotes de poesía popular, su abigarrada indumentaria, sus decires característicos, sus mañas, sus cuerpos deformes, sus caras lombrosianas o caricaturescas. Gente inofensiva, era la nota picareca de la población y el motivo para las charlas del corrillo, los epigramas callejeros y los comentarios picantes.

Hoy sólo van quedando algunos figurones políticos y muñecos intelectuales.

Pasan los tiempos, y ya nos parece inverosímil que tales prójimos hayan existido y, lo que es más, que hayan servido de recreación popular. El progreso ha desterrado a algunos y la muerte se ha tragado a los demás.

Cuando las pétreas fuentes públicas, de grandes tazones, seculares trasuntos arquitectónicos, gala de la urbe colonial de los viejos murallones y los augustos templos, surtían de agua al pueblo, había aguadores característicos, generalmente ipdios de largas trenzas, de los llamados *guangudos*, que hoy se desempeñan en el aseo municipal, de blancos calzoncillos de liencillo y espeso poncho rojo; trabajado en Otavalo, que conducían a espaldas y con ayuda de la frente, en la que iba ceñida como yugo el ancho de la correa o *atamba*, la be-

bida limpia, en puntiagudas tinajas de barro, que nada tenían de ánforas etruscas, sobre una rosca atada a la cintura. El primitivo y frágil recipiente, era reemplazado a veces por un barril de enorme y redonda tapa, forrada de trapos.

El agua potable que la tubería conduce a domicilio, ha ahuyentado a los típicos aguadores quiteños, distintos de los de algunas poblaciones de la Costa ecuatoriana, que van caballeros sobre limpios asnos, transportando en angarillas el codiciado líquido, que en algunas comarcas cuesta un ojo de la cara, como en el rico y laborioso puerto de Manta.

Quizá viva, anciano y recluido en un asilo de pobres, como le vimos hace años, un famoso ciego que la plebe - y aun otra clase de gente - apodaba de varios modos y generalmente de «Orejas de Palo».

Al oírse llamar a gritos de tal guisa, probaba, con hechos contundentes o disparos verbales, henchidos de furia y amenazas, que sus pabellones acústicos no se habían construido con madera.

Poeta callejero, que repartía en verso insultos, imprecaciones y anatemas, era el ludibrio de la muchedumbre y el solaz de los granujas, capaces de enloquecer

al bronceo león del monumento. A tientas iba el «Orejas de Palo», con una varilla de hierro en la mano derecha y en la izquierda el cuenco o *pilche* - producto natural de una calabaza - que le servía para embasar el fresco y transparente líquido. El barril de agua, cargado a espaldas, no le pesaba, al parecer, tal su agilidad y tino. La tomaba, por lo común, de la monumental pila de la Plaza Grande o Mayor y a veces de la colonial y gigantesca, reliquia de otras edades, que era gala de la Plaza de San Francisco.

Los muchachos, implacables en el prurito de molestar al prójimo y causar daños, agujoneaban la rabiá del ciego, dedicándole los motes más peregrinos y arrojándole cáscaras, terrones y bodoques de sus cerbatanas de hojalata.

Jamás el aguador Orejas de Palo se quedaba con el canallesco ataque: lo devolvía con gracejos en verso, que provocaban carcajadas de las turbas escolares o de los chicos de la plazuela. Al escuchar el nombre de guerra, inmediatamente contestaba: «Macho garroteado». Continuaba la letanía de insultos, que los devolvía siempre en verso.

«Orejas de Palo,
Barbas de chivo»

le gritaba algún chicuelo no muy bien nacido. Al punto, el ciego decía:

«A tu madre le regalo,
y dame, bruto, el recibo»

Los denuestos subían de color, sacando de casillas al ciego, ladino como el de Tormes. Entonces desatábase en tacos de grueso calibre y obscenidades mayúsculas, siempre rimando.

Cuando los muchachos buscaban alguna palabreja de difícil consonante, como *Atahualpa*, el aguador perdía los estribos. Botaba al hombro el poncho y empuñando la férrea varilla, arremetía a la redonda, con destreza tal, que algunos chicuelos caían dentro de la zona peligrosa y eran golpeados sin misericordia.

Entonces reía sardónicamente, castañeteando los dientes. Luego murmuraba: ya te fregué, macho garroteado. Venía a continuación la pedrea de los chicuelos, entre silbos agudos, hasta que intervenía el guardián del orden.

El «Orejas de Palo», según aseguran, fue antiguo rezador de casa grande y hay quien afirme que un tiempo se le contrató para enseñar la doctrina cristiana a la servidumbre de las familias pudientes; orjadas que

eran víctimas de los zurriagos que el ciego les administraba, cual antiguo dómine, por quitame allá esas pajas, por la mínima equivocación del texto religioso que iba docentemente mascullando. Madrugaba a hacer rezar en Santo Domingo y destacarse en las procesiones del «Rosario de la aurora», llevando la voz en los coros populares que le seguían, a los que inculcaba peregrinas devociones. Cuentan que por reprender a una chiquilita, su desventurada discípula, le dió tal tirón de orejas, que le arrancó una de cuajo, entre los ayes de la víctima y el escándalo de las beatas. Parece que de aquí brotara el mote de «Orejas de Palo», pues le castigaron por esa falta, amenazándole cortarle las suyas, reemplazándolas por otras de cuero de becerro o de palo de balsa. Por lo demás, su oído era tan fino, que conocía, en el metal de voz, a cuantos le apodaban, le dirigían pullas o cerca de él conversaban en tono de burla. Mozo de media edad cuando ambulaba por las calles de Quito, rala y negra barba, rostro un tanto picado de viruelas, nariz ancha y que parecía olfatear como galgo de caza, ojos herméticamente cerrados, boca grande y de labios sensuales, cabeza pequeña y melnuda; ancho de espaldas, gordo, de media estatura y metido de hombros. Su traje favorito, el burdo poncho de la-

na un tanto raído, pantalones de casinete obscuro, botines flojos y delgado bastón de hierro o a veces un grueso garrote en la diestra, que no era muy raro lo lanzase como proyectil. En la izquierda asía el consabido pilche o recipiente para henchir el barril panzudo, que utilizaba como aguador, en sus viajes cotidianos a las pétreas fuentes. Conocida su clientela para el servicio del agua, daba preferencia a la casa del gran doctor Ascencio Gándara, casi contigua a la plaza principal, en la que había hallado por mucho tiempo caritativo albergue, gracias a la generosidad de dicho caballero y distinguido médico quiteño.

Las siguientes curiosas líneas hemos hallado en un antiguo recorte, sin que conozcamos el nombre de su dueño, pues el artículo no lleva nombre y apareció en un diario de la ciudad. Dicen así:

«Una bellísima y espiritual damita gritóle desde su balcón: «Orejas de palo». Airosamente saltó a la calle el espontáneo rimador, y le contestó: Si te conozco H. Quiñones.—Fiera ladrona de corazones.— Pero algún día te he de ver flaca.— Como una lora puesta en esta- ca».

Cuando se le acusaba al Presidente Cordero de haber tomado parte en el ruin negociado de José María

Plácido Caamaño, le dijeron al ciego: «Orejas de cordero», y él contestó al punto: «Si no soy tan majadero, — para vender el crucero»

Tal, uno de los tipos más populares, distracción de los pilluelos, que ya no transita por las modernas y pavimentadas calles de San Francisco de Quito, que hoy cuenta con agua potable a domicilio.

EL POETA POPULAR

Cuando intentamos describir al poeta popular, omitimos, sin ánimo de cometer una injusticia, el nombre de un inspirado cantor que lanza con frecuencia, al gran torrente circulatorio, como el piélago pasional de las multitudes, hojitas sueltas rimadas, tomando como tema los sucesos recientes de la patria ecuatoriana, sean políticos, sean sociales. Es el señor Juan R. Clavijo, modesto obrero que, en sus ratos desocupados, conversa con las Musas. El mismo, en algunas de sus producciones, se denomina «obrero del pensamiento».

No usa melena, como muchos poetas. Sencillo en el vestir, su rostro moreno y de vivaces ojos, revela gran sinceridad. Es bajo de cuerpo y un tanto gordo, lo que desmiente la palidez y flacura de los románticos. Su fisonomía sonriente es la del tipo quiteño popular. Atento con todos, va saludando afable y respetuosamente.

El sistematizador César Lombroso, después de profundos estudios, obtuvo como consecuencia que los

genios que suben a la cumbre son pobres de cabellera. Pero al sabio italiano le contradice la historia, pues, citaríamos a muchos colosos por su talento que no fueron calvos.

Ni el divino Homero fue de escasa cabellera, ni lo fue Víctor Hugo.

Claro que, para confirmar la teoría del sabio Lombroso, amontonaríamos también el número de pezones entre las altas mentalidades. Un curioso cronista ha hecho estas observaciones:

«Moltke lleva una peluca que no engaña a nadie», decía Bismark, que era pelado como la palma de la mano. Bulwer Lytton, calvo también, reparaba la falta de cabellos con la habilidad de su peluquero. Lord Gladstone y Salisbury perdieron también el pelo antes de llegar a viejos Chamberlain, el Duque de Devonshire y Balfour, pueden enorgullecerse de sus cabelleras. La exuberante melena de William Field haría la fortuna de un violinista. John Redmond, Dillon, T. P. O' Connor, Swift, MacNeill y O'Brien, que suman entre todos 274 primaveras, prueban que los aires del Parlamento no son nocivos a la conservación del pelo, ni mucho menos.

La música y las cabelleras lujuriantes parecen

ser dos cosas inseparables: las damas que aspiran a tener un mechón de pelo de Paderewki, Isaye, Kubelik u otros virtuosos, pueden tener siempre esperanzas. Los compositores son también casi siempre favorecidos: Wágner, Verdi, Sullivan, Rubinstein y Gounod, estaban bien dotados de cabello. Listz también peinaba melena de león. De que ni estudios ni inventos quitan el pelo, es testigo el ilustre Edison. Alma Tadema, actor, e Ibsen, autor teatral.

Clavijo no es calvo, si bien no le bajaban hasta los hombros, como a muchos artistas, sus negros y rizados bucles, como explosión de anillos de azabache, en frase de Montalvo.

Su espíritu cívico se empeña en querer probar, con sus sencillas rimas, que no le es indiferente la suerte de su suelo natal. Por esto, propaga la crónica de los acontecimientos salientes, valiéndose de espontáneos octosílabos, que traducen las palpitaciones del corazón del pueblo, porque le gusta penetrarse de sus sentimientos e inquirir su manera de pensar. En medio de la pereza mental de muchos, es laudable la ocupación poética de Clavijo. Sus ideas son sanas. Su profesión de fe es el liberalismo.

En Febrero de 1.932 ha tomado como argumen-

to los sangrientos sucesos de Tulcán del 31 de Enero. Ya anteriormente, se había ocupado en asuntos políticos, satirizando a los malos gobernantes y a los funcionarios de uñas largas. Cuando llegó a Quito el Capitán Colón Eloy Alfaro, le saludó en verso. He aquí algunas de sus estrofas:

«Sed bienvenido a nosotros,
gran Patricio ciudadano,
y recibe el tierno abrazo
de tu pueblo ecuatoriano.
Recibe el voto ferviente
de su sacra convicción,
que os damos los liberales
con amor del corazón.
Siempre tuvistéis afecto
al pueblo: serás su amparo,
lo fuiste así desde niño
¡oh, noble Colón Alfaro!»

EL CAPON

No os asustéis meditando en las consecuencias del nombre.

En los clásicos castellanos, constan vocablos más realistas, desde antes de la picaresca «Celestina» Crujeza del cuadro dan inmortales pinceladas al realismo.

Hasta en el bueno, en la suposición de que lo haya sido, del Arcipreste de Hita, comprobamos la mezcla maliciosa de subidas cosas profanas con místicas.

En el Quijote resaltan palabras más fuertes, interjecciones francas y escenas escabrosas. Bastaría acordarnos de la Maritornes para desechar escrúpulos.

Además, lo que oyeron diariamente nuestros ejemplares abuelos en las calles de Quito no escandalizará a las conciencias meticulosas.

No es raro todavía que, *coram pópulo*, dos cholas o cuatro verduleras se peleen, usando de gruesos tacos cual proyectiles, gritando mil desvergüenzas que lastiman los oídos, en plena plaza. Se descueran, se muerden

con una letanía de insultos que haría ruborizar a las jambas de las puertas.

Con acerada pluma, que estaba destilando sangre cuando al dieterio recurría, Montalvo, burlándose de un personaje político y jugando con su apellido, afirmaba que era castrado, y como a tal le describía.

No lo es, sino de apelativo, Al. Capone, el famoso bandido de Chicago, doctor en la ciencia del contrabando de bebidas alcohólicas. Dicen que su ingenio, que por nada se acobardaba, logró reunir la respetable suma de veinte millones de dólares, lo que no fueron suficientes para librarle del presidio, en el que Alfonso Capone purga sus delitos.

Hace media centuria, nuestros tranquilos mayores que iban por el barrio de «La Chilena» donde era fama que habitaba una beldad oriunda de Chile, que sorbía el seso a los mozos del vecindario, o cruzaba «La Guaragua» q' según la etimología indígena significa, en frase del curioso cronista «Neoquiteño», «lugar pintoresco tachonado de estrellas», se detenían en la vía pública al escuchar el barullo que metían los avispados granujas entre silbos y gritos de ¡«Capón!, capón!», cuando tímidamente pasaba un hombrecillo grueso, de sombrero de paja toquilla de anexas alas, envuelto en su verdosa capa, semiocultando el apergaminado rostro de profundas ojeras y arrugado, que dejaba caer los párpados inferiores ple-

gados como diminutas bolsas. Con todo, más que mo-
fletudo, parecía hinchado. Debajo de la barba se disi-
mulaban las papadas deformes, vecinas del bocio. Tam-
bién el cogote era grueso y en dobleces arremangado.
Vendía rosarios en público, en devota actitud, juntas
las manos, cual si fuese rezando. Aseguraba que esta-
ban bendecidas esas sartas de cuentas de corteza de co-
co, pasadas en blanco pabito y que terminaban en dimi-
nuta cruz, anudada en el extremo y en los brazos.

¡Cómo palidecía de rabia al sentirse despiadada-
mente ultrajado en esa forma por los granujas que sa-
lfan de la escuela y le habían *cogido a cargo*, acribi-
llándole a gritos, persiguiéndole a sol y sombra. Al sen-
tirse cruzado el rostro con el latigazo del insulto, vomitaba por esa boca los más negros improperios, las mal-
diciones más tremebundas, tan espantables como las que
lanzaba el infeliz curita Játiva cuando le decían *tío*.
La policía, nada rigurosa ni educada en aquellos tiem-
pos, dejaba q' el escándalo se produjese y que impunemen-
te se molestara al prójimo indefenso en plena calle, par-
ticipando con sus risas en el drama del arroyo. A ve-
ces el así motejado por la turba infantil la agredía con
piedras. Concluía por infundir lástima, y los transeuntes
desbarataban la punible escena.

¿Quién era, de dónde había venido tan extraña y deforme sombra, abrumada con tal sambenito? Misterio de las ciudades sin llamarse el París de Eugenio Sué. Nadie sabía a ciencia cierta el origen de la desventurada criatura. Sólo se había descubierto que se llamaba Antonio (las beatas le ponían el don) y que su apellido se suponía extranjero, aunque no es posible imaginárselo de origen francés, de la rama del publicista y poco afortunado industrial de azarosa existencia, oriundo de Cabrieres, ni inglés, pariente de aquel arquitecto y pintor Guillermo Capón, que decoró óperas y teatros, ni menos italiano, descendiente de los ilustres jurisconsultos napolitanos Capone.

Contábanse aventuradas leyendas para explicar la mutilación a que habíale sometido. Decían que un grupo de mujeres de pueblo burladas por el entonces juvenil Tenorio de barrio se confabularon para castigar sus audacias y en el ejido de la ciudad, lugar solitario y distante, y hoy el pintoresco parque Veinticuatro de Mayo, practicóronle por la fuerza la sangrienta operación, que le volvía apto para guardar serrallos.

Sea de ello lo que fuere, el personaje auténtico caminaba asustado y tembloroso, adhiriéndose en lo posible a la pared y volteando la cara continuamente, ofreciendo su mística mercancía que en reventa le propor-

cionaban los padres dominicos.

El día jueves santo cambiaba su indumentaria. Salía a caballo y reemplazaba a la capa de paño el poncho de lana, a cuadros vistosos. Iba con una vandeja de plata en la mano, pidiendo limosna para el santo entierro de Cristo. Notábase en aquel pesado cuerpo algún vestigio de arrogancia que añoraba los pasados tiempos mujeriegos y de picos pardos.

Golpeaba con una moneda en el platillo de argento, adornado con una cruz. Llamábanle con una seña los fieles. El caballero detenía a su brioso corcel y recibía el óbolo piadoso. Entonces nadie le gritaba su apodo. Diríase que el cambio de vestido y facha le transformaba. Ya no era el sér bonachón y corrido, víctima de la crueldad infantil, sino el precursor de las famosas procesiones de viernes santo que hacían época en Quito. El espectáculo callejero y teatral, superior al deslumbrador conjunto escénico de algunas óperas modernas, recibía los honores de gentes de la más apartadas regiones ecuatorianas. Hasta se afirmaba que venían a verlo de las vecinas repúblicas de Colombia y el Perú.

No faltaban viejas que, exasperando la imaginación y el miedo cervical de los niños lloriqueantes, presentaban al peregrino tipo quiteño como coco que come crudos a los guaguas. Si no callas, ha de venir a lle

varte el «Capón», repetían como ahora les amenazan con «Mama Jacinta», una estantigua traza de bruja, con «El Diablo sin cejas», con el «Cojo Zaumerrio» y otros fantasmas terribles para los chicuelos indisciplinados y ojos de nigua.

Quito, que antiguamente había presenciado el patético drama del *Cucurucho de San Agustín*, en tiempos menos remotos era a cada paso testigo de la algazara de los muchachos cuando alcanzaban a divizar al infeliz personaje y le gritaban su apodo, impidiéndole que devotamente vendiese sus sargas de humildes rosarios a precio inverosímil; rosarios labrados con paciencia benedictina en la segunda cáscara del coco, si bien unos pocos ostentaban sus cuentas pequeñitas, torneadas hábilmente en el fruto de la tagua o corozo.

EL RABO DE OVEJA

A firman los que han entrado a analizar el obscuro mundo de la psiquis, que los pecados capitales son aberraciones humanas debidas a ciertas enfermedades físicas y mentales. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el pecado capital de la sordidez resulta quizá el más repugnante y tonto.

«Rabo de Oveja» llamaban en algunos barrios de Quito a un triste representante de la avaricia. Nadie sabía el origen de su sobrenombre. Sin duda la mugre de sus vestidos motosos y lo desmirriado de su persona, le conquistaron ese mote ovejuno.

Solía frecuentar muy de madrugada los extramuros de la Tola, San Blas y Santa Catalina.

Casi inspiraba lástima el seco viejecito, de mirada humilde e inquieta, bigotes ralos y blancos, que iba siempre mal traído, con sucio sombrero de paja, ropa de casineta, descolorido y deshilachado, zapatos que se son-

reían enseñando su dentadura de mangle, y grueso bastón en el que se apoyaba.

Dicen que poseía algunas tiendas y casuchas y que por algunos años mantuvo en ellas miserables prostíbulos, cuyos arrendamientos explotaba. Alternaba con la peor gente.

Un buen día del lluvioso Octubre, mes en el que el célebre *cordónazo* de San Francisco se había desatado como furibunda catarata, amaneció el Rabo de Oveja muerto en su habitación de ropavejero, en su casa de retroventa, que el vulgo llamaba *contaduría*. Esa covacha, con salida a la calle Montúfar, muy cerca del viejo chorro de Santa Catalina y otra puerta al zaguán, era digna de ser visitada. Antiguallas, cachivaches, montañas de atados, maletas, utensilios de cocina, muebles desvencijados, cristalería estropeada, etc., obstruían el paso e interceptaban la luz que llegaba mortecina y avergonzada a ese antro de dolores e inmundicias.

Agolpados los vecinos al amanecer, le encontraron tendido cuan largo era, sirviéndole de cabecera una paila de bronce. Todos murmuraban que El Rabo de Oveja había fallecido de ciento veinte años, sacando cuentas en los dedos y evocando tiempos pasados en que conocieron de muchachos al vejete, ya setentón hace media centuria

La policía selló la tienda y mandó a practicar la autopsia legal. Su fin obscuro y solitario dio que hablar por pocos días, concluyendo por ser olvidado después en los barrios para él familiares.

Como ese avaro, citaban a otro que anduvo por las tranquilas calles de Quito vestido de raro modo: siempre con *buche* de pelo de seda enresgado, que atestiguaba la vejez de medio siglo, levita descolorida por los años y zapatos de resorte. Concluido por contusión el buche a causa de una pedrada, le reemplazó con un «coco» verde.

Al salir, aseguraba su casa con tres órdenes de candados que prolijamente iba tirando con fuerza para comprobar que no fallaban las *cimbras*. Parecía un limosnero. Propagaba que pertenecía a buena familia, a juzgar por su apellido. Personalmente todos los días se surtía de leche donde casera determinada y compraba mote en el mercado.

Cierta mañana notaron los vecinos que no había salido. La puerta de su casita de la calle Venezuela permanecía con cerrojo grueso por dentro. Comenzó el vecindario a alarmarse. Al día siguiente, tampoco la puerta se abría. La lechera aseguraba que el cliente no había venido con su acostumbrado jarrito de hojalata.

Entonces se decidieron a dar parte a la policía. Esta acudió por la noche, tan luego como recibiera la denuncia. Tuvo que derribar la puerta para entrar. Todo estaba a oscuras. El solitario habitante no se servía de luz eléctrica. Provistos de un paquete de velas de estearina, comisario y ayudantes penetraron en el tétrico refugio.

Macabro el espectáculo que se ofreció a la vista: el viejecito yacía en el suelo, sobre los ladrillos de un cuartucho desaseado. Las ratas le habían devorado media cara.

El avaro dejó tentadora fortuna en acciones de banco, cédulas, libras esterlinas, plata chafalonía, monedas de argento, calderilla y otros valores.

Una dama quiteña, que con obras tangibles ha probado su amor a la ciudad, ha legado la suma de cincuenta mil sueres al moderno hospital civil «Eugenio Espejo» que con orgullo despliega sus pabellones en la sección norte, hospital digno de apoyo y que se hallaba sufriendo las consecuencias de su estrechez económica.

Dinero muy bien empleado el que se pone a beneficio de los que sufren, de los que en la casa del dolor hallan consuelos prodigados a su espíritu y atenciones para su debilitado organismo, que va en busca de salud.

Ojalá el dinero, tan fugaz en la mísera tierra, se emplease activamente en múltiples empresas que contribuyen a la cultura, al adelanto social, al refinamiento de las almas, a la educación del pueblo, a la mejora espiritual y material.

Ojalá también fuesen imitados estos nobles rasgos de desprendimiento que perpetúan el nombre de los filántropos, con caracteres más duraderos que los áureos: los de la gratitud, a fin de que abunden los ejemplos caritativos en favor de los que padecen y necesitan del positivo amparo de las personas de buenos sentimientos.

Comentando los admirables actos de filantropía del corazón argentino, el inimitable cronista Soiza Reilly, enumera los grandes hospitales, asilos e instituciones de beneficencia que se han levantado gracias a la generosidad particular, a la filantropía de muchos espíritus altruistas.

Pero también recuerda con pena cómo se anulan, esterilizan y pierden no pocas fortunas por la sordidez de sus poseedores. Cita casos de fuertes sumas dejadas dentro de colchones.

Viene al momento a la memoria lo que hace más de veinte años presencié Quito: la trágica escena de una anciana que murió por no gastar cinco centavos. Esa limosnera vivía en el barrio de la Tola. Sintióse con

dolor de estómago. Una vecina quiso proporcionarle un cordial, una agüita tónica de manzanilla o toronjil, pero no tenía cinco centavos para azúcar. La anciana murió. Arrojaron al muladar el colchón viejo y la almohada de pajilla, por inservibles. A un agente de policía se le ocurrió destripar el colchón antes de incendiarlo. Se hallaron billetes fuertes, de a cincuenta, veinte y diez sures en regular cantidad. El dinero y algunos cachivaches pasaron legalmente a poder del Instituto Nacional Mejía. Atónito el guardián del orden público, urgó también la rafa almohada y encontró en sus entrañas antiguas alhajas de oro y piedras de algún valor. El cronista de Paysandú refiere que distinguida y virtuosa dama de Buenos Aires había legado tres o cuatro millones de pesos a beneficio de la policía nacional. «Me pareció muy bien aplicada la herencia, dice el célebre cronista. Pero el caso es que, además de esos millones, la extinta dejó una gruesa suma de dinero en billetes de banco. El albacea, al tomar posesión de los bienes, encontró dentro de un ropero, entre las ropas de la dama, un paquete de billetes envuelto en papeles de diario. El fajo contenía veinte mil pesos. En el fondo de un canasto para ropa sucia se encontró otro bulto, en la misma forma, con cuarenta mil pesos. En una cafetera había treinta mil. Y así, en diferentes rollos de billetes envueltos en papel de periódico, se recogieron

quinientos mil pesos. ¡Medio millón sustraído a la circulación! Medio millón de pesos que no ganaban interés y que no han servido para ayudar a nadie.

Con pena, exclama que no todos los ricos saben ejercer beneficencia. Cuerto y laudable es practicar el bien en vida, propender al adelanto del pueblo, invertirlo en grandes empresas, colaborar con el progreso.

Tener capitales dormidos como ocultos en el colchón, es dar pruebas de mezquindad y feroz egotismo.

Si se levantaran de sus tumbas muchos acaudalados, ¡cómo se arrepentirían de no haber ejercitado en vida el espíritu de filantropía, al darse cuenta del fin deplorable, del ridículo destino del sudor de su frente!

¡Tantas privaciones desastrosamente desperdiciadas o en manos hasta de enemigos! Volverían a morir de rabia y despecho.

El dinero ha de servir para el trabajo activo.

Si se lo guarda en el fondo del avaro baúl o dentro del colchón, se ha sustraído a la riqueza pública el circulante que beneficiara al pueblo, se ha dejado improductivo un capital, llamado quizá a llevar el pan a muchos hogares, a proporcionar trabajo honrado a no pocas familias, a repartir socorros y consuelos, como los multiplicó la señora doña Clorinda Gangotena de Fernández Salvador, ilustre dama quiteña, justamente acreedora a las bendiciones del pueblo.

¿Qué bienes morales habrá atesorado el Rabo de Oveja?

Este tipo, de todos los climas y latitudes, abominable por su aspecto, repugnante por sus costumbres, resultaba la encarnación de la avaricia, hedionda planta que todavía no se desarraiga de la tierra.

El Rabo de Oveja es uno de los tantos afiliados a la triste congregación de la miseria que amontona, a través de rudos trabajos y heroicas privaciones, tesoros que son infecundos mientras vive el loco poseedor, porque casi siempre, como fruto del diablo, se los lleva el viento o caen, ora en manos pródigas, ora de enemigos.

El peor tormento de los educados en la cofradía de los Rabos de Oveja de todos los rincones del planeta, es el fin que tienen sus ahorros.

HOMBRE DE VALIA

DOCTOR ANTONIO FLORES JIJON

La justicia, madrastra más que madre de los hombres, al fin abre sus brazos de hierro para recibir a los hijos predilectos de la patria, ya no adusta, sino con inefable gozo. De aquéllos era el egregio quiteño doctor Antonio Flores Jijón, educado con el mayor esmero, para que pudiera adelantar a su época.

Se le vió distinguirse en el Liceo Enrique IV de París, que más tarde tomó el nombre de «Liceo Napoleón».

Cuentan que en sus primeros años pedagógicamente le comunicó el sello de su personalidad en Latacunga el célebre maestro de Bolívar, don Simón Rodríguez.

Estudió Derecho en Quito y después en la ciudad de los Reyes.

La República del Ecuador celebró alborozada, el 23 de Octubre de 1.932, el primer centenario del nacimiento de esta cumbre nacional

Hay que leer con atención los hechos de su vida para apreciarla en sus más sabios quilates. La buena

lectura es fecunda en reflexiones. «Saber leer bien - ha dicho con razón el escritor argentino Estrella Gutiérrez - no es ser un buen lector en voz alta. Saber leer bien es comprender, pensar y sentir una hermosa página. Pocas veces se lee en la vida diaria en alta voz». Es preciso aprender a leer en silencio, sacando fruto de lo que está ante nuestros ojos.

Un día, con admirable tino y plausible tolerancia, rigió los destinos de la Nación, pudiendo expresarse que su espíritu democrático franqueó de par en par las puertas del liberalismo.

Proverbial su sagacidad, con una suave inclinación de cabeza, movía a los políticos para que se pusiesen de su parte.

Se me ha referido este breve episodio. Descendía las gradas del palacio gubernativo un inteligente enemigo político que le combatía fuertemente en el Congreso. Subía por las mismas pétreas escaleras el Presidente de la República, arrebujaado en su capa española. Ver a su adversario y franquear los brazos, desembarazándose de su abrigo, todo fue uno. Con suma atención, llevando casi al suelo su sombrero de copa, saludó: «Muy buenos días, Monseñor» El diputado era canónigo. Hábilmente le dió tratamiento episcopal, que operó el milagro en el alma implacable del tribuno tonsurado, que apretando elegantemente su manteo, contestóle con reconciliadora sonrisa.

Sus destacadas virtudes fueron: fino talento diplomático, laboriosidad sin límites, vasta erudición, e-cuanimidad cautivante, rechazadora de intolerancias.

Sus misiones en el exterior: en los Estados Unidos, Colombia, Perú, Chile y los principales países de Europa, acreditando están su esmerada preparación diplomática y su cultura. Hasta muy avanzada la noche, trabajaba muchas horas consecutivas, de manera que eran pocas las que entregaba al sueño reparador. De madrugada, ya se le vía, caballero en blanco y fogoso corcel, atravesar la mitad del antiguo ejido de Quito, saltar sobre la mullida grama y entregarse a la gimnasia, para dirigirse a tomar espumante leche en la Carolina, al norte de la ciudad.

Poesía varios idiomas, profundos conocimientos de ciencia económica, preparación de estadista y amplias nociones de historia. Cabalmente una de sus primeras obras fue de este género: la Historia Universal, en la que se concretó a la edad antigua, cuando desempeñaba con lucimiento en Lima esta cátedra. Muy versado, además, en Derecho Internacional, materias hacendarias, políticas y jurídicas, como estadista eminente y abogado que triunfa en las aulas de la célebre Universidad limeña, en 1.859. Ahí están sus publicaciones acerca de la deuda angloecuatoriana, de la conver-

sión de la deuda inglesa, del problema del ferrocarril del sur; ahí sus mensajes, discursos de recepción, estudios del Concordato, de la Ley de Bancos; ahí sus análisis constitucionales, digresiones críticas, contribución a la Historia del Ecuador, ensayos sobre crédito público, política y rentas, etc.

En Chile publicó su obra sobre «El Reino de Quito» y en los Estados Unidos de América del Norte sus «Letras Españolas».

Renombrados escritores de Europa y el Nuevo Mundo le dedicaron sus trabajos y cartas eruditas y literarias.

Bondadoso y sereno, escuchaba las más encontradas opiniones, las respetaba escrupulosamente y cuando rectificaba algunas, lo hacía con sutil parsimonia y nobleza de alma. Pertenecía a la aristocracia del corazón, la más auténtica de todas, no obstante haberse mecido en selecta cuna.

A sus méritos de gran republicano, ostentados con modestia en su atinada vida pública, se añadirían los de la privada, que destacan al varón austero, de profunda moralidad, sobrio y trabajador, que gustó de cultivar los afectos de familia. Cuidando estuvo, en todo tiempo, de situar en la cúspide la memoria de su ilustre padre, el fundador de la República del E-

cuador, defendiéndole de cargos y deteniendo los ataques apasionados, especialmente los que conciernen a la tragedia de Berruecos. Varios de sus folletos tienen como tema el asesinato del immaculado Mariscal de Ayacucho, que le han enaltecido más con el epíteto de Abel Americano. Con el mismo cariño filial, refutó los cargos del fecundo escritor Nicolás Augusto González, en su libro sobre Sucre que después se esclareció, por solemne confesión de este poeta y polemista, que lo había escrito el General Eloy Alfaro, suscribiéndolo González, por uno de esos lamentables desvíos de su «despreocupada juventud», frase que ya es famosa en la historia ecuatoriana.

Afectuoso en la intimidad de los suyos, dió pruebas, en su «Isidorito», de cuanto lamentaba la temprana muerte, a la edad de catorce años, de su sobrino. Injustamente la crítica se burló de estos justos desahogos, sentimientos de carácter privado.

En los ratos de ocio compuso algunos poemas.

Hacen falta figuras eminentes y justicieras, de la talla del doctor Antonio Flores Jijón, gloria de la patria y singularmente de la luminosa Quito.

Pero, por sobre su sabiduría y su conducta fuera de la patria; resaltan su amor ferviente a ella y su sincera devoción cívica.

Puso, en la fragua de los hechos, a retemplar

su patriotismo, lo mismo en el paso del Salado, en la campaña de 1.860, cuando llegó de la lejanía con armas y municiones a defender al país y obtuvo la elocuente medalla en la que se graba su «arrojo asombroso», lo mismo en la restauración de 1.883, en que luchó contra la dictadura de Veintimilla, emprendiendo valeroso el asalto a Guayaquil, que cuando, ausente del Ecuador, renunció la Presidencia de la República en 1.889. De Europa vino, en vista de las circunstancias, a aceptarla, trayéndose un programa eminentemente republicano.

En ejemplar proclama, prometió que gobernaría «para el pueblo, por el pueblo y con el pueblo». Cumplió su palabra, dando expansión a la prensa nacional y fomentando el espíritu de armonía entre los ciudadanos. En ningún tiempo se publicaron más periódicos, hasta en los últimos rincones del solar ecuatoriano, y nunca brotaron más asociaciones, de índole diversa, que durante su sagaz administración. Pusiéronse en juego las doctrinas y se estrecharon muchas almas al calor de sus ideales.

Plasmará a las generaciones cuando se estudie detenidamente su vida, reflejada en sus combates de soldado viril, en sus pacíficas labores y campañas diplomáticas, en sus acciones que honran a la democracia, y en sus libros, tersos y documentados.

DON JOAQUIN VELASCO

El amor filial, fervoroso y reverente, ha gastado algunos miles de sures, para presentar, reunidas en un tomo de más de quinientas páginas, las composiciones en verso y las máximas en prosa del quiteño de buena cepa doctor Joaquín Velasco y Cobo, que desempeñó cargos relevantes en Guayaquil, como la magistratura judicial en la Corte Superior. En el puerto, donde residió algunos años, fue víctima del fuego devorador, que consumió, según dicen, su biblioteca y manuscritos, salvándose de la pérdida definitiva sólo sus «Obras Poéticas».

Hombre de cátedra y de letras, gustó de aprovechar sus ocios dando alas a su ingenio, para que, libre y espontáneo, discurra por los vergeles del grajeo, ensayándose en la métrica y anhelando esparcimientos líricos. Cultivó el latín como profesor en el colegio Vicente Rocafuerte de Guayaquil; plantel en el cual llegó a la rectoría. Pero no quiso que se reflejasen en sus trabajos literarios las frecuencias gra-

maticales y de humanidades y menos la purificadora influencia de la lengua madre. Prefirió *hablar en quiteño*, abundando en modismos muy locales, sin que le quitasen el sueño la corrección del lenguaje y la propiedad de los términos.

La musa quiteña es rica en brotes epigramáticos, pues tal es la índole del pueblo, espiritual, burlón, picaresco. Pero los primores que concibe la agudeza quiteña se van repitiendo por tradición, pasando de boca en boca, sin que se hayan coleccionado en libro. A lo más viven anecdóticamente o en la memoria de algunos privilegiados talentos. Muestra de ese genio son los epigramas del doctor Joaquín Velasco y Cobo, que recuerdan los numerosos del poeta platense Francisco Acuña de Figueroa.

En la literatura española no abunda el género que cultivaron Baltazar de Alcázar, Salvador Polo de Medina, Juan de Iriarte, José Iglesias, Nicolás Moratín y en tiempos más cercanos Juan Martínez Villergas. Claro que la sátira está viviendo inmortalmente en el Arcipreste Ruiz, en Cervantes, en Quevedo, Larra y otros genios humorísticos.

El quiteño Velasco se empeña en corregir las costumbres por medio de la sátira. Sus composiciones jocosas son irónicas, censuran los vicios y no perso-

nalizan, pues, los nombres propios son inventados y no dañosamente alusivos. Teniendo en cuenta la máxima virgiliana de la eterna volubilidad de la mujer, (*varium et mutabile semper femina*) es inagotable en sus pullas al mundo femenino. Abrigando rectilíneo fondo moral, llega en su severidad a motejar preferentemente a las beldades que echan a perder sus perfecciones por medio del afeite. Ya el gran Lupercio L. Argensola se burló de aquel blanco y carmín de doña Elvira, que no tenía más mérito que el haberla costado su dinero, por asombrosa que fuese «la verdad de su mentira»

En el ingrato campo de la política, sus donaires son ricos y felices. Dirige la proa contra la inutilidad de los Congresos, marcando juguetonamente la falta de honradez de algunos. Sus alfilerazos sociales hincan en la carne y hasta mortifican a la conciencia. A veces no son únicamente a flor de epidermis. Toman no pocos versos, no obstante su sencillez, la consistencia del acero. De la apariencia endeble y de fácil factura, como hechos burla burlando, pasan a la dureza filosófica. Sus aciertos son numerosos en el jugueteón palenque epigramático que más tarde frecuentaría don Luis Cordero. Aun cuando la tarea es abrumadora, capaz de fatigar por su extensión al ver-

sificador de más original vena, la acomete a ratos perdidos, revolando chispa y genio vocacional para el mariposeo deleitable.

Ha penetrado en el alma del pueblo, para exprimir la profundidad de sus cantares. Muchos son sentimentales y expresivos, reveladores de un corazón que ama y sufre, y no simplemente argumentos frívolos para ser entonados al són de la guitarra. En el fondo, asoman las lecciones de la experiencia. Maneja las redondillas y seguidillas, envolviendo en ellas joyas populares.

«Tienes razón; que en la tierra,
donde uno nace y se cría,
vive con más alegría,
que en otra tierra mejor».
«Mucho vale mi mulita
color de café con leche,
con dientes como de plata
y la cara de escabeche»
«Qué amor el de mi Ramona
que tiene dos corazones:
uno para mi persona,
y otro para mis doblones»
«Los hombres están diciendo
que quitan y ponen leyes;

que estén gritando y poniendo,
nosotras somos los reyes»

Largo sería reproducir comprobantes. En las letrillas, la fluidez se une a la galanura. Podría suscribir Villegas la anacreónica «La Galería», que es un raudal de pentasílabos.

Ya va quedando en desuso el pintoresco galimatías del diálogo «El montubio y la serrana».

Se aplicaría a la América la doctrina política de estos versos que tienen miga:

LA IMPRENTA

El gobierno se ha ocupado,
con afán tan oportuno,
delicadeza y cuidado
en la imprenta, que ha mandado
que no la toque ninguno.

Oportuno es el siguiente epigrama:

EL COMUNISTA

A un amigo le decía
un comunista: ya ve
que va a triunfar mi doctrina,
y en tal caso ¿qué hará Ud.?
Respondió el otro: en tal caso

al que manda obedecer:
cargo en común con su casa,
y también a su mujer.

Vivian siempre lozanas las flores del ingenio que proporcionan solaz a los espíritus, fieles al antiguo consejo de regalar con su perfume y aleccionarlos suavemente, cumpliendo la misión, tan difícil hoy día, de enseñar al lector al par que deleitarle.

UN PROPAGADOR DE CULTURA

No sabemos el origen del apodo, que lo consideramos injusto. «Mapapelotas» llamaba el pueblo a un hombrecito bueno, de fisonomía sonriente, bajo de cuerpo, agencioso, honrado y creyente a carta cabal. En obsequio a la equidad, se le pudo denominar más bien «propagador de cultura».

Era la providencia de los estudiantes, el arsenal donde se surtían de devocionarios, eucologios, áncoras de salvación, novenas, etc., las beatas. Los cachifos encontraban allí textos de medio uso y manuales baratos. Muchas señoritas románticas se consolaban con las novelas que adquirían donde el señor Rivadeneira, quien les indicaba libros como El Sitio de la Rochela, Genoveva de Bramante, El Mártir del Gólgota, Carlota Temple, y algunos otros relatos de Pérez Escrich, etc.

Librero de viejo, había permanecido al frente del

negocio, que lo conocía al dedillo, cosa de cuarenta años, desde muchacho.

Era el psicólogo de los vendedores de libros y quizá su decano en la tranquila y colonial ciudad de Quito. Cataba en el semblante al cliente, para halagarle el gusto, lo mismo al niño de escuela y al colegial que iban en busca de obras de lectura y texto, que al aficionado a publicaciones modernas que inquiría por alguna obra flamante; lo mismo a la señora forrada de negro y con rosario en la mano que se desesperaba por el Año Cristiano, o un Oficio Parvo, que a la chullita que averiguaba por el Secretario de los Amantes; lo mismo al anticuario que husmeaba incunables, aldos y elzeviros, que al extranjero que iba en pos de tomos geográficos, o estadísticos.

Hace lustros, su tienda ocupaba una de las covachas de la Plaza de la Independencia. Muchos años estuvo en la calle Chile, en parte central y contigua a la famosa heladería, y por último la muerte le sorprendió en su doble almacén de la calle García Moreno, casi junto al magnífico edificio de la Asociación de Empleados.

No le permitía su fervor religioso la propaganda de libros que llamaba, con aire misterioso, «prohibidos». El mismo los condenaba, después de las devotas corridas espirituales de San Diego, a repetidos autos de fe, aun-

que sin la prolijidad tolerante del escrutinio que practicarán cura y barbero en la biblioteca de Don Quijote, para sentenciar al fuego numerosos libros de caballería.

Cierta ocasión, de un tomazo llamado «Somatén», del famoso Comandante Aristizábal, que le decían «Aristinsarna», periodista a su modo, arrancó la «Mercurial Eclesiástica» de Montalvo, que había incluido el neurótico militar en la colección de artículos que publicara en el periódico «El Pichincha».

Don Antonio Rivadeneira fue un civilizador, al fin y al cabo. Pasaron por sus manos millares de libros curiosos y surtió de ellos a muchísimos hogares quiteños. Nadie que demostrara amor a los papeles impresos, dejaba de visitar su tienda de librero de lance, en la que los biblímanos se recreaban horas de horas.

Lástima que el prurito del apodo haya reemplazado a su nombre de pila un aditamento pintoresco. Por legiones acudían los chiquillos a empeñar o casi regalar sus deteriorados textos, a veces de no muy clara procedencia, y a comprar obras usadas.

Su desaparición fue duelo de estudiantes. Poseyó no pocas virtudes aquel hombrecito bondadoso y sencillo, cristiano viejo, admirador hasta el servilismo del inolvidable orador azuayo Padre Aguirre, cuya palabra bíblica derramaba unción en su prédica social.

¿Quién no entró a su «Librería Popular»? Allí

el amable vendedor reunía mapas, folletos, cuadernos de música y cuanta hoja impresa había circulado en el país.

También, previa fianza, alquilaba libros, singularmente novelitas cursis para las adorables de labios pintados y melenita. Los universitarios recomendaban pesados textos de jurisprudencia y no menos pesados de medicina; los señores curas, sebosos cánones, breviarios baratos, cómodas apologéticas y raras sumas teológicas de modernos doctores angélicos; los miembros de la escuela de Cristo pedían «Temporales y Eternos», Kempis, etc.; las cocineras algún manual culinario.

En su larga vida de retroventa de libros manoseó montañas de ellos: un Chimborazo de papel.

Cuando comenzó su negocio, no había en Quito muchas librerías.

El inolvidable factor de educación, don Bonifacio Muñoz, que tanto trabajó por la propaganda de volúmenes científicos, no había nacido. Ni pensaba aún el magnífico señor Paredes dedicarse a pedir a Europa novedades de librería, últimas publicaciones, prestando grandes servicios al intelecto.

Durante mucho tiempo el señor Rivadeneira monopolizó la difusión de libros.

Fue, evidentemente, un propulsor de la ilustración nacional.

Viene a mi memoria una feliz adquisición. Llevado de incontenible curiosidad infantil, le compré en casa una hermosa edición del inmortal Quijote, en doce reales. ¡Valían tan poco en esa época los libros! Ahora la obra de Cervantes costaría veinticinco sucre, o lo menos.

Algunas generaciones refrescarán los tiempos idos, añorando, con cariño, a la honrada persona, una de las figuras menos olvidadas en Quito, que prestó solícita atención a la cultura nacional, preocupado del intercambio de ideas, del flujo y reflujo de libros que pasan por tantas manos, saliendo del océano de papeles impresos que coleccionaba el estimable comerciante, cumplido a carta cabal y bueno, don Antonio Rivadeneira.

Otra faz de recuerdos, distinta en todo de la anterior, ha dejado este propagandista de cultura, constante padre, y muy cariñoso, de los libros: sus bellos «nacimientos» o belenos, que arreglaba en su casa del barrio propiamente de la Chilena o calle Yerovi, detrás de la Merced. Eran rumbosos por las atenciones que prodigaba a los asistentes a la novena y después a la fiesta final de Navidad o noche buena. Se «portaba», como suele decirse, uniendo a la buena presentación, los obsequios a su abundante clientela.



Con gracia, distribuía las figuritas de su Nacimiento, los pastores, los Reyes Magos, la estrella anunciadora, el paisaje de la montaña, alternando, todo, en anacrónica compostura, con adornos modernos, juguetes, costumbres indígenas y cuanta miniatura llamativa había logrado atesorar, con lujo de ornamentación y entre un fresco marco de *zagalitas*, *colcas*, musgos y otros productos selváticos.

TORCUATO YANGÜEZ

Nombre y apellido son célebres, y más si se medita que van envueltos en el vaho azulino de los recuerdos de días mejores, que se alejan como las sombras, como las nubes, como las aves, según dijo el poeta.

A tormentaba a los niños esa reminiscencia romana: el pretor y cónsul Torcuato, amigo íntimo de Cicerón y el parecido con Yángüez, comarca de Soria, por la lectura quizá del Quijote y de la célebre aventura en que tan mal trataron al hidalgo manchego.

Durará algún tiempo, en la tradición del Colegio Mejía, la añoranza de su primer inspector, hombre alto, robusto, gordo, de recia musculatura, de voz gruesa y grandes manos, con las que daba palmadas que asustaban a los inquietos muchachos. Temperamento sanguíneo, la vitalidad se había reconcentrado en la rubicunda cara, en el ancho y corto cuello y en las enormes espaldas. Bastaba un grito de Torcuato Yángüez para

que cesaran las revoluciones infantiles. Entonces nadie pensaba en huelgas, precisamente porque nadie se atrevía a desafiar las iras de la impetuosa autoridad que se alzaba como una montaña, o mejor, como un volcán en ignición.

Miles de niños de toda la República desfilaron ante su mirada escrutadora. Situábase a la cabeza de las filas divididas en alas y las arreglaba correctamente, paseándose majestuoso por la calle de honor. Todos reprimían risas y cuchicheos.

Cuántos recordarán todavía con emoción las órdenes de «a formar» que impartía por los estrechos pasillos del establecimiento, lanzando, con estentórea voz, su favorito y prolongado «¡silencio!», ante el cual quedaban enmudecidos los escolares.

Por lo demás, el hombre severo durante las funciones de su cargo, era amable y reía a satisfacción en los momentos de recreo, campechano y franco, porque su corazón de niño grande era sincero.

Siempre fue culto: los educandos no le oyeron jamás una palabra descomedida. Sabía domirarse a sí mismo, con admirable disciplina. Cuando su ira iba a estallar como una tormenta, se reprimía. Notábase el esfuerzo psicológico en la contracción de los músculos y en el gesto. Cerraba los puños y los escondía detrás

de la espalda. Pudo de un puñetazo pulverizar el gigante a los chicuelos; pero no le vieron, en ningún caso, servirse de su fuerza hercúlea.

Su estudiada seriedad, la suspicacia, la atención redoblada, hacían trabajar incesantemente a su cerebro y ponían cotidianamente y a cada momento en tensión su sistema nervioso.

Hasta la piedra cede, perforada por la gota de agua. ¿No iría minándose su férrea naturaleza con el abrumador trabajo que tanta consagración física y moral requiere? Que estudien el caso los psicólogos; que hablen los buenos señores sabidores de biología o propiamente de ciencia fisiológica.

No son tareas fáciles gobernar a una republiquita inquieta y sobresalir como primer inspector.

Ponerse en el terreno desalentaría a los más audaces. Cuántas ocasiones, con la irreflexión del instante, los resentidos jóvenes le asesinaban *in mente*. Y el sordo y desafiante murmurar, el débil eco de ¡muera Yáñez! llegaba alguna rara vez a ser rumor de clara traducción.

Su erguida sombra como que hace falta en los simpáticos claustros del instituto nacional «Mejía».

Al fin ve noió las resistencias. Los alumnos llega-

ron a ser afectuosos con el temible Yángüez y a no mostrarse tan hostiles en su alcázar interior. Muchos le consideraban como a un padre que es cariñoso, pero que le sobran fuerzas para hacerse respetar.

Los tiempos cambian; pero estas figuras que impresionaran la vida estudiantil se vuelven tradicionales, se eternizan, con el comento, de padres a hijos. Perdurará todavía en la remembranza escolar su memoria. Con sólo su presencia se *hacía el silencio*, como el vacío en una máquina neumática.

Se multiplicarían las anécdotas, a través de los tres lustros y más que paseó su actividad por las risueñas y bulliciosas aulas el histórico e inconfundible inspector primero don Torcuato Yángüez.

DON GUALBERTO PEREZ

Era el tipo del quiteño auténtico: caballeroso, gentil, apuesto, millonario en la fina chanza, vivo, ágil, listo para salir siempre airoso de cualquier apuro, sin demostrar turbación ni esfuerzo, conquistándose aplausos y amigos.

Don Gualberto Pérez cursaba con buen éxito ingeniería en la relevante e inolvidable Escuela Politécnica, fundada por el sabio doctor Gabriel García Moreno, que tanto se preocupara de la ciencia, que es el camino de prender la luz en los pueblos. Distinguíase el idóneo alumno en sus estudios. Pronto asoció a profesor en dicho establecimiento.

Acomete varias obras de aliento, con la presteza que le caracterizaba y el buen genio que era su norma, y logra hacerse conocer y admirar en otras naciones, como en la vecina Colombia, en la que honra una cátedra.

Traza un plano de la ciudad de Quito, que ha

servido de base para otros trabajos análogos. Trabaja mucho tiempo en la Cancillería ecuatoriana y hace un mapa prolijo y reservado para la oficina.

¿Quién, que haya vivido en la querida ciudad que se acurruca y adormila entre los pliegues del histórico monte que presenció la épica jornada del héroe-niño (como hablan en estilo poético) no habrá conocido al popular don Gualberto?

Rozagante, simpático, de ojos muy vivos, pequeño de estatura y gordito, de bigotes puntiguados, de fisonomía sonriente, como que dejaba adivinar su gran talento, su ingénita malicia. Mantuvo la gallardía juvenil hasta sus últimos años.

De gracia inagotable, era el hombre chistoso por excelencia. Suelen contarse de él innumerables chascarrillos y donosas ocurrencias, capaces de provocar la risa al bronco león del monumento de la plaza central de Quito.

Personificaba el epigrama, henchido de picante gracia, inofensivo pero picaresco. Era la pura sal quiteña, derramada a raudales, con espontaneidad, con entera prontitud e improvisación, genialmente.

En las tertulias, en las diversiones, *hacía el gas*fo la noche entera, desperdiciando alegría comunicativa e ingenio que causaban íntimas delicias a los concurrentes.

Temperamento chispeante, vibraba y se producía en aplaudidas frases de admirable fuerza cómica.

Cuando las vicisitudes de la política le llevaron al panóptico en la administración de Plaza, acusado de conspirador, y por haber tomado parte en la campaña esmeraldeña, fue sorprendente y audaz la manera como se fugó del presidio, descolgándose desde los altos y pétreos muros de esa como fortaleza que sombría se levanta al pie del Pichincha, valiéndose de anudadas sábanas. Se vio precisado a salir del país y anduvo por tierras colombianas, falto de recursos; pero rico en inteligencia, con la que salvó su situación económica.

De una simple ojeada, al paso, trazó un proyecto de ferrocarril de Tumaco a Pasto, que metió mucha bulla y destacó al ingeniero. Inmediatamente fue buscado para profesor de matemáticas en el elevado plantel del Departamento de Nariño.

Por esto, repetía sonriendo que nunca le faltó el pan de cada día, y a veces en abundancia.

De don Gualberto fue la obra magnífica y atrevida de la esplanada sobre el río Lajas, para ensanchar la plazoleta del santuario de este nombre.

A propósito, cuando se discutía el presupuesto de dicho trabajo en el palacio episcopal de Pasto, hubo una ligera desconformidad numérica.

El obispo, señalándole el escritorio, le ordena a don Gualberto autoritariamente: escriba. El ingeniero ecuatoriano, levanta la cabeza y murmura plácido, dirigiéndose al mitrado: fariseo. Escriba le digo, vuelve a ordenarle el obispo. Don Gualberto repite con énfasis y en voz alta: fariseo. Alarmado el obispo le interroga la razón de este calificativo. «¿Por qué me denomina Ud. fariseo? Don Gualberto contesta: ¿Y Ud. por que me llama escriba, Sr. obispo?

La carcajada fue general.

Formando parte de la comisión técnica de límites para la delimitación respectiva en la vecina república del Norte, viajó con el Dr. N. Clemente Ponce, quien tuvo ocasión de ponderar el talento de su compañero. En esa ocasión, en Pasto, compuso su famosa «Epopéya del Burro», henchida de equívocos de subido color y cual una página arrancada a los novelistas picarescos del siglo de oro español. Era una sátira contra los versificadores que se habían dado a la tarea de componer epopeyas a cuanto era imaginable: al cóndor, a la espiga, al mar, etc.

También, entre los íntimos, hacía las delicias de la reunión su «Catecismo de los falsos liberales» y su «Catecismo de los falsos conservadores»

¿Quién poscerá esos preciosos y cáusticos manuscritos?

En el final de la calle Rocafuerte, donde hay una plazoletita que el pueblo ha bautizado gráficamente de *Mama Cuchara* por su forma redonda, con el mango representado por la recta calle que va hasta el arco de Santo Domingo, vivía antaño una preciosa chiquilla, de esas quiteñitas que sorben el seso y que parecen un pimpollo fresco y perfumado. Acudían los mozolbetes a enamorarla, atraídos por el encanto de la diosa. Don Gualberto, al momento, la puso el mote de Virgen del tomate, componiendo graciosa estrofa para cada joven enamorado, con el estribillo de «eso sí, no ha de oler», que despertó la hilaridad en Quito por mucho tiempo.

Cuando estalla la sangrienta revolución de Esmeraldas, que se engendra en una docena de temibles negros de la hacienda del Coronel Carlos Concha, para tomar tanto cuerpo y resultar agotadora de vidas y millones, poniendo en jaque a lo más florido del Ejército constitucional, se le ocurre motejar con el nombre de Verdún - era en tiempos de la guerra europea - inmortalizando así con el burlesco mote a la fortaleza de Chamizas. Se le rodeó de formidable cordón de tropas, que acamparon por semanas de semanas, en sus inmediaciones, poseídos de pánico y sin resolverse al colosal asalto, armados hasta los dien-

tes, entran a Chamizas y la encuentran vacía. Los feroces negros, hábiles y conocedores de la selva, se habían largado a la montaña, dejando burlescamente espantajos, camisas inútiles erguidas sobre palos, ropa vieja en banderola sobre estacas. Tal fue ese Verdún teatral.

Frecuentemente comía donde el memorable Charpentier, y al entrar al hotel, preguntaba por su cajón, como si se tratase de una pesbrera y fuese a tomar el pienso.

No le abatieron los años. En sus últimos tiempos, y siempre regocijado, solía decir que había quedado de *Chaupicuchara*, término que indicaba al aprendiz de albañil.

Efectivamente, la muerte le sorprendió remendando arcos, ensanchando las puertas de las tiendas, abriendo ventanas en casas viejas, lo que le daba para el garbanzo; si bien llevó a cabo magníficos planos de edificios, como la casa del señor Arteta, en la Alameda, pues nunca perdió su lucidez.

En las fiestas de *Inocentes* se distinguía como *máscara* de primer orden. ¡Qué inogotable sal la suya! Una vez se disfrazó de escribano. Le acompañaba, con antifaces, un grupo a modo de guardia. Corría el bando, promulgando un decreto sobre circu-

lación de moneda, que había compuesto en doble sentido. Los inocentes reían de los chistes ingenuos, y los maliciosos se volvían locos de placer con los equívocos que encerraba el original bando que había formulado.

Daríamos para nunca terminar lo que se cuenta del simpático y queridísimo don Gualberto Pérez. Sus chirigotas emularían a la «Biblioteca de la Risa».

Sus discípulos, de los que muy pocos en verdad le sobrevivieron, se hacían lenguas del ingenio inagotable del bondadoso quiteño, instruido, campechano, burlón.

«Quito, por arte y letras, por la deliciosa sal andaluza que fluye de labios de sus moradores, por la hermosura y gracia de sus mujeres, que sedujeron a los más encumbrados libertadores, por el espíritu y celo de libertad que inflama a la ciudadanía, merece ser estudiada, tanto como debe ser querida por los hijos todos de la patria», dice el laureado poeta cuencano Remigio Crespo Toral.

Don Gualberto Pérez personificó el espíritu epigramático quiteño. Quedan sus obras de ingeniería comprobando cuánto fue el afecto que a la ciudad había consagrado.

Profesaba la doctrina liberal, dentro del más amplio respeto a las creencias ajenas.

Tuvo el raro don de gentes de simpatizar con güelfos y gobelinos, azules y rojos, católicos y herejes, sin que nadie dejase de quererle, sin que nadie tampoco motejase sus ideas, volterianas a ratos.

Enorme su cariño a la lectura. En sus «Memorias Intimas», anota el gran historiador quiteño, Dr. González Suárez: «En medio de mi vida de huérfano, vida triste, aislada, melancólica; vida pobrísima y llena de privaciones, yo no encontraba descanso más suave ni entretenimiento más sabroso que la lectura: amaba mis libros ¡cuánto los amaba!»

Contaba Pérez, añorando los tiempos idos, que conservaba religiosamente la «Cartilla» y el «Catón» de la escuela, salvándolos de las frecuentes revoluciones y saqueos.

EL DECANO DE LOS TIPOGRAFOS

¡Como eran las imprentas particulares hace más de medio siglo!

Materia sobrehumana traer a Quito grandes prensas como férreas montañas, pesados bultos y maquinarias que venían, con dificultad inmensa, en *guan-*
dos, por aquellos estrechos caminos que bordeaban el Chimborazo, hasta empalmar con la carretera garciana.

¡Odisea de mozos de cordel que se jugaban la vida, al contratarse para salir avante con la ponderosa carga!

Eran los guandos unos tablados o armazones, por lo regular de guadúas, sobre los que se aseguraba, con sogas, el inmenso cajón que iba a ser transportado desde Babahoyo. Lo rodeaban, según los casos, hasta cincuenta indios cargadores, que iban, lentamente y a compás, caminando por los abruptos y so-

litarios parajes, soportando sobre sus hombros aquel promontorio. Otros indios sueltos, les iban guiando, paso a paso, con las provisiones o friambre, que decían *cucayo*.

¿Cómo trasladar a Quito tan voluminosos materiales de hierro?

Existía una prensa «Washington», de pequeñas proporciones y de mano, remendada con cabestros, que aseguraban era la primera que vino al Ecuador.

¿Qué será de esa reliquia tipográfica que debió figurar honrosamente en un museo? La poseían los herederos del célebre arquitecto don Juan Pablo Sanz que, año tras año, durante lustros, imprimió en ella el calendario que llevaba su nombre. Mucho tiempo después, la usó su hijo, don José María, en una imprenta modesta, instalada en los sótanos de su casa, situada en el corte de la hoy Avenida 24 de Mayo, entonces quebrada de Jerusalén, con la calle Garfola Moreno, edificio levantado sobre arquería desde el lecho del riachuelo.

¿Cuántos tipógrafos aprendieron la habilidad de prensistas en ese vetusto armatoste de mano, que requería entintamiento de la forma, con rodillo manual e independiente, y colocación de una frasqueta o defensas que protegiera los márgenes y espacios para que no se manchasen!

Crujía la pesada y mohosa máquina, vendada como un enfermo, asegurada con correas; se quejaba monótonamente.

¡Cuán noble la profesión de tipógrafo que la siguieron grandes hombres, inclusive varios presidentes de repúblicas americanas en sus destierros y tiempos difíciles!

El escritor cubano Alfonso Hernández Catá, ha dedicado a los que cultivan las artes gráficas, estas cálidas palabras:

«Cajista de imprenta, amigo y colaborador del escritor; compañero, corrector tantas veces de nuestro desfallecimiento: cuando yo te veo en tu caja, con una mano indecisa, ciega al parecer y certera sin embargo, que va cogiendo letras de aquí y de allá, combinándolas en tu componedor y formando ringleras, gallerádas que serán, al engranarse, páginas después, yo pienso que tú eres el arquetipo del obrero moderno; que todo cuanto hay de difuso y de grande en el pensamiento pasa por tú mano; que, soldado de la cultura, recibes a diario las emanaciones mortíferas del plomo que acaba con tu salud; y que, en suma, como un héroe de largo tiempo; como un héroe que tiene la blusa azul por uniforme, que no mata ni hiere de momento,

pero que da lo mejor de sí, tú a la cultura y al entendimiento, lo que los escritores no damos; humildad, trabajo y ejemplo. Y por esto desde aquí, no en mi nombre, sino en el de todos los escritores de nuestra lengua, vengo, no a darte nada, sino a tomar de tí ese ejemplo y ojalá también, esa humildad».

La institución tipográfica se ha modernizado notablemente. A la rutina, han seguido el arte, el buen gusto, la técnica, la ciencia mecánica.

Nuevas legiones se han dedicado a las artes gráficas. El linotipo ha venido a transformar el aprendizaje de los tipógrafos. Aquellos viejos maestros de la caja y el componedor van desapareciendo al soplo de las innovaciones, al empuje de la máquina maravillosa.

Pocos son hoy los artistas del remiendo que realizan milagros con un poco de gastados tipos, líneas y viñetas. La sorprendente creación de Mergenthaler, que sólo le falta hablar, ha introducido una verdadera revolución en la manera de ser de los discípulos del maguntino Gutemberg.

Cuando conocimos a don Federico Araujo, no soñaba todavía Quito en traer un linotipo. Tal vez su inventor no lo perfeccionaba aún, o no lo forjaba en su mente febril.

Años de años le vimos ejecutando proezas en la imprenta de la Universidad Central, un taller pobrísimo, sin variedad de letras, gala de muestrarios ni prensas modernas.

Araujo llevó a cabo, con tan deficiente material, apreciables obras de arte, además de las publicaciones oficiales universitarias, como los «Anales», las tesis doctorales y otras.

Buenas revistas, tomitos de versos, libros voluminosos salieron de esos talleres, hábil y honradamente dirigidos por Araujo, el decano quizá de los tipógrafos, como en otro tiempo aquel Raimundo de Salazar y Ramos que tuvo como a su discípulo al cajista Ignacio Vinueza. Dábase modos en acometer prodigios con tan limitados y arcaicos elementos. También hacía uso de dos prensas de mano, marca Washington.

Original tipógrafo fue el viejo Pío Bello, un tiempo regente de la Imprenta de Gobierno. Alto y seco, arrugada la cara, con dos grietas en los chupados pómulos, era el tipo de la acritud y seriedad. Jamás se le vió reír. Daba la impresión de que estaba disgustado siempre; pero, en el fondo, era bueno y cumplido.

Ya han desaparecido los Rivadeneira, los Revollo, los Guzmán, los Rodríguez, los Torres, los Endara, los Carrillo, los Bravo, etc.; todos amasadores del plomo que interpreta el pensamiento.

Antes de que fuera a la Universidad Central, tratamos por la primera vez a Araujo, en una imprentita de la calle Pichincha, en la vieja casa del General Veintimilla.

Estos recuerdos son inolvidables, porque se remontan a la época de la primera juventud, cuando, soñar con la impresión de un libro, es uno de los más encantadores ideales que acentúan vocaciones. ¡Qué emoción verse en letras de molde, imprimir lo que es fruto de los primeros ensayos, brote de las tempranas aficiones literarias!

Los ramilletes se forman de frescas y tempranas flores. El constante tipógrafo Araujo, modesto y honorable, sirvió a los jóvenes que empezaban a manifestarse en el arduo campo de la publicidad.

Vencido por la muerte, cayó en 1.930, en la fosa, dejando a los que le vimos trabajar la añoranza de pasados días de ilusión. Descanse en paz el veterano soldado que libró, con púmbeas balas pacíficas, las batallas de la cultura y del pensamiento, junto a escritores, poetas y periodistas que requirieron sus servicios.

LOS MUROS DE QUITO

Los muros de cal y canto de la ciudad de Quito han guardado no pocos tesoros coloniales, de los que apenas queda una sombra, porque riquezas y raros objetos, telas y esculturas emigraron, lo mismo que las joyas ornamentales de los templos.

Los que mucho vivieron, recuerdan la abundancia de oro y plata en custodias, candelabros, atriles, frontales, retablos, diademas, potencias, marcos, etc. que abismados contemplaron los ojos infantiles.

Dentro de esos muros se ocultaron también inmensos valores intelectuales: las bibliotecas. La que era digna de memoria en el colegio de San Fernando fue fundada en 1.687 por el P. Ignacio de Quesada y la Nacional en el siglo décimo octavo.

Entre los muros de Quito se encierra, dentro de San Agustín, que se inauguró el 22 de Julio de 1573, la Sala Capitular, monumento histórico que es como un relicario de arte, no mayor de ciento cincuenta y siete me-

tros cuadrados de superficie, en el que nuestros antepasados se reunieron a suscribir el acta de la independencia nacional. Según marmóreo testimonio, el pueblo soberano se congregó el 16 de agosto de 1809 a «ratificar el primer grito de libertad lanzado por los patriotas de esta Capital el 10 de Agosto del mismo año».

En la mitad de la sala está la entrada a la cripta depositaria de las reliquias de los próceres, de los sacros despojos de algunas víctimas de la matanza del 2 de Agosto de 1810.

Pero a veces los muros venerables de la vieja ciudad han sido tristemente aprovechados en desahogos de la pasión popular, sin que se hayan perdonado ni los conventuales, que en vastas proporciones cercan el perímetro de Quito, en áreas extensas, con edificios interiores, patios y campos de cultivo.

Se han visto, en días de riña electoral, inscripciones hirientes con pésima letra y ortografía, palabrotas y tacos cuarteleros, trazados con carbón; frases que a ratos intentan ser laudatorias y personales, y otros, de insultos y amenaza.

Por fortuna, hay el cuidado de limpiar, de tiempo en tiempo, las paredes exteriores de las casas y los mu-

ros de los edificios públicos. Se efectúa el periódico aseo hasta en los pizarrones que en algunas esquinas sirven para fijar anuncios.

Desaparecen así los cartelones electorales, ilustrados con las graves y calvas figuras de los candidatos, retratos enormes que son propagados profusamente por la ciudad, en tal abundancia, que compiten con los avisos de drogas. A cortos trechos asoman como empapelados los sitios más visibles, sin que se perdona ni el pavimento, ni los postes que sustentan las líneas telefónicas y de la luz eléctrica, en el furor de las campañas sufraguistas.

De tanto contemplar esas imágenes, que a veces profana el populacho, concluyen por grabarse en la memoria. Elegantes y caracterizadas por el arte, se ofrecen a los ojos en todas partes, como demostraciones de la fama, que propaga los nombres de los afortunados. Parecían llevar en sus rostros la elocuencia de las promesas y la complicación de los programas administrativos, toda la ciencia de los estadistas y gobernantes.

Pero las glorias terrenas duran muy poco. En ocasiones, bastan una escalera, una brocha, una escoba, un cuchillo listo a desprender el papel, respetando la pintura y la cal, para que se eclipsen las figuras que obli-

gadamente nos llamaban la atención al cruzar las calles de la pacífica ciudad que se contenta con estas demostraciones gráficas y murales.

Pero ha llegado un día en que las raspaduras de los agentes de la limpieza den al traste con los cartelones ilustrativos y vuelvan los edificios a ostentar su pintura al óleo, al temple, su blanqueado de cal o su majestad pétreo.

Aquella profusión de hojas de distintos colores, pegadas a las paredes, ponderaban, con títulos llamativos, la eficacia de los distintos aspirantes al solio presidencial. Parecían un anacronismo, — pues algunos se habían retirado de la liza con anticipación — tantas ilustraciones suasonas y sugestivas.

Era la fiebre, la locura electoral de los diversos partidarios que explotaban el anuncio, utilizando hasta la superficie bitúlica para recomendar, en grandes caracteres, que el voto fuese por el candidato de las simpatías de cada círculo.

Cuando ya todo indicio de la campaña ha desaparecido, la ciudad queda en paz, en lo que se refiere a los porfiados anuncios y cartelones.

Vuelven a resplandecer por su limpieza los muros de la urbe. Apenas restan unos pocos letreros o advertencias del jefe de tránsito, recomendando que no se corra, que no se estorbe en la acera, que se tome por

la derecha, que se fijen en la señal del policía, etc.

La celebridad se evapora como el humo, como las sombras, como las nubes, que dijo el poeta, que se lamentaba de la miseria terrenal.

¡Lástima de efigies borradas con agua caliente, despegadas hasta con las uñas de los encargados del aseo de la ciudad!

Ha de servir de elocuente lección a los que no ambicionan la publicidad y se contentan con la *áurea mediócritas*, por la que suspiraba Horacio.

El elegíaco Jorge Manrique preguntaría compungido: «Los infantes de Aragón, ¿dónde están? ¿Qué fue de tanto galán?»

Un tiempo, en una ciudad cosmopolita, se anunciaron, con grandes cartelones, las habilidades de Rin - Tin Tin. Todo el mundo tenía curiosidad de saber qué clase de personaje era. Se trataba de un héroe de la raza canina aplaudido en los cines. ¡Cuántas comedias animó con su rara inteligencia! Era la admiración de los niños y el asombro de la gente seria, devota de la pantalla. El prodigioso perro ha muerto, y ya nadie se acuerda de él, por más que reviva en el cinematógrafo. Ya no serán aplaudidos «su coraje indomable, su ímpetu extraordinario, su generosidad tan grande que ya ca-

si sobrepasaba el límite humano, para ser netamente canina». Los muros ya no le exhiben.

Rin - Tin - Tin ha muerto. Han muerto también — y perdón por la comparanza — los amarillentos retratos electorales que eran la alegría de los granujas en las calles de Quito. La policía de aseo los ha hecho desaparecer, limpiando los muros.

Se ha apagado el entusiasmo, como se apagan tantas cosas en la vida.....

Todavía quedan en la ciudad extensas áreas circuidas de muros desapacibles. Esas murallas tienen el aspecto de fortalezas. Son enormes, de base pétrea y remate de cal y ladrillo. Rodean los conventos de San Francisco, la Merced, Santo Domingo, San Agustín, dando aspecto anticuado a esas zonas tristes. También algunos monasterios como los Cármenes, Antiguo y Moderno, o Alto y Bajo, Santa Clara, Santa Catalina, La Concepción, San Juan, están ceñidos de murallas.

Desmantelado aparece el costado sur del templo de la Compañía, en contraste con los suntuosos bancos y palacios de las vecindades.

Esas secciones de Quito mantienen la tradición conventual.

El espíritu se sobrecoge al pasar las noches por tan vastas extensiones de aspecto severo y deshabitadas.

en las que alguna cruz interrumpe la monotonía del murallón que desafía a los siglos. Su mampostería sin ornato evoca la soledad del claustro, o bien su relajamiento que en los días coloniales y casi en la totalidad del siglo décimo nono, era probervial. Tampoco reinaban en ellos la paz y la caridad que predicara el manso Jesús.

Hasta la clausura era letra muerta en muchos conventillos. Nos ha referido, con pluma erudita, el Dr. Julio Tovar Donoso que «los claustros ecuatorianos fueron teatro de luchas, a veces sin cuartel, en que se arrumbó, como cosa supérflua e inasequible, la caridad monástica» «Nada más peligroso — comenta — que la desunión de las personas obligadas, por ley de su instituto, al amor recíproco. Los frailes olvidaron en la época de la indigencia (lo repetiremos) los deberes de la caridad cristiana y fueron más rencorosos con sus compañeros que los mismos agentes de la monarquía». (1)

En las frecuentes revoluciones, los muros de Quito han sido parapeto que ocultaba a los combatientes. Han recibido millares de proyectiles que han rebotado en el pétreo corazón.

Así aconteció en la trágica batalla denominada de los cuatro días, en la que los disparos de fusil, a-

(1) Julio Tovar Donoso — La Iglesia Ecuatoriana en el siglo XIX. Tomo I. De 1809 a 1845.

metralladora y cañón fueron a estrellarse contra algunos resistentes muros.

La ciudad de Quito, en los sangrientos e indescriptibles días lunes, martes, miércoles y jueves, que corresponden al 29, 30 y 31 de Agosto y primero de Septiembre de 1.932, despertaba conmovida al incesante fragor de las ametralladoras, unido al sordo retumbar de los cañones. Desde muy por la mañana, como un extraño e interminable tamborileo, llegaba a los hogares el ruido de las máquinas mortíferas.

Quedarán esos épicos cuatro días de la ciudad sitiada reviviendo en la historia y servirán de argumento para pavórosos relatos de heroísmo.

Por un raro fenómeno, los oídos que al principio ensordecían con tanto crepitar, se fueron acostumbrando, en el cansancio de las horas, a tan hostil y funesta música.

Sucedía como a los navegantes, que conservan por algún tiempo la sensación del vaivén y el ruido del vapor.

Los soldados que defendieron épicamente a la ciudad, sobre todo los del Regimiento de Artillería Bolívar, procedieron por su cuenta, sin que altos jefes les dirigieran ni menos organizaran un plan de ataque. La historia pondrá de manifiesto muchas vergüenzas.....

Un poeta desconocido, que no sintió fracasar sus

tímpanos con las insistentes y horrendas cortinas de fuego, ha escrito unas patéticas líneas, expresivas y breves, con el título de «El Canto de las Ametralladoras».

Dice así:

«Rasga el aire el tableteo de las ametralladoras Y todo el cuerpo, *se cubre de pupilas* al escuchar el canto de los proyectiles que desgarran el espacio.

«Los ojos oblicuos tratan de abarcar la distancia para saber de donde parte el disparo. Inútil angustia del hombre que camina hacia la muerte; inquietud de alerta que pone los nervios tensos como cuerdas de violín. Tableteo de las ametralladoras y filas de hombres que caen como los trigos al paso de la hoz.

«Cantan las ametralladoras desde su oculto nido... El martilleo constante pone fuego en el cañón de acero, mientras el soldado experto maneja la máquina sin apartar la pupila.

«La guerra tiene su música terriblemente dramática en la canción de las ametralladoras A su ritmo invariable, avanzan los hombres que defienden una bandera nacional; de tras de ellos' da vueltas la inquietud de la Patria que escucha el avance de sus hijos.

«Y cuando la canción de las ametralladoras viene del otro lado, nos parece escuchar la angustia de nuestros hombres intentando buscar el abrazo de la tie-

rra para evitar la muerte. Ese abrazo de tierra descrito por Remarque: «Con tus senos, Tierra, con tus repliegues y hondonadas donde uno puede esconderse, agazapándose, has hecho surgir de tí, entre las convulsiones del terror y sobresalto del aniquilamiento, entre el rugido mortal de las explosiones, la formidable contraola de la vida recuperada, Tierra!»

Los niños de ahora, que serán los hombres del mañana, no olvidarán la material sensación que insistentemente recibían, sin poder explicarse el por qué de tanto batallar y sus sangrientas consecuencias.

Utilizarán esa fecha como punto de partida de muchos acontecimientos y para fijar con precisión el raudo vuelo del tiempo.

VICTIMAS DE LA IGNORANCIA

Gracias al reportero, logran descubrirse recónditas escenas que en las ciudades pasan inadvertidas para la mayoría de los mortales.

Digno de ser saludado con un himno, más que lírico, por su labor callada, anónima, pero palpitante siempre en el periodismo. Es el alma del diario moderno, el espíritu informativo y la acción que amontonan sucesos, paralelos a la historia del momento, encarnados en un hombre movible, sagáz, inteligente, que se aprovecha de una conversación al vuelo, de un indioio, de una crónica fugaz, de un gesto, para sacar provecho en favor del público y en prestigio del periódico.

En un cronista moderno, que para el educador Juan Ramón Uriarte es el primero en Centro América, hallo estos básicos pensamientos acerca del minúsculo recogedor de datos, que sigue la vida social de las poblaciones y entra en la cotidiana información política, sor-

prendiendo muchos secretos del Estado: «El reportero, dice el inteligente periodista Gustavo Alemán Bolaños, es la lanzadera del periódico, reportero como debe decirse castellanizando el vocablo. Teje y desteje la tela de la información, mal o bien».

Naturalmente, para servir el cargo con eficacia se necesita sagacidad, malicia, mente despejada. Un buen reportero ha superado al más ducho agente de policía. Es el *detective* intelectual del periodismo de nuestros días. Ha descubierto crímenes y ha ido a caza de misterios que los lectores pagan a precio de oro. Es el reportero el propagandista más práctico de la circulación del periódico. Es conocida la anécdota del reportero español que pasó la noche debajo de la cama de un célebre político y sorprendió así graves asuntos de Estado, que casi le vuelven loco, devanándose los sesos de tanto pensar en cómo se hicieron públicos.

«El reportero, continúa Alemán Bolaños, husmea, indaga, adivina. Antena, toma de las hondas, hertzianas o como sean..... lo que hay que tomar, fuma para pensar en Sherlock Holmes. Se arma del escarbador de basuras. Se pone frac, aunque sea alquilado, para ir a la alta sociedad y saber. Bebe una copa de aguardiente con el descamisado, para tener oportunidad de averiguar al-

go; o champán con el encumbrado, para sacarse lo que se propone, aunque sea sólo el champán..... El reportero penetra a donde se le antoja, pasando sobre guardias, chambelanes y cancerberos. Sube a una torre o baja a una mina. Camina a pie o lo hace en automóvil.

Escribe en una mesa, o sobre una pierna; a la luz de un foco o simplemente bajo la iluminación de las estrellas, o al tacto, en la obscuridad. Saca punta a su lápiz con cortaplumas, con un pedazo de vidrio de la calle, o con los dientes. Y si no tiene lápiz, lo arrebatá. Anota en el CARNET, si lo lleva; en un papel cualquiera; en el puño de la camisa..... si lo usa, o en el dorso de la caja de fósforos».

Hace como cincuenta años, Montalvo, que gustaba ponerse a tono con los hechos de su tiempo y seguir la marcha del progreso, ponderó, en página elocuente, la importancia del reportero. Así, volviendo sobre sus pasos, rectificó el gratuito insulto contra Julio Verne, quien todavía es de actualidad, y aplaudió el mérito del novelista admirable de «La Isla Misteriosa». Montalvo también reconoció, en el campo del periodismo, la valía de la «entrevista».

El reportero, zahorí moderno, mantiene el interés de la noticia. Decía el castizo tradicionalista Ricardo Palma, que es muy fácil hacer versos; pero alegrando que

subsistía una pequeña dificultad. Muy sencillo contar las sílabas y poner consonantes en las puntas de los renglones; pero en el medio había que poner talento. He aquí la dificultad. No de otra suerte el reportero. Muy común, al alcance de todos, obtener noticias; pero difícil saberlas presentar, porque esta labor requiere talento.

Al periodismo americano, sobre todo en algunos países incipientes, les hace falta una escuela de reporterismo, en la que el previo trabajo consista en enseñar gramática a los novicios.

El reportero ha conseguido conocer los antros en que se explota a la humanidad doliente, en que se saquea al ignaro.

Brujos y curanderos, no sólo pululan por los campos: alguna vacante existe también en las ciudades para ellos.

Sin poseer título legal alguno, los curanderos trabajan como médicos, cirujanos, farmacéuticos, dentistas, enfermeras, obstétricas, pregonando sus pintorescas recetas y procedimientos. Gente de alguna ilustración, busca a los curanderos cuando se trata de lujaciones, fracturas, disloques, várices y tiene fe en la soldadura de huesos, en los masajes, friegas, entablilladas, reducciones. Gracioso sería describir cómo aplican sus rutinarios conocimientos y hasta difunden los brebajes, pre-

paraciones y específicos. La sugestión toma cuerpo y la ignorancia es la que paga.

Los remedios caseros formarían una biblioteca terapéutica.

Un reportero muy listo nos ha referido que allá por el año de 1.933, en el pueblito de Lloa—en la montaña inmediata a Quito—un individuo explotaba la crasa credulidad de varios campesinos, apocados y sencillos, sobre todo de los indios que recurren al milagro, pasando por un sér extraordinario. Solía, para consumir sus fechorías, pintarrajearse y emplear ceremonias misteriosas. El brujo ha caído ya en poder de la policía.

Ignorancia, madre de todos los vicios, engendra los más inverosímiles hechos, pavorosos unos, ridículos los demás. Es fuente de explotación que todavía no se agota. Hasta personas de alguna cultura caen mansamente entre las garras de los explotadores de la ignorancia. Toma diversas formas, hasta las más atrevidas, para embaucar a los ingenuos. Entra en los dominios de la conciencia, profana el alcázar interior, va hasta el íntimo santuario, con tal de conseguir que los ignaros caigan en sus redes.

Acontecen dramas impresionantes, se desenvuelven comedias risibles, en los que los personajes de pocos alcances son manejados por los pícaros.

La prensa dió cuenta de una estafa de que fue

victima una señora que se dejó engañar a maravilla. Su buena fe y un poquillo de codicia dieron margen al escamoteo.

Mina inagotable es la cétolidez para los que aprovechan de ella, entre los supersticiosos y sin malicia.

Ingeniosamente se ha desplumado de fuerte cantidad a una crédula persona que, poseedora de una quinta en Chillogallo, se le convenció de que allí había un entierro valioso. Así lo habían revelado los espíritus. Hasta se fingió hallar, en la excavación, una carta en la que un hermano burlón le hablaba de cuantioso tesoro que era para ella, con cierto requisito. Se le pedía que entregara al fuego una apreciable suma en suores el Viernes Santo, a las doce de la noche, y se le hioieran decir nueve misas al alma en pena. Señalábase hasta el templo y el día en que había de comenzar el sufragio. Para colmo de la evidencia, la carta advertía que el tesoro no podría ser retirado por ninguno de los cuatro pícaros de la estafa allí presentes, porque si lo intentaban aisladamente, serían víctimas de atroz muerte, al instante. Efectivamente, la señora de este que parece cuento, mandó celebrar las misas, en Santa Bárbara, por el alma de César, que así se llamaba el de la correspondencia. Nueve barras se extrajeron del entierro. Brillaban como el oro y eran pesadas. ¡Qué dineral en perspectiva! La cándida señora, que le denominaremos Mer-

ceditas, con toda atención, consiguió, a costa de sacrificios, la suma que debía quemarse. Se la depositó en un cajón, extraído del entierro, entre humareda y detonaciones. Para precaver del influjo de los gases, se practicaron algunos conjuros, y los circunstantes corearon esta oración: «Espíritu divino que estás en esta casa, haz que salga el espíritu del mal y que éntre en él el espíritu del bien, como Jesucristo entró en Jerusalén». La señora Merceditas fue objeto de algunas ceremonias en que le untaron, entre murmuraciones cabalísticas, unos polvos y se le ofrecieron baratijas como puchos de cigarrillos, alfileres, mechones de cabellos, etc.... Las barras y el dinero, en un mismo cajón, fueron debidamente asegurados. Se entregó la llave del fuerte candado del baúl que contenía la misteriosa caja donde los sures estaban, envueltos en un paño negro, a Merceditas, que debía esperar quince días para poseer las áureas barras.

Transcurrido el tiempo fatal, la señora rompe el candado y halla las barritas, que resultan ser de cobre, y el paquete envuelto en el fúnebre paño allí constante, pero los sures convertidos en ceniza y evaporados. También habían volado los de la jugarreta. El caso es precioso para comprobar las maquinaciones de que son blanco las almas crédulas.

No son cortos también los rendimientos que los maleantes obtienen entre el pueblo con el consabido «cuento del tío».

Embaucan a los campesinos que vienen a la ciudad, quizá por la vez primera. Inquieren hábilmente si el palurdo trae dinero y si le mueve algún negocio. Miembros de la pandilla le localizan perfectamente. Otro de los agentes de Monipodio le narra «el cuento del tío», trampa en la que cae.

Variante del robo descarado es el «paquetazo», que consiste en un enorme fajo de billetes que candorosamente dejan en poder del campesino, hasta hacer una compra rápida, o con cualquier otro pretexto.

Para seguridad, «porque no le conocen», le exigen todo lo que tenga en «suelos» y hasta una prenda, para confiarle la custodia del fajo apetecible.

Alucinado entrega el chagra todo el dinero que posee, su reloj u otro objeto de valía, quedándose con los billetes de banco, envueltos esmeradamente en un pañuelo.

Pasan las horas. El depositador no regresa. Empieza a entrarle la codicia al depositario. Le «brilla el ojo». Siéntese confortado su corazón como con refresco de agua de pitima. Alegre se retira a contar su tesoro: halla, en vez de la cantidad soñada, magníficos recortes de papel, enfilados a la medida de los sures, con uno auténtico pegado al anverso y otro al reverso del paquetazo.

LOS INOFENSIVOS

Si Platón hubiera vivido en alguna liliputien- se nación de la Atlántida que su genio columbró, ha- bría renegado de su bella utopía del gobierno de los mejores para una república, modelo, aristocrática por los méritos y virtudes de los ciudadanos.

En presencia de tantas nulidades encaramadas en puestos para los que se necesitan las presas de la competencia y sobre todo del carácter, la santa indignación quiere brotar del pecho en oleadas de civismo, al meditar en la suerte de algunos países de América, que consienten la eterna existencia de los círculos estrechos, de las camaraderías, de los pactos, de las trincas, de los grupitos, entre los que giran cargos de responsabilidad que pudieran estar bien servidos por nuestros varones de férrea voluntad, capaces de dar un puntapié a todo, cuando se les habla de almibaramientos y consignas.

Se quejan las democracias de la falta de hombres.

No los hay necesarios, porque las aptitudes y los temperamentos abundan. Lo que sucede, por desgracia, es que impera el vicio de buscar a los empleados inofensivos, a los funcionarios que dejan pasar las cosas, que dejan hacer a los subalternos lo que les da la regalada gana. El secreto consiste en no ocupar a los que resulten respondones, a los que acentúan su personalidad y muestran dignidad y energía.

Ninguna persona que ofrece resistencias sube a las alturas. Se reconocen en privado sus méritos, pero hay temor de aprovecharlos en público. Es temible, dicen, señalándole con un adjetivo soez, para dar a comprender que no es de lana ni se la maneja como a melcocha. Provocar resistencias, es sentencia de muerte civil en los remedos de democracia que utilizan a los maleables, que lo mismo sirven para un barrido que para un fregado, en pintoresca frase popular.

No faltan hombres: falta valor para seleccionar a los de carácter. Se les arrincona, porque nada piden, porque siempre proceden con independencia, porque jamás se arrodillan ante ningún ídolo, de la naturaleza que fuere.

Los dignos, los que valen intrínsecamente, no se sientan en el banquete de los felices que reparten sonrisas y promesas, procurando contentar a todos. Son

funestos para la gran patria americana esta clase de tipos cobardes e insinceros, que tiemblan ante la idea de conquistarse un enemigo. Contemporizadores de oficio, ignoran que las formidables tempestades se desatan en las altas cimas. El rayo no persigue a los arbustos, sino a los robles enhiestos que permanecen serenos en la adversidad.

Si los países chicos de América han de salir de la rutina, de la corrupción política y se han de orientar hacia más amplios horizontes de moral depuramiento, busquen de preferencia para los destinos públicos a los dignos, a los temperamentos resueltos, que no esquivan el bulto ni rehuyen responsabilidades.

La selva americana es infinita. No se ha de preferir la madera fofa, sino la incorruptible. Basta de alcornoques que producen corcho.

La esfera administrativa, con una visión más filosófica, no ha de girar en los estrechos círculos de las nulidades que abarcan cuanto se les presenta, en menoscabo de servicios públicos que requieren vasta preparación y voluntad no enfermiza. Los que no doblagan su espina dorsal, han comprobado que resisten a los combates, que son luchadores. Se los elimina, porque los nuevos Diógenes, con sus opacas linternas, andan en pos sólo de los inofensivos.

La decencia nos veda escribir en letras de mol

de el epíteto con que bautizan a los que no reparan en nada, tratándose del cumplimiento del deber. Libres de compromisos y componendas, van por la calle del medio, pero nadie quiere utilizar esas aptitudes, porque desbaratarían muchas trincas y serían el azote de los pícaros.

¡Oh, Platón, maestro de las hermosas ensoñaciones, la Atlántida con que soñaste, requiere poblarse de acerbos caracteres y no de muñecos inofensivos!

Andaba por las calles de Quito un individuo delgadito, pálido, encogido, con el espanto pintado en el rostro. Huía de todos, a la menor amenaza burlesca.

El tal era el tipo del «inofensivo». A nadie hacía daño. No ponía resistencia a nada. Si los muchachos le insultaban, salía corriendo. Si se burlaban de él, soportaba los gracejos y sonrisas, encogiéndose de hombros.

Comprendiendo su timidez, el populacho le gritaba: ¡cójanel! ¡cójanel, y el se favorecía en cualquier casa.

Ahí eran de verse sus sudores y fatigas, hasta que pasara la chusma que así le amedrentaba. Cuando le acorralaban, gritaba con angustia, casi gimiendo: «Pero si yo a nadie ofendo».

Y este triste representante de los inofensivos, jamás hizo valer sus derechos, jamás tuvo una actitud resuelta ni infundió respeto, aunque fuese abriéndose paso con los puños, en actitud viril.

MUSICA POPULAR

Un tiempo se insinuó al director del Conservatorio Nacional de Música, que organizara conciertos quincenales, en bien de la cultura musical popular.

Aunque el proyecto no pasó de un sano deseo, ojalá un buen día aquel establecimiento destinado a la técnica de la armonía y los sonidos, trabaje de modo práctico por la educación artística de las multitudes.

La campaña debería ser ayudada por las bandas y charangas militares, cuidando de que en las retretas, festivales y otras callejeras demostraciones de la música nacional, se elijan composiciones selectas. Han de abstenerse de difundir ciertas piezas ruidosas, ciertos aires que aunque tienen el carácter de populares, nada de noble ni de artístico encierran. Todo lo contrario, corrompen el gusto y familiarizan a los oídos profanos a oír continuamente el sacrilegio de las tonalidades, con el manoseo de tonitos, tangos y pasillos de pésima factura, lloriqueantes, deprimentes, que son cruel atentado contra la belleza. Aquella música

infame debería desterrarse, porque, en vez de educar, corrompe.

En materia de pasillos, entusiasman, porque se salen de la rutina, los del artista quiteño don Carlos Ortiz, autor de más de doscientas composiciones. Cuando en 1.877 vino a Quito el pasillo colombiano «No me da la gana», a imitación, compuso el intitulado «Luis». En tiempo de Veintimilla, el Ministro Rodríguez, que trajo como adjunto al poeta Rafael Pombo, dió a conocer pasillos de su tierra. Ortiz los superó pronto con su genio. «Corazón que sufre» se inspiró en la vida difícil del cantor Darío Latorre, viéndole, en 1.908, viudo y pobre. Fue el artista de los primeros en patentar su música. Señalaremos algunos de sus hermosos aires populares de tema original, que entonan el espíritu: el valse «Gotas de sangre en el alma», los pasillos «Soñarse muerto», «Corazón de Madre», «No te olvidaré», «Ilusión perdida», «Amor de padre», el yaraví «Momentos de tristura», etc.

Dentro de la música criolla, hay bellezas, que han consultado la pulcritud del argumento y las leyes de la armonía; pasillos de tema variado y que expresan acción y nobleza; sanjuanitos que se alejan de la monotonía y cuidan de no ser ruidos desapacibles; yaravíes sentimentales que interpretan el dolor de modo sereno, sin abyección ni abatimiento plebeyo. Estos

aires, oídos constantemente por el pueblo, constituyen el culto seleccionado de la música nacional. En cambio, otras composiciones, a título de nacionales, son engendros despreciables, sacrilegios musicales, de los que se han de huír para que el pueblo no se inficione.

Pudiéramos aducir ejemplos que, en lugar de hacernos aparecer como pueblo artístico, cultivador de los sentimientos generosos, nos deshonran. Anda por ahí una pasacalle, tonada o lo que quiera llamarse, de música y letra encanalladas, que no podemos explicarnos cómo ha entrado en los hogares y hasta se haya fijado en discos y rollos de pianola. Su nombre semi quichua bastaría para columbrar lo abominable de la composición, que se burla del decoro de la mujer. Llega su descoco hasta a refirse de la moderación y respeto de los ritos religiosos.

Nada significaría la atrevida letra, ya que la gamsifiería no gusta a nadie, si la interpretación musical fuese elevada, y no pedestre y tabernaria.

Mucho puede realizar en favor de la educación musical del pueblo el Conservatorio, si propaga sistemáticamente, si insiste, por lo menos cada quince días, en dar al aire la selección de notas hermosas y sentimentales que levanten los espíritus, en vez de prostrarlos con la insistencia de tonitos quejumbrosos y antiestéticos, que no vigorizan a la raza, sino la humillan y enervan.

En esto se ve la robustez, el humor reconfortante, la sana alegría de pueblos enérgicos y emprendedores, que no gustan de la música sensual y gimoteadora, sino de aires populares que estimulan a las almas y les comunican valor para las luchas por la vida. Son himnos de esperanza, son las serenatas de un amor muy humano y saludable, que no inspira cobardía y postración indecorosas, cual si el corazón, sin ánimo a reaccionar, se encerrase en un puño.

Mucho, mucho nos falta que aprender, que ensayar, que llevar a la realidad, a fin de que el pueblo se eduque musicalmente, sepa escoger de manera consciente, y rehace ciertos aires que parecen salidos de las tabernas y causan martirio a los oídos y desesperación a los espíritus delicados.

Leemos, en la ilustrada prensa argentina, la necesidad de dictar alguna medida que ennoblezca tanto la música como la letra del tango, para que cese el aplebeyamiento, el relato desgarrador y pesimista, la tristeza desconcertante y el aire patibulario de muchas de esas composiciones. «Su ritmo cansino y tristón ha llegado a ser exaltado nada menos que como expresión del alma argentina», observa «El Diario», en su edición de 31 de Mayo de 1934. «Por donde se lo suele llamar, sin empacho alguno, la canción nacional», agrega.

Entre nosotros también, el pasillo, que es por ex-

celencia el aire popular, requiere reformas que le rediman de la rutina, del plagio, del empalago, de la insistencia tristona y monótona, de la insufrible chabacanería musical, de todas aquellas notas chocantes y deprimentes que parecen gritos de beodez y de taberna, salidos de antros en donde el alma se enfianga.

No negamos que hay pasillos originales, artísticos, sentimentales, que rompen el cansancio, y el camino trillado de la agobiadora melancolía, que halagan al espíritu y le proporcionan deleite espiritual. Así las típicas y animadas composiciones, con argumento musical de Durán, Peña, Canelos, Veintimilla, Salgado y otros autores ecuatorianos.

Pero otros pasillos que andan por ahí, manoseados por el pueblo, son corruptores del buen gusto y están deshonrando al arte nacional. Menos mala la letra, porque es tomada de algún poeta conocido.

La canción popular es eminentemente educadora, desde que se graba, con caracteres profundos, en la memoria de los niños. Por lo mismo, se ha de pedir alguna distinción para esas armonías y para aquellos temas melódicos, por lo mismo también que tanto se difunden, que invaden todos los hogares, que se les oye noche y día, que tararean los muchachos, canta el pueblo y se introduce en las escuelas.

La música popular está revelando el carácter de un pueblo.

Vemos que los norteamericanos tienen piezas musicales movibles, alegres, reveladoras de energía, de acción, que delatan la fuerza anímica y el espíritu de empresa, que no se amilana con los fracasos, ni se pone a gimotear y prorrumpir en suspiros.

Nuestra música popular, sin que pierda su esencia, lo que le es característica y le llega al corazón, conviene que sea hermosada técnicamente, que salga de la vulgaridad, que no se convierta en tortura.

¿Quiénes arrimarían el hombro a esta empresa educadora? Bella acción cultural, ir mejorando los gustos y las aspiraciones.

En no pocas comarcas ecuatorianas, llegan hasta el delirio, pierden, por así decirlo, la cabeza, al escuchar ciertos aires bajos, viles, groseros, sensuales, tenidos cual música popular enternecedora, de estribillos agonizantes y letra infame, hasta el extremo de bautizarlos como himnos seccionales.

En nombre de la belleza artística y de la pulcritud de los sentimientos, las cosas no pueden continuar en forma tan depravada y denigrante.

Con asombro, contemplamos que, en un establecimiento de educación, se había enseñado a los pequeños a cantar un inconveniente tango de moda, que

parecía tremenda blasfemia en bocas infantiles. «Tomo y obligo», repetían maquinalmente, exhibidos en el teatro, los niños, sin darse cuenta del significado de la letra. Pero como estas cosas imprimen honda huella, mañana se les reproducirán en la memoria aquellas notas y aquellas palabras de orgía y sensualidad.

Falta criterio en algunos planteles para escoger lo que los niños han de aprender. *Les hacen gracia* ciertos aires detestables e inoportunos, porque suponen que todo ha de ser sonrisas en labios de la infancia.

Ataca la prensa argentina la corrupción del tango y especialmente de su letra, que llega a la ridiouléz, y con este motivo cita el caso de esos burdos engendros musicales que avanzan a burlarse del matrimonio, base del hogar y de la familia.

He aquí algunos bien razonados conceptos de «El Diario» bonaerense:

«Si el tango tiene muchos admiradores, tiene también muchos detractores. Entre unos y otros, flota una cantidad de gente que ni se enfría ni siente calor por la cuestión. Para éstos, en el mejor de los casos o en el peor, el tango nada tiene que ver con el alma argentina. Si acaso, expresa algo del alma porteña. Pero no de toda el alma porteña, sino de cierto sector, híbrido y muchas veces forastero, de esa alma: el arrabal. Y tam-

poco de todo el arrabal, el arrabal del trabajo y de las fábricas, sino el de los cafetines orilleros, del conventillo milonguero y sus sucedáneos.

«Un ejemplo actualísimo del común denominador de guaranguería que suele ser el motivo central de las letras de tango que más boga alcanzó, le ofrece un tango que ya obsesiona los oídos de la ciudad: el tango «Mula».

«La letra de este tango asegura a los maridos que lo escuchan una vocación de percha alemana que suponemos que no ha de llenarles de orgullo. Según asegura esa letra de tango, cuyas estrofas la radio introduce en todos los hogares, todo es «mula» en las relaciones conyugales. Si la mujer va de compras, si va al dentista, si va al cine, si va a la China o a la luna, lo que hace en realidad es engañar al marido. En una palabra, para emplear la delicada expresión de ese tango, «la mete la mula».

«Como puede verse, la unanimidad está lejos de reinar respecto a lo que significa el tango para los argentinos. (En el extranjero creen, por lo general, que aquí, apenas oímos un tango, todos caemos de rodillas, bailamos en éxtasis o lloramos como penitentes). En cambio, en lo que respecta a las letras de tango, un plebiscito negativo es casi matemático.

«Las letras de tango— lo hemos dicho ya— son lo peor del tango. La música puede pasar, aunque sea por el honroso título que ostenta, o se adjudica, de representar el alma porteña, o una parte de ella. Pero las letras son, salvo contadas excepciones, perfectamente abominables».

La corrupción musical popular ha ido en aumento, a medida que se pusieron en uso aquellas «máquinas de moler música y destrozár oídos», como alguna ocasión llamé a los enronquecidos gramófonos o fonógrafos de discos vulgares, que han aumentado su sordera con el desgaste y las resquebrajaduras.

Otra amenaza son ahora algunos aparatos de «radio» que no se cuidan de escoger la música que difunden, por el prurito de industrializar cuanto cae en sus manos. Si el radio es invención maravillosa y sirve para abreviar distancias y ponernos en comunicación espiritual con los puntos más apartados del planeta, ha de abstenerse, por lo mismo, de no propagar los atentados contra la belleza, a título de que patrocinan la música nacional.

No todo lo que en arte produce un país es digno de perpetuarse ni menos de que viaje al rededor de la tierra. Muchas falsificaciones intentan pasar por primo-

res estéticos, y son otros tantos sacrilegios contra el buen gusto.

En el universo de los sonidos, se experimenta más sensiblemente lo que decimos, cuando los nervios se crispan al escuchar los ruidos que ensordecen y aplebeyan.

La música es divina. Es el lenguaje de las almas.

Aquellas romanzas sin palabras conmueven los corazones. Ante el "Claro de luna", una inefable ternura invade los espíritus. Y recordamos enternecidos la anécdota del genio de Beethoven. Pero como de todo se abusa, hoy nos desesperan aquellas máquinas de moler música y destrozarse los oídos, con discos gastados y rayados que desesperan. Bien están las victrolas, electrolas o como se llamen, cuando proporcionan un hondo placer espiritual, cuando con las piezas clásicas hablan a la estética, cuando con los aires nacionales nos deleitan y refrescan la tierra. Pero no nos martiricen con aquella música en conserva, que atolondra e indigesta.

Verdad es que estamos bastante corrompidos en arte musical, gracias al jazzband y a los ruidos quejumbrosos y monótonos que pretenden ser producto criollo.

Mas, no ha de ser tanto, que no nos reste un poquito de oído para distinguir lo bueno de lo malo.

No sabemos hasta donde puede ser tolerable que

algunos establecimientos públicos, de la mañana a la noche, enloquezcan al vecindario moliendo música en aparatos destartalados, en una interminable sucesión de discos, o mejor dicho, eterna repetición de los mismos. Bueno es culantro, pero no tanto. Enloquecería la idea de sentirnos condenados a escuchar, sin querer, esa clase de ruidos, por horas. El sistema nervioso se agota, cual acontece con aquellos ajusticiados a que se refiere Mirbau, que les colocan debajo de una campana a oír el lento vibrar del bronce, hasta que terminan por entregar el alma al diablo.

Por favor, que se nos libre de este martirio, que haya un momento de receso, cosa muy humana, que se acostumbra hasta en la música de los congresos.

Un compañero nuestro, que estaba tentado al suicidio, tuvo que mudarse de barrio, porque una máquina de moler música, le tenía enfurecido. Si me da delirio, nos decía, en el batallar de la fiebre, creeré que me persiguen las viectrolas y me sepultan entre discos.

Los que no tenemos posibilidades de cambiarnos de domicilio, fugándonos a un arrabal apacible, seguimos condenados a mascar esa música en conserva, hasta reventar. Si no nos cambiamos, siquiera que cambien agujas.....

Otra amenaza contra la paciencia y los oídos es el manoseamiento de las música incásica. Se la ha desfigu-

rado de tal manera, que no la conocían, ni por adivinación, si resucitaran los grandes señores del Tahuantinsuyo. Aquellas notas plañideras y monótonas no habrán sido escuchadas ni en los funerales del inmenso Atahualpa, ni al paso de los bravos guerreros quiteños como Quizquiz y Rumiñahui.

Cualquier engendro moderno, perpetrado por algún filarmónico, se le transforma, con irritante anacronismo, en producción musical incásica,

Y de esta suerte, los innovadores nos regalan con pasodobles, fox-trots y tangos incásicos, lo que es el colmo.

Bien está que se estilice la vieja música que revive el rito del sol y las fiestas del Inti, pero se ha de proceder con nobleza, con sujeción al arte, con un fondo de reminiscencia histórica.

La música popular ha de penetrar en el alma de las multitudes, si belleza y generosos sentimientos, si dignidad de temas, son propagados por artistas de sólida prestancia.

ARTE NACIONAL

El culto por el arte nacional está íntimamente ligado a la grandeza de la patria. Si llevados de la fiebre de las corrientes extrañas perdemos la personalidad, nos pareceremos a cualquier pueblo; pero no tendremos el noble distintivo de pueblo ecuatoriano, con todas sus generosas virtudes y sus defectos.

Estamos estrechamente vinculados al pasado: no podemos renegar de él ni romperlo, sin profanar las tradiciones, sin hacer tabla rasa de la historia. No puede impunemente limarse el eslabón de la cadena, separándonos de un ayer glorioso.

De aquí que la conservación del estilo nacional, es uno de los más sólidos fundamentos de nuestro arte. Seamos lo que somos, sin parecernos caricaturescamente a los demás. La belleza consciente derrama sus primores geniales, sin prodigar, con pedantería, cucamonas simiescas imitando lo que de afuera nos viene. El papel de monos no es muy lucido.

Gente fatua y de escasa preparación, se deja im-

presionar por los falsos resplandores de un arte exótico y caprichoso que nos desfigura.

En todo terreno deberíamos cuidar, con celo genuinamente ecuatoriano, de nuestro arte, lo mismo en arquitectura que en poesía. Vemos, con pena, que, por la presunción de ciertos titulados, Quito va perdiendo su fisonomía. ¿De qué servirá que se parezca a cualquier ciudad de tercer o cuarto orden europeo? Confundirse la colonial urbe con la multitud de villas, no nos aprovechará. En cambio, si Quito es la ciudad típica por sus señoriales construcciones, por sus casonas espaciosas y de amplios corredores, por sus fachadas a la española, con belleza autóctona y no adornadas al gusto de la ignorancia servil, que nos da granjas holandesas o pagodas chinas, atraerá como un santuario de arte.

El estilo es todo, es el alma misma de la raza y el pueblo. El estilo es el hombre, repitió un gran sabio, profundo en ciencias naturales. Pudiéramos decir, sin alterar el pensamiento, que el estilo es la patria. Acaba un maestro de recomendarnos el sacro descubrimiento y la racional preponderancia del estilo nuestro, añadiendo que es lo único estable, en tanto que la moda pasa como el relámpago. La luz del genio nacional, subsiste; los chispazos importados, se apagan pronto.

En un acto de alta cultura, organizado por el fervor juvenil de un temperamento de gran cordura que no

Si los hijos renegasen de la maravillosa herencia que tras arduos sacrificios les dejaron sus padres, serían descastados, dignos de lástima; pobres de espíritu ensoberbecidos, porque conociendo fugazmente otros horizontes, no quieren acordarse del cielo de Quito.

Se parecerían a esos fatuos que adquieren un ridículo dialecto porque estuvieron cuatro días en tierras tropicales.

Arte nacional, he aquí la campaña que corresponde a todos.

Si se le empeñara activamente, otra sería la suerte de la patria, triunfal por su pasado de belleza.

El fomento de la cultura está arraigando el progreso de las naciones. Signos de positiva cultura son los grandes adelantos espirituales y físicos, desde el bien decir y el cultivo de la belleza, hasta la comodidad de la mansión doméstica y el refinamiento de las costumbres. Los retrocesos en educación y buen gusto, son síntomas de barbarie, más o menos disimulada. Profanación de los cánones de la estética, menosprecio de las normas gramaticales, ponen de relieve la incultura popular, que, a las veces, no selecciona y deja salir por las aduanas de la crítica mercadería averiada que desacredita afuera, por más que vaya rotulada de poesía moderna e innovación literaria. Necesitamos robustecer la sinceridad del análisis, a fin de no prodigar elogio a lo que

presionar por los falsos resplandores de un arte exótico y caprichoso que nos desfigura.

En todo terreno deberíamos cuidar, con celo genuinamente ecuatoriano, de nuestro arte, lo mismo en arquitectura que en poesía. Vemos, con pena, que, por la presunción de ciertos titulados, Quito va perdiendo su fisonomía. ¿De qué servirá que se parezca a cualquier ciudad de tercer o cuarto orden europeo? Confundirse la colonial urbe con la multitud de villas, no nos aprovechará. En cambio, si Quito es la ciudad típica por sus señoriales construcciones, por sus casonas espaciosas y de amplios corredores, por sus fachadas a la española, con belleza autóctona y no adornadas al gusto de la ignorancia servil, que nos da granjas holandesas o pagodas chinas, atraerá como un santuario de arte.

El estilo es todo, es el alma misma de la raza y el pueblo. El estilo es el hombre, repitió un gran sabio, profundo en ciencias naturales. Pudiéramos decir, sin alterar el pensamiento, que el estilo es la patria. Acaba un maestro de recomendarnos el sacro descubrimiento y la racional preponderancia del estilo nuestro, añadiendo que es lo único estable, en tanto que la moda pasa como el relámpago. La luz del genio nacional, subsiste; los chispazos importados, se apagan pronto.

En un acto de alta cultura, organizado por el fervor juvenil de un temperamento de gran cordura que no

ha estragado su gusto ni le ha contaminado de extranje-
rismos, se demostró cuánto vale nuestro arte y cómo me-
rece la pena estudiarlo, en vez de perder el tiempo en re-
torcimientos extravagantes que a nada conducen, sino es
al descrédito nacional. Si todos, a medida de sus acti-
vidades, se empeñaran en mantener el prestigio del arte
nacional, ganaríamos como nación, haciéndonos apreciar
de los extraños. Así nos estudiarían y nos visitarían
más. Pero si nos parecemos a todo el mundo, la vulga-
ridad imitativa de lo europeo nos confundirá con el re-
baño de pueblos y gregarismo artístico.

El Presidente de la Sociedad Estudios Sociológicos,
alma de la velada sobre arte nacional en el hermo-
so vergel de la pintura y de la música, ha dejado un
significativo ejemplo, ha esbozado una amable insinuación
para que la juventud estudiosa penetre en los jardines de
la estética ecuatoriana y la analice de preferencia. Lo-
grará amarla si de tal modo trabaja.

¡Qué se borre para siempre el desdén por todo lo
que es propio! ¡Qué desaparezca la criminal conspiración
del silencio ante las auténticas producciones nacionales!
¡Qué el valor de nuestros tesoros artísticos sea reconoci-
do por los compatriotas, enriqueciéndolo con obras de
nuestro ambiente, de nuestra opulenta historia de belle-
za!

Si los hijos renegasen de la maravillosa herencia que tras arduos sacrificios les dejaron sus padres, serían descastados, dignos de lástima; pobres de espíritu ensoberbecidos, porque conociendo fugazmente otros horizontes, no quieren acordarse del cielo de Quito.

Se parecerían a esos fatuos que adquieren un ridículo dialecto porque estuvieron cuatro días en tierras tropicales.

Arte nacional, he aquí la campaña que corresponde a todos.

Si se le empeñara activamente, otra sería la suerte de la patria, triunfal por su pasado de belleza.

El fomento de la cultura está arraigando el progreso de las naciones. Signos de positiva cultura son los grandes adelantos espirituales y físicos, desde el bien decir y el cultivo de la belleza, hasta la comodidad de la mansión doméstica y el refinamiento de las costumbres. Los retrocesos en educación y buen gusto, son síntomas de barbarie, más o menos disimulada. Profanación de los cánones de la estética, menosprecio de las normas gramaticales, ponen de relieve la incultura popular, que, a las veces, no selecciona y deja salir por las aduanas de la crítica mercadería averiada que desacredita afuera, por más que vaya rotulada de poesía moderna e innovación literaria. Necesitamos robustecer la sinceridad del análisis, a fin de no prodigar elogio a lo que

no merece. El convencionalismo laudatorio, el monopolio del aplauso en determinados círculos intelectuales, están adulterando la valsa artística.

Aplicando a varios problemas nacionales el análisis de su cultura, se veía que las caídas y escándalos, la intolerancia y las arremetidas feroces, son actos que revelan falta de raigambre cultural.

Boga el Dr. Heering por el afianzamiento del sentido de la justicia, para que también sobresalga el sentido moral.

¡No ha de perdurar el período lamentable de disolución de costumbres, de escándalo en todo orden de cosas, de postración de la idea, de pesimismo y vicio!...

Algunos se obstinan en llamar bellas obras literarias a las descocadamente sensuales, que se deleitan en deformidades, a las que inventan crímenes y aberraciones, a las que hacen gala, no sólo de obsceno lenguaje, si no de grosero, indecente, que ruboriza poner en manos de las madres de familia o introducir al hogar menos escrupuloso; se denominan admirables poesías a las ininteligibles y descoyuntados, que hacen desvirado el encanto del ritmo y la interpretación de la hermosura y claridad. ¿Hay sinceridad en tal empeño? ¡Cobardía de ser motejados de arcaicos, rancios, pasados de moda!.....

Se invoca, para justificación de fealdades y despropósitos, al realismo. Otro es el realismo auténtico,

díganlo Cervantes, Pereda, Queiroz, Ribera y cien maestros.

Y así va marchando el mundo entre degeneraciones monstruosas y estragamiento del gusto. Ya no se quiere proteger la valsa cultural, lo que ennoblece y perfecciona, como si la decadente humanidad se complaciera en aproximarse a la pira y salpicarse de lodo.

No quieren los gobiernos amparar los bienes espirituales de la nación, y permiten que las demostraciones de barbarie se hagan cínicamente ostensibles, para mal ejemplo de la niñez, para corrupción de la juventud.

Aquel cuadro desolador que el cinematógrafo ha reproducido con el formidable interrogatorio de «¿Son éstos nuestros hijos?» es la copia fiel de lo que está pasando cuando no se cuida de la educación de los muchachos, se les miman, se les consiente todo género de libertades, se les permite que descendan a la incultura.....

«Del mismo modo que el sentido de la justicia encuentra base en toda la vida espiritual de la nación, observa el profesor Heering, dicha vida se deteriora cuando la conciencia se suprime». La vida y los bienes espirituales forman un todo orgánico, de tal modo encadenado, que cuando una parte recibe injuria sufren todas las demás. Cuando declina el sentido de la justicia, serán las cualidades morales que forman la médula de la civilización nacional las que sufren más.

Si es tremenda la responsabilidad de los padres de familia de la presente época, desorbitada y sin disciplina, no lo es menos la del Estado que no se preocupa de la educación de los ciudadanos, de la propaganda de cultura, del prestigio de las escuelas, de la seriedad del régimen judicial, de la vigilancia de cuanto significa vicio social, degradación, impunidad, desorden. El desenfreno se hace palpable en todo género de cosas, porque van desapareciendo el rubor, la delicadeza, la moderación. No es la hipocresía la que ha de reinar; pero tampoco la desvergüenza. Han de imperar los sentimientos de generosidad, los impulsos humanitarios, en una palabra, los actos de cultura.

Si la vida es dolor y miseria, y no faltan los cuadros siniestros, ¡oh, qué noble tarea levantar a los hombres del cielo! Realidades sombrías palpamos; más ¿por qué aumentar desconuelos? Si se buscan las crueles antítesis, penetrando en los antros de infierno, sea, al fin, con el sano optimismo de pedir la reforma social y allanar el humano sendero. ¿Es la brega en favor del hermano? Se le educa elevando su espíritu, se le auxilia tendiéndole el brazo; se le alienta, prendiendo en su pecho una antorcha de amor y de fe en el trabajo.

Los poderes públicos que aprecian la valla de la cultura, no omiten medios para asegurarla en el país.

Protéjanla con su razón, con todas sus fuerzas, como prueba del progreso nacional, árbol que si echa raíces en terreno preparado, levanta su copa tan alto, que le admiran desde otros cielos y horizontes.

Los hogares que se respetan, en los que la bella flor del arte no se ha transformado en viejo cardo, cuidan de que los niños no se intoxiquen y los jóvenes envenenen su entusiasmo y optimismo con la ponzoña de las literaturas malsanas a que se refería Pompeyo Gener. Ciertas drogas matan la hidalguía, marchitan las suaves rosas del espíritu, sofocan el lirio de la poesía, que se ahoga entre la onredadera de versos sin sustancia.

La vida social, vista a través del prisma desconsolidador, no ha de ser únicamente el fermento de bajas pasiones, de enfermedades desconcertantes, de locuras que entristecen, de fiemo y perversidad, de sensualismo que deforma el alma femenina y empaña su delicada tersura. ¿Por qué no hemos de suponer que todavía hay caballerosidad, altruismo, elevación de espíritu, virtudes humildes, acciones generosas, pechos limpios de bajas pasiones?

¿Por qué se ha de complacer la mente enfermiza en denigrar la yalía de la cultura, que se revela hasta en lo mínimo, en el hablar con pulcritud y escribir decentemente?

Si la patria ha de ser sana, grande y fuerte, ha de comenzar por robustecer su moral, por elevar su literatura, por cuidarse del lenguaje, por pulir el estilo, por entonar su espíritu, por alimentar sus ideales con sustancias nutritivas y vigorizantes.

Con motivo de las exposiciones que año tras año presenta la Escuela de Bellas Artes, un distinguido diplomático extranjero que ha estudiado aspectos del indio ecuatoriano, el Sr. Ministro de México, don Moisés Sáenz, refiriéndose a la de 1.934, al ponderar la vocación artística de muchos jóvenes que concurren al certamen con sus obras exhibidas ante el público, formulaba atinadas observaciones acerca del futuro del arte ecuatoriano, de la necesidad de que se le propague entre el pueblo, de que se le transforme en misión social de belleza, a fin de que fuese menos dura la suerte de los que, confiados en su carrera artística, quieren con ella obtener el pan cotidiano.

El arte de nuestros días pertenece a la humanidad. Sale de los salones estrechos y de los cenáculos privilegiados a difundirse entre las masas, a educarlas, cumpliendo su docente apostolado en la sociedad que ha de admirar, en los hogares, en los edificios públicos, en cuantas mansiones humildes o ele-

gantes frecuente; busca los brotes de hermosura que pulen los sentimientos y nos mejoran. No pensar así, y sólo producir raras flores de invernadero, cloróticas y enfermizas, sería punible egotismo, que no se compagina con las urgencias sociales de la época.

El individualismo en el arte, tiende a convertirse en comprensión para el mayor número, por medio de claridad estética y la propaganda educadora.

Pidió el diplomático que se amplíe el arte, que se haga arte para el pueblo, que se desborde por las calles y carreteras, por los muros, plazas y mercados. «Arte que no será ya nunca estético sino dinámico y movable, porque ha de desplazar constantemente a compás de la cronología social y porque ha de ser contemplado, dice el Sr. Moisés Sáenz, en siempre cambiante perspectiva, por una multitud que pasa». Lo mismo ha de expresarse de la poesía.

Hoy el artista es un luchador que sostiene las batallas de la civilización, probando su fuerza entre las multitudes, también es abnegado sembrador que esparce la selecta semilla para que la recojan las generaciones, transformada en benéfica cosecha social.

A mayor vulgarización artística, más acentuada solicitud para mantenerla en el santuario doméstico, como amorosa adquisición que obligue poseerla al mayor número.

El otro problema es de alta y personal trascendencia: la carrera del artista, su más allá profesional. Con talante dolido interroga el señor Sáenz sobre el destino del que valiente y tesoneramente se consagró a interpretar la belleza. ¿A dónde irá el nuevo crucificado, al que en forma tan honda cantara el poeta Valencia? Pocos trunfan.

«Uno en cada mil. ¿Y los otros? Los otros se mueren de hambre o de desilusión. Apenas se escapan unos cuantos que logran cualquier puestecito burocrático. La culpa de la tragedia es un poco de todos»

He aquí una grave moción que afecta al gobierno y a la sociedad. Tienen ambos que proporcionar trabajo al que siguió difícil ruta y empleó los mejores años de su vida en llegar a la meta. ¿Cómo conseguir que se abra paso al artista? Volviéndole comprensible para el pueblo, inclinando a las multitudes a que no desdeñen las manifestaciones de belleza, a que alegren con ellas su vida, a que las consideren una necesidad espiritual.

Aún no llegamos a este consolador plan popular, porque el pecado es de todos. «De las academias empeñadas en hacer artistas de salón o ilusionadas con la posibilidad de sacar genios; de los artistas que se amortajan a sí mismos con el corbatón y la

melena, predestinados, incomprensidos, encaprichados en producir margaritas, para emplear el símil de la parábola del evangelio, sin cuidarse siquiera de arrojar sus creaciones al hato porcino; de los gobiernos que no han sabido orientar sus institutos hacia las nuevas necesidades colectivas. Porque el hecho es que el arte individualista está en crisis. ¿Terrible anatema contra vanguardistas que atienden únicamente al yo en sus aberraciones?

Y lo que se dice humanamente del arte, habría que aplicar en el Ecuador a otras carreras, a fin de redimir de la miseria profesional a tantos jóvenes que no pueden subsistir con su título académico y acuden a otros medios, impulsados por el acicate supremo, medios que no siempre son justos y provechosos para la sociedad y la patria.

La propaganda artística encierra hondo sentido, que conviene enderezarlo hacia un práctico plan educativo

LOS NACIMIENTOS QUITEÑOS

Todo lo borra el tiempo ingrato, cantó el poeta, quejándose hasta de las quiebras de la ilusión, la fe y el amor «que el hondo pensamiento, como el mar, sus cadáveres arroja» El mismo autor de estos tristes y hermosos versos, ya no es reverenciado con la distinción que merece, por las irrespetuosas generaciones juveniles de nuestra época indisciplinada.

Quizá así han de referse, hoy que se agolpan en torno de un radio-receptor, o que celebran las prolongaciones del árbol de Navidad, de las sencillas costumbres de antaño que reunían a las familias quiteñas, con afecto y unión, con sincero espíritu fraterno, en la decorada habitación de la casa donde figuraba la «compostura» de Navidad, después de la cual se sucedían bailes y cenas.

¡Oh, belenes antonomásticamente llamados «nacimientos», que en horas infantiles de alegría despertás-

teis ilusión en la niñez! ¡Cómo, en el vértigo aflitivo de la vida— combatida de otras preocupaciones morales y económicas — pasáis en raudo vuelo, cual tierna remembranza que se aleja! Largo parece el viaje, que, por desgracia, ya no se recuenta en la candorosa felicidad de antaño.

Eran célebres en Quito muchos nacimientos, visitados anualmente por personas de todas las clases sociales y distinguidos por su pompa. El lujo que se desplegaba en ellos y el valor auténtico de las curiosidades—joyas de la antigüedad—sorprendían. Sacaban a lucir alhajas de varios géneros, que representaban estimables tesoros, insustituibles, únicos, por su precio, por su arte.

Quedan noticias del que arreglaba la Sampedro, más conocida con el nombre de *coto Cantuña*, que había logrado multiplicar figuras de pastores, reyes magos, santos, etc., casi de tamaño natural. Infaltable el decorado típico del nacimiento de la *cipo* Vaca, lo mismo que antes del Llapango, del beato Felipe, de la señora Illescas, del señor Escobar que vivía frente del Anfiteatro, y tantos otros, rumbosos, ricos, deslumbradores.

Piezas de fina y vieja porcelana, juguetes de plata de piña, idolitos de oro, costumbres nacionales talla-

das en madera por magníficos y anónimos escultores; costosa chafalonía, curiosas y recreativas representaciones movidas por ingeniosos resortes, cuerdas y ocultos aparatitos de relojería, adornaban los nacimientos, en medio de la verde montaña de encerado y musgo, al fondo de la cual resplandecía el bíblico pesebre de Belén. El marco de orquídeas, trepadoras, zagalitas, colcas y otras parásitas y plantas silvestres, saturaba al recinto de un fresco olor a selva, mezclado al del incienso y alhucema. Brillaban los candelabros de plata oxidada, las lujosas lámparas, los fanales de cristal, con sus llamativas guardabrisas y colgantes prismas, los farolitos chinoscos.

Entraban zagales y pastores, ataviados en competencia orgullosos de sus sedas, lentejuelas y variados matices. Las cuadrillas de muchachitos se sucedían, en ronda interminable, por los nacimientos, cada cual prefiriendo sus amistades y sus caseros. A veces, un ángel precursor, personificación de la estrella de Oriente, precedía el cortejo. Recuerdo que vi uno, caballero en auténtico corcel blanco, que entró a la sala produciendo estupor, fascinación.

El animal de cascos dorados, caminaba lentamente por el pavimento; con tino y suavidad conducido hasta frente del altar por infantil jinete.

Se recitaban, al són de reducidas orquestas populares o del *melodio*, villancicos, apropiados versos, loas conmemorativas. No faltaban, según los recursos del sacerdote, números atrayentes y especiales en el programa de Navidad, como la cabalgata de los reyes magos. Los pequeñuelos de la realeza declamaban típicamente, con gestos y ademanes espontáneos, discursos de circunstancias al presentar sus ofrendas. Menudeaban los cantos, al compás de música apropiada, antes de que atronaran el espacio los tambores diminutos y el ensordecedor ruido de pitos, chirimías y cencerros, que tropas infantiles manoseaban con insistente estribillo y arrebató.

Fiesta de carácter familiar y tradicional, agrupaba, en casi todos los hogares quiteños, a los íntimos y connotados, a las cariñosas relaciones, para el grato goce de las horas de dulce vigilia, en la noche metafóricamente calificada de buena, en la que alternaban licores y viandas propias de Navidad.

Amables exégetas explican las maravillas bíblicas, dando a la Navidad todas las mágicas atracciones de la leyenda, que es inefable para los puros corazones.

Viva siempre, como llama sacra, el culto del amor y de la familia.

Congréguese en la casona, al impulso de vieja

y afectuosa insinuación, a reforzar los vínculos cariñosos, a rejuvenecer los pasados días que ya nunca volverán, saturados de la añoranza melancólica de lo que fue, de lo que significó para el hogar quiteño la universal fiesta de Navidad, embalsamada por tiernas gracias y consolaciones de los niños que en cada agasajo ven el mejor de los paraísos, abierto ante sus ojos por la maga fantasía.

¡Con qué ilusionada desesperanza esperan la hora maravillosa de que sus viejos zapatitos, olvidados en el balcón, se llenen de juguetes!

Pero también hay pequeñuelos que no usan calzado, que no tienen ni una desvenojada ventana para mirar el cielo, que en vano aguardan el angélico regalo: carecen de un balconcito de ensueños y de manos maternas y afectuosas que les acaricien y agasajen.

Pensamos en ellos con toda la ternura del corazón, conmovido y generoso.

En muchas casas el árbol simbólico reparte sus dádivas y sorpresas, como la vida que nos obsequia con alegrías y desencantos, globitos hinchados por el venticillo de la vanidad, baratijas de nuestras pasiones o de nuestros ideales. Delicadas y vistosas bombillas, nuestros ensueños quizá, ornamentan el conjunto.

El árbol de Navidad, abundante en dones, abriga bajo su sombra a la familia que, una vez al año, sonríe con las armonías de la unión y del afecto. Reviven las halagadoras tradiciones y brota la amistad como renuevo de promesas deleitables, que destierran congostas y dolores. Cien luminas se ven salpicados en sus ornamentadas ramas, como otros tantos astros en miniatura que han de alumbrar nuestro camino: ya son bujías diminutas, ya lámparas lujosas. Cuelgan del arbusto, frondoso y auspiciador, los frutos que harán las delicias infantiles. Para los niños, en esa fecha, se repite la fábula de Argos: se diría que tienen cien ojos, tan viva es su atención, tan avizora su curiosidad.

Hilos de oro y plata se mezclan en las hojas, convidándonos al ensueño de una cosecha singular. Con los dulces que ofrece, alternan también varios juguetes y regalos propios para niños, como si el árbol encargado de ofrendas pascuales nos demostrase que en todas las almas, aun en las más adustas y hasta en las más aviesas, hay algo de pueril algunas veces. ¡Es tan grato volvernos niños! La seriedad campanuda acabaría por enmohecer a los espíritus con su fatal frialdad, como la rígida ciencia mataría muchas adorables frivolidades.

La Navidad repiquetea sus locas lenguas de metal,

cascabelea sus alegrías y agita castañuelas, pitos y panderos.

Perfumes selváticos, musgos, orquídeas, flores silvestres, hálito de las montañas, saturan la vetusta casona, en donde se mantiene incólume el respeto por las heredades, ceremonias y los ritos de arcaica gracia.

Pasó la noche apellidada buena por excelencia. ¿Lo es realmente para todos? ¡Cuántos desaharados del placer, cuántos huérfanos espirituales, cuántos infortunados seres sufren la tortura del silencio y el desamparo de la noche bulliciosa que no les sonrío!

¡Noche buena que olvidas los pesares colectivos y adormeces los dolores populares, sed la disipadora de íntimas congojas y abrid un paréntesis en la honda cuita humana!

Las almas solas y preteridas; las que ni cuentan con una amistad ni con una caricia, ¿te bendecirán igualmente como buena? Proscritos en el inclemente valle de la existencia, son más tristes y dignos de compasión que aquellos muertos que solos se quedan, según recordó el sentimental Bécquer, que lloraba la fuga eterna de aquellas golondrinas que a amar nos enseñaron. Como la fortuna no aduló al sugestivo poeta de las rimas dolientes, pensó sin duda en los pobres, que son los verdaderos apestados de la sociedad. La virtud seráfica, la bondad, más dulce que la miel,

¿no son hoy día el peor de los crímenes? Muchos méritos morales se sustentan sobre bases áureas.

La Noche Buena, fecunda en pintorescos cuadros nacionales, abra sus brazos; pero para algunos esa cariñosa actitud es la de una cruz.

El Nacimiento dibuja en el hogar humilde la ondulación de las serranías simulada como pueden: arrugados encerados, ramas traídas del bosque, musgos, vistosos trapos, juguetitos de escaso valor; de masa, de algodón, bujías esparcidas en la modesta y abigarrada decoración bíblica. En otras mansiones los volcanes minúsculos humean, abundan los pastores con sus rebaños, se admira el manso buey postrado, junto a la quieta mula. Allí el pajizo pesebre, allí las mil representaciones y símbolos que el arte y el ingenio agrupan, esculturitas que son raras filigranas, corozos maravillosos, aparatitos de relojería aplicados a muñequitos y divertidos juguetes, resortes que desenvuelven la gracia de cien figurillas; allí las loas, los rezos, los pitos y tambores, la algazara de la muchachería. Comparsas de niños, disfrazados de pastores, recorren la ciudad, poniendo el encanto de sus parleras notas.

F I N

INDICE

PAGINAS

El alma quiteña — (<i>Digresiones a modo de afectuosa dedicatoria</i>).....	3
Del Quito antiguo	19
La visión de la calle.....	23
Populares atenciones quiteñas	49
Tipos quiteños.—(<i>El Sr. de Guagroco</i>)..	53
El señor de Guagroco médico	59
El Campanillero.....	63
Don Chepe.....	67
El Liapango	71
El Juan Champuz.....	75
La vendedora de borreguitos de algodón....	79
El hombre — oaqueta	83
Un célebre aguador	89
El poeta popular	97
El Capón.....	101
El Rabo de Oveja	107
Hombres de Valía. — (<i>Doctor Antonio Flores Jijón</i>).....	115
Don Joaquín Velasco.....	121

PAGINAS

Un propagador de cultura.....	127
Toruato Yáñez.....	133
Don Gualberto Pérez	137
El Decano de los tipógrafos.....	145
Los muros de Quito.....	151
Víctimas de la ignorancia	161
Los inofensivos.....	169
Música popular.....	171
El arte nacional.....	185
Los nacimientos quiteños	197

**SE ACABO DE IMPRIMIR ESTA OBRA,
EN LA IMPRENTA «ECUADOR»,
EL 28 DE ENERO DE 1935**